

*Y de repente,
el mundo
se paró*

Elizabeth Bermúdez

Y de repente,
el mundo
se paró

Y de repente,
el mundo
se paró

Elizabeth Bermúdez

Título: *Y de repente, el mundo se paró*

Mayo 2020

©2020, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: bbccreative_1

Imagen de portada halayalex-freepik.es

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

Cuando Marcos sale en libertad, se encuentra con muchas sorpresas, entre ellas que ha heredado un club de intercambio de parejas y placeres sexuales.

Nada lo detendrá hasta hacer que Sofía, la abogada que lo ha sacado de la cárcel, entre en su mundo para quedarse. Saber que es once años mayor que él y que está casada no supondrá un obstáculo para tratar de conseguir a la mujer con la que sueña todas las noches.

Sofía Ortiz es una mujer tradicional, se encuentra en la etapa en la que desea ser madre, y la vida de Marcos le queda muy lejos, pese a tentarla con experiencias que nunca antes ha tenido.

El mundo se ha parado en dos ocasiones para Marcos Luna: cuando entró en la cárcel con veintiún años, y permaneció siete en ella, y cuando en España se declara el Estado de alarma debido a la pandemia del Covid-19.

Es entonces cuando jura que nunca más, si su vida se vuelve a paralizar, estará solo. Tiene muy claro qué desea en su día a día para siempre.

Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[Sobre la autora](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos de la autora](#)

*A todos los mis lectores,
esta novela surgió en el periodo de confinamiento.
Espero que la disfrutéis mucho.*

Noviembre de 2019.

En la celda que ocupaba en la prisión de Huelva, donde llevaba siete años encerrado, alejado de su ciudad natal, sus amigos y su familia, Marcos no terminaba de creer que pronto fuese a salir en libertad.

Aquella mañana lo había visitado una mujer que no esperaba. Sofía Ortiz se presentó como su nueva abogada y le comunicó que la había contratado Lucas Luna, el hermano de Marcos.

El comportamiento de Marcos en los últimos años en prisión había sido ejemplar, había cumplido con casi la mitad de la condena, hizo varios cursos de formación profesional y estaba segura de que podría demostrar que estaba rehabilitado para volver al mundo exterior. Ya no era un delincuente, ahora era una persona diferente.

Con el paso de los años, Marcos había aprendido que la cárcel no era un castigo del sistema, sino una forma de reeducarse e incorporarse a la sociedad con otros valores.

Había tenido mucho tiempo para pensar y sabía cómo deseaba su vida de ahora en adelante. A pesar de que aquella abogada la pagase su hermano, por el aspecto de la mujer deducía que sus honorarios debían costar una fortuna, Marcos tenía muy claro que no volvería a trabajar al lado de Lucas.

Se consideraba un hombre nuevo y no quería deberle nada su hermano mayor ni tener nada que ver con sus negocios. Las turbias gestiones de Lucas lo llevaron a pasar siete años en la sombra y juró que nunca más volvería a poner un pie en la cárcel.

No le guardaba rencor, consideraba que era suficiente con que uno de los dos hubiese pasado por aquello, y el destino quiso que fuese él.

Tenía claro que en cuanto saliese, buscaría un trabajo y le devolvería todo el dinero que se hubiese gastado en aquella abogada.

Hacía siete años que no lo veía, a los pocos meses de ser condenado lo trasladaron a la prisión de Huelva, y Lucas nunca fue a visitarlo. En parte, Marcos no entendía por qué tras años su hermano se esforzaba en sacarlo de allí.

Hasta el momento solo había tenido abogados de oficio, pero Sofía tenía toda la pinta de ser buena, muy buena como letrada. Hablaba con seguridad, con la mirada al frente y en ningún momento titubeaba en nada. Se sabía su caso como el padrenuestro, le sorprendió que no le hiciese ni una sola pregunta. Su actitud y su presencia lo impresionaron, se sintió como un adolescente ante la mujer que idolatraba.

Una vez a solas, esperanzado tras la conversación con su nueva abogada, en la cama de su celda, se dijo que había reaccionado de aquella manera porque llevaba demasiado tiempo sin tener cerca a una mujer, pero debía reconocer que su nueva abogada era guapísima, elegante y educada. Se permitió fantasear con aquella morena, de intensos ojos negros y curvas de infarto, pero al mismo tiempo se decía que Sofía Ortiz jugaba en una liga muy diferente a la de él. Nunca conseguiría estar a su altura. Aparte, ella era unos años mayor y no se le había pasado por alto el anillo de oro que lucía en la mano derecha. Estaba casada. Decidió creer en ella como profesional y concederle el beneficio de la duda, confiaba que fuese su pasaje hacia la libertad.

—¿Qué tal tu viaje a Huelva, cariño? —preguntó Tomás a su mujer desde la cama, donde repasaba unos documentos.

Sofía estaba en el baño desmaquillándose.

—Bien. En pocos días conseguiré que salga en libertad. —No le explicó más.

En el matrimonio tenían un pacto, no se contaban detalles profundos de los casos que llevaban. Tomás era juez y cada cual respetaba los límites del trabajo del otro.

—No entiendo por qué no has delegado ese caso en otra persona del bufete. —Por lo poco que sabía, no lo consideraba importante como para que lo llevase una de las dueñas del despacho de abogados.

Sofía montó un bufete con sus dos mejores amigas de la carrera, Mónica y Natalia, y les iba muy bien. Eran tres abogadas consolidadas que llevaban más de quince años en el ejercicio de la profesión. Sofía se dedicaba a los asuntos penales; Mónica, a los civiles; y Natalia, a los administrativos y mercantiles. Tenían contratadas a cuatro personas más que les ayudaban.

—Porque tú mismo me has dicho en miles de ocasiones que la experiencia es un grado y sé que si mando a alguien con menos tablas que yo todo se retrasará —argumentó con seguridad y determinación. Sofía se metió en la cama, estaba cansada, apagó la luz de su lado y le dijo a su marido: —No tardes mucho en irte a dormir. —Le dio un beso de buenas noches y se colocó de espaldas a él.

Tomás no le hizo caso, continuó repasando la documentación que tenía entre manos.

Aquella noche, Marcos no pudo dormir. Deseaba ser libre y Sofía Ortiz había aparecido de la nada para crearle esperanzas. No quería hacerse muchas ilusiones, pero no podía dejar de pensar en qué haría una vez estuviese fuera de allí. En aquellos siete años había hecho más amigos que enemigos en la cárcel. Muchos le ofrecieron trabajo al salir, pero él prefería labrarse un futuro por sí mismo y dentro de la legalidad.

Había hecho varios cursos de economía en prisión. En el instituto siempre se le dieron bien los números, pero le gustaba más salir que estudiar y terminó dejando el bachillerato para ponerse a trabajar con su hermano. Algo de lo que ahora se arrepentía. Los años en la cárcel le sirvieron para ser el hombre que su madre siempre deseó que fuese. Se formó en varios ámbitos por ella. Sabía que la había decepcionado, pero estaba dispuesto a presentarse ante ella como un hijo del que se sintiese orgullosa.

No le disgustaba estar centro penitenciario de Huelva, alejado de su familia. Sentía que les había fallado y no podía soportar el dolor que provocaban las visitas de sus seres queridos. Prefirió no verlos y tenerlos lejos.

En aquellos momentos sentía impaciencia por volver a Marbella, el lugar donde se había criado.

Se presentaba un futuro incierto ante él que no sabía cómo abordar, pero tenía muy claro que no volvería a mezclarse con su hermano ni la gente que lo rodeaba. La única razón de peso para volver era su madre.

Era viernes por la noche y Sofía había salido con sus amigas, Lidia cumplía treinta y tres años y se acababa de divorciar, pensaban celebrar ambas cosas por todo lo alto.

Mónica, Natalia y Lidia eran las mejores amigas de Sofía. Cualquier excusa era buena para reunirse y pasar un buen rato. Ahora Sofía era la única casada de las cuatro, Mónica acababa de

romper con su último ligue y Natalia había comenzado una relación hacía poco y aún no vivía con su pareja.

—¿Le has dicho a Tomás que no te espere despierto esta noche? —preguntó Lidia sonriente a Sofía, mientras se llevaba una copa de vino blanco a los labios—. Por mi soltería, y por la mejor abogada que se puede tener. —Brindó con Mónica y le agradeció todo lo que había hecho por ella en el proceso de divorcio.

—Tomás tenía una despedida de soltero de un amigo. Estará fuera todo el fin de semana.

—¡Qué suerte! Así no verá el estado en el que llegas, porque esta noche nos emborrachamos —aseguró Mónica mientras pedía otra botella de vino blanco al camarero.

—Hoy he salido decidida a todo —lanzó Lidia.

—¿No querías disfrutar de tu soltería? —preguntó Natalia con sorpresa.

—Por supuesto —contestó convencida—. No estoy abierta a relaciones serias, pero si me cruzo con un tío bueno que me haga pasar un buen rato lo aprovecharé.

Mónica se unió a ella. Llevaba dos años sin pareja estable y nunca había estado tan cómoda.

Sofía puso los ojos en blanco. Desde que se casó con Tomás, seis años atrás, le había sido fiel. Salía con sus amigas y no negaba que había tonteado con algún que otro tío y proposiciones para ser infiel no le habían faltado, pero ella era muy leal y estaba enamorada de su marido, o eso creía.

—Quizá Natalia sea la próxima mujer casada del grupo —aventuró Sofía. De camino al restaurante, ambas llegaron juntas, le había contado que su nueva relación iba muy bien.

—O tú la próxima divorciada —dijo Mónica sonriente. Ella era clara y directa, sin pelos en la lengua—. Tomás es el tío más aburrido con el que me he cruzado, nunca entenderé qué viste en él.

—Es juez, y los jueces son serios y aburridos —argumentó Natalia.

—Es mayor. Se nota que ya ha pasado los cuarenta —apuntilló Mónica. Tomás nunca le había caído bien.

—Es diferente a nosotras, no es asiduo a salir de fiesta ni las reuniones sociales. Le gusta el golf y pescar —lo defendió Sofía.

—Espero que te tenga bien satisfecha en la cama, al menos —contraatacó Mónica con una sonrisa forzada.

—Con los años todo cambia —dijo Sofía.

—Uy, uy... —Mónica colocó los codos sobre la mesa y le prestó atención, mirándola de cerca a los ojos—. ¿Nos estás queriendo decir algo? —se interesó.

—Somos un matrimonio consolidado que deseamos tener un hijo.

—Pues el tío se esfuerza poco, hace un año que intenta dejarte preñada y nada —soltó de golpe Mónica. Ya llevaba tres copas de vino y las palabras le salían solas.

—¿Habéis ido ya al médico? —terció Natalia, no quería que aquello terminase en una discusión.

—Sí, fuimos hace unos días. En un par de semanas estarán los resultados —contestó Sofía algo seria.

Desde hacía un par de años deseaba ser madre, pero no lograba quedarse embarazada.

—Seguro que te quedas en estado cuando menos lo esperes, a mi hermana le pasó —comentó Lidia para animarla. Sabía que aquel tema la tenía agobiada.

—Pero tengo treinta y nueve años. Se me pasa el arroz. Quiero ser madre antes de llegar a los cuarenta.

—Pues me parece que ya no llegas, cumples los cuarenta en octubre. —Aquella noche

Mónica estaba que se salía.

Sofía la miró taladrándola con la mirada.

—Tú y Natalia tenéis mi edad. También se os pasa el arroz.

—Yo nunca deseé hijos —se defendió Mónica.

—Yo no he encontrado al verdadero hombre para que sea el padre de los míos —comentó Natalia.

—¿Qué tal vas con Rodri? —se interesó Lidia. Era la nueva pareja de Natalia.

—Muy bien. Nos lo pasamos de lujo en la cama, sin embargo, no estoy locamente enamorada de él.

—Lo mandarás a paseo antes de verano —predijo Mónica. La conocía bien.

Natalia le sonrió. Ella misma se catalogaba como un culo inquieto con respecto a los hombres, tarde o temprano todos la terminaban aburriendo.

—Brindemos por mis treinta y tres y porque encontremos al verdadero hombre de nuestras vidas —propuso Lidia alzando su copa.

—Yo solo brindo por tus años, al hombre de mi vida ya lo tengo —dijo Sofía sonriente, convencida de ello.

—Dudo yo que Tomás lo sea —comentó Mónica entre dientes. Se ganó un codazo por parte de Lidia.

Las cuatro brindaron y llegó el camarero con una tarta y las velas encendidas. Luego, le entregaron los atrevidos regalos que le habían comprado.

Terminaron la noche en una discoteca en la que bailaron y bebieron como cuando tenían dieciocho años y llegaron a casa pasadas las cinco de la madrugada.

El resto del fin de semana Sofía lo pasó metida en la cama, acordándose de la juerga que se tiró con sus amigas el viernes por la noche.

Cuando Tomás regresó el domingo a media tarde la encontró en el sofá envuelta en una manta, adormilada y con la televisión de fondo.

—¿Qué tal ha ido la despedida de soltero, cariño? —se interesó Sofía cuando su marido se acercó para darle un breve beso en los labios.

—Bien, como todas —manifestó con poco entusiasmo.

—Para gustarte tan poco, no faltas a ninguna. Casi todos los meses tienes una. Menos mal que después nunca vamos a las bodas.

—Es lo que tiene conocer a tanta gente —se excusó Tomás.

—Te ves cansado —apreció Sofía recorriéndole el rostro con las manos.

—No he dormido apenas.

Ella comenzó a abrirle la camisa y a besarlo, pero él no se mostró muy participativo.

—Voy a ducharme —murmuró sobre sus labios.

Sofía asintió. Lo siguió con la mirada cuando se levantó y desapareció al subir las escaleras.

Vivían en un lujoso chalet adosado en una urbanización privada de Marbella. Hacía dos años que se trasladaron allí. Tomás era juez en Málaga y Sofía tenía el bufete en Marbella, él prefería vivir más alejado del lugar donde trabajaba. No le gustaba salir a pasear o a los bares y encontrarse con compañeros del juzgado y gente a la que condenaba o absolvía.

Pasada una hora y media, Sofía se levantó y fue hasta la habitación. Tomás no había bajado desde que subió a ducharse.

Lo encontró dormido en la cama. Se acercó a él, lo tapó y se quedó contemplándolo. A pesar de tener cuarenta y cinco años era un hombre que se cuidaba mucho y aparentaba tener menos edad. No le faltaba pelo, era alto, moreno y tenía un cuerpo atlético. Pasaba muchas horas a la semana en el gimnasio y era un hombre preocupado por su físico.

Sofía bajó de nuevo a la planta de abajo, hizo la cena, una crema de calabacín, mientras hablaba por videoconferencia con sus amigas.

Mónica fue la que más bebió y bailó, apenas tenía voz para hablar. Lidia terminó la noche de su cumpleaños con el taxista que la llevó a casa, y Natalia estaba en la cama con su novio.

—Cabronas, todas habéis tenido sexo este fin de semana menos yo —se quejó Mónica.

—Busca a alguien en Tinder —le dijo Lidia.

—Las últimas experiencias no me fueron bien y borré la aplicación. He decidido volver a lo de siempre. Encontrar un tío por medios normales y tradicionales. Como diría mi abuela... ¿cómo voy a encontrar a un hombre que valga la pena en ese sitio?

—¿Qué tal con el taxista, Lidia? ¿Es cierto que un clavo saca a otro clavo? —preguntó Natalia. Sabía que aún estaba pillada de su exmarido, pero deseaba devolvérsela. Llevaba poniéndole los cuernos ocho meses con una compañera de trabajo hasta que Lidia lo descubrió y le exigió el divorcio.

—Os puedo decir que me dejó muy satisfecha. Creo que pronto volveré a coger ese taxi de nuevo —comentó con picardía.

—Sofía, estás muy callada. ¿Te puso contra la pared el señor juez y te dictó sentencia? —

preguntó Mónica—. Nunca nos dices mucho de cómo es el señor serio en la cama, anda cuéntanos alguna faceta en ella a ver si así cambia la imagen de tío soso que tenemos de él.

—Ha llegado hace un rato y venía muy cansado. Estoy haciendo la cena para que reponga fuerzas y esta noche lo dé todo —anunció sonriente y con una burla a través de la cámara del móvil.

Mónica puso los ojos en blanco.

—Natalia, dame algo con lo que envidiarte. Estas dos son unas sosas —se quejó Mónica.

—Mi chico es muy imaginativo. A él, el rollo normalito en la cama no le va. Me gustan sus juegos atrevidos donde me ata y hasta ahí puedo leer.

Las demás chicas estallaron en carcajadas.

Pasadas las diez de la noche Sofía subió a despertar a Tomás en vista de que no bajaba a cenar. Ella tenía hambre, apenas había comido nada en todo el día.

—Cariño, la cena esta lista —le susurró en el oído mientras lo besaba—. Y yo también estoy lista. —Le acarició el pecho desnudo y continuó hacia más abajo.

Tomás le agarró la mano y se la sacó de entre las sábanas.

—No tengo hambre. Me duele la cabeza. —Se removió en la cama, le dio la espalda y en menos de dos segundos volvió a roncar.

Frustrada, Sofía se metió en la ducha y por primera vez deseó tener un aparato sexual del que tanto hablaban sus amigas y que ella siempre se jactaba de decir que no lo necesitaba, para desahogarse. Hacía dos semanas que no tenía sexo con su marido, acaba de insinuarse y tocarlo y él ni se inmutó.

Después, bajó a la cocina de nuevo y cenó sola. Puso una película y se quedó dormida en el sofá hasta altas horas de la madrugada cuando se despertó y subió a la habitación, pensando que su marido no la echaba de menos en la cama.

Una semana después, Sofía tuvo que viajar de nuevo a Huelva. Tenía que arreglar todo lo referente a la salida de prisión de Marcos Luna. Se cogió un hotel en la ciudad y fue a visitarlo para ponerlo al tanto de la situación. Iba a salir en libertad condicional, tendría que obtener un empleo a la mayor brevedad y continuar con una vida sin problemas legales.

Tras firmar toda la documentación necesaria, Marcos quedó en libertad. Recogió sus escasas pertenencias y se encaminó hacia la salida.

Cuando la puerta de hierro azul de su habitación se abrió, echó un último vistazo a la celda que había sido su hogar en los anteriores siete años, había tenido dos compañeros, pero estos últimos meses había estado solo. Le dedicó una sonrisa al jefe de la prisión, tras los años hasta lo apreciaba, Marcos siempre tuvo un buen comportamiento y ayudó en muchas labores dentro de la cárcel. Trabajó en el huerto, en la carpintería y en la cocina.

Mientras una puerta se cerraba tras de sí y otra se abría, era el procedimiento para salir de cada estancia de la cárcel, Marcos pensó que nunca más tendría que esperar tanto para salir de un lugar. Tanto abrir y cerrar puertas, de una forma tan metódica y calculada lo desesperaba.

Cuando por fin llegó a la salida, pisó el asfalto de la carretera y se alejó del centro penitenciario, sintió la verdadera libertad. Dejó caer la mochila negra que llevaba colgada en un hombro al suelo, abrió los brazos en señal de cruz y lanzó un grito al aire. Al fin era libre.

Recostada sobre el maletero de su coche de alta gama, un Audi Q7, en gris plata, Sofía contemplaba la felicidad y euforia que Marcos experimentaba. Lo admiraba con una sonrisa sin

ella misma ser consciente de esta.

Por lo general, no se permitía tener ningún tipo de sentimiento hacia sus clientes, pero Marcos le provocaba ternura. Fue privado de libertad con apenas veintiún años y ella creía en las declaraciones que había leído en los extensos informes de su caso: él no sabía que transportaba droga. No tenía antecedentes penales anteriores a aquello y no había sido un chico conflictivo. En ningún momento se derrumbó y confesó, manteniendo siempre la misma versión. No cambió nada. A Sofía no le había hecho falta preguntarle si era inocente o culpable, cosa que no le interesaba, ella solo hacía su trabajo: sacarlo de prisión. Y lo había conseguido, pero algo le decía que Marcos había sacrificado siete años de su vida por alguien que había gozado de lujos y libertad en todo ese tiempo, y mucho se temía que el chico quisiese vengarse una vez en la calle. No debería importarle aquel asunto, pero le inquietaba.

Sofía quería cerciorarse de que Marcos salía en perfectas condiciones. Y ahí estaba, observando cómo el viento de aquella mañana gris de noviembre azotaba en su cara y le abría la chaqueta de cuero negra que protegía su cuerpo del frío. En vaqueros y con aquellas botas negras, estilo militar, parecía un chico malo.

De repente, Marcos advirtió que ella estaba allí, a escasos metros de él, y lo miraba con una sonrisa deslumbrante mientras se agarraba el pelo con una mano. El viento llevaba su larga melena hacia sus ojos y le impedían ver.

La repasó de arriba abajo. Clavó su mirada verde intensa en los ajustados pantalones negros que ceñían las piernas de la abogada, las botas de tacón y la chaqueta en ante clara contrastaban con su extensa melena oscura. No la esperaba allí. De pronto, el corazón le dio un vuelco. Caminó hacia ella, con paso inseguro, después de recoger la mochila, sin saber muy bien qué decirle.

Cuando lo tuvo parado enfrente, Sofía observó cómo dejaba caer el peso de su cuerpo en un pie y en otro, intranquilo, con ambas manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón y sin saber cómo tomar la iniciativa.

—¿Qué tal sienta este aire? —preguntó ella.

—Me siento como nuevo.

Se hizo un breve silencio que los incomodó. Ninguno supo qué más decir.

—¿Tienes pensado adónde ir? —se atrevió a preguntar Sofía. Le había entregado dinero para cuando saliese, como le indicó el hermano de Marcos.

—Sí. Lo primero que quiero hacer es ir a ver a mi madre.

Sofía se puso seria y rígida. Maldijo a Lucas Luna y se dijo que ella no era quién para dar información que no le correspondía.

—Yo creo que quizás, lo primero que deberías hacer, es ir a ver a tu hermano. En siete años pueden haber cambiado mucho las vidas de tu familia y creo que Lucas debe ponerte al tanto de todo —comentó con prudencia.

—¿Mi madre está bien? —preguntó preocupado, acercándose más a ella.

Sofía se encogió de hombros.

—Me he reunido con tu hermano en una sola ocasión, cuando me encargó que revisase tu caso y he hablado un par de veces más con él por teléfono. No sé nada de tu familia. Lo dije solo a modo de sugerencia —mintió.

Marcos se quedó pensativo. Hacía un año que no recibía cartas de su madre, y ella siempre le escribía cada dos semanas. Asintió ante el argumento de Sofía y cambió de planes.

—Iré a ver a mi hermano.

—¿Quieres venir conmigo? —le ofreció de pronto. Ni ella misma supo cómo apareció aquella invitación.

—¿Vas a Marbella? —preguntó extrañado.

—Vivo allí —reveló.

Marcos la miró con una gran sonrisa. No esperaba aquello. Pensó su propuesta por unos segundos y asintió.

—Acepto, señora abogada. Me urge llegar cuanto antes e ir con usted me facilitará el camino.

—Bien.

Sofía abrió el maletero para que Marcos dejase su mochila y ambos se encaminaron al interior

del coche. Ella lo puso en marcha, bajo la atenta mirada de él y se incorporaron a la autopista que los llevaría a Sevilla y luego a Marbella.

—Creo que tras los años he olvidado hasta conducir —resonó la voz de Marcos cuando llevaban media hora de trayecto.

Observó el paisaje, los demás coches y camiones que circulaban por la carretera y la vida que había fuera de las cuatro paredes en las que había estado encerrado durante años.

—Eso es como montar en bicicleta, nunca se olvida —le dijo Sofía con una sonrisa. Trataba de que no se sintiese mal con su reincorporación a la vida en libertad. Observó que miraba el interior del vehículo al detalle—. Este es un coche automático. Es de mi marido y no lo cojo mucho. Me gusta más el mío, que es como los de toda la vida.

Cuando Marcos la escuchó nombrar a su marido sintió que le sacudían todo el cuerpo. No le contestó, solo asintió sumido en sus pensamientos.

Tras una hora y media de trayecto, pararon a hacer un descanso y a comer algo. El lugar era un bar de carretera, nada del otro mundo, con un menú del día, pero a Marcos le supo aquella comida a gloria. Saboreó, bajo la atenta mirada de Sofía, cada bocado que se llevó a la boca.

—Joder, hacía años que no probaba nada tan bueno —se le escapó el comentario cuando se metió en la boca el primer bocado de una tarta de chocolate como postre.

Sofía lo admiraba con un café entre sus manos. Ella declinó comer nada de dulce.

Marcos se sintió como un niño bajo la atenta mirada de su madre cuando le entregaba una recompensa. Cierta incomodidad lo abrumó y suspiró acalorado. Se subió las mangas del chaleco gris claro hasta los codos y Sofía observó que tenía los brazos tatuados casi entero. No le dijo nada, ella odiaba los tatuajes. Nunca se haría uno y no le llamaban la atención los hombres que los llevaban, al contrario que sus amigas, que se ponían cachondas cuando veían a un tío bueno y guapo tatuado.

—¿Tienes hijos? —la pregunta de Marcos la descolocó por completo.

—Eh... No. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió extrañada.

—Me mirabas como una madre orgullosa al verme comer y reprendiéndome al ver mis tatuajes por primera vez.

Sofía se sintió sofocada. Se removió con incomodidad en la silla.

—Espero que con el comentario no me estés llamando vieja. Solo nos llevamos once años de diferencia de edad. No podrías ser mi hijo —comentó sonriente.

Marcos la miró sonriente también. Sin pretenderlo había obtenido el dato de su edad, que sin saber por qué, desde que la conoció, era toda una incógnita para él. Estaba seguro de que Sofía era unos años mayor que él, pero tampoco le echaba tantos. Lo cierto era que no aparentaba la edad que tenía. Bien podía pasar por una persona de treinta y pocos.

Para compensar el comentario, que al parecer había herido un poco a Sofía, Marcos insistió en pagar el almuerzo.

De camino de nuevo a Marbella, tras media hora en silencio en las que no dejó de observar la conducción de su abogada, la mente de Marcos comenzó a hacerse preguntas.

—Tus honorarios deben de ser caros. Solo hay que ver tu ropa, tu coche... ¿cómo los paga mi hermano?

—Nunca les pregunto a mis clientes de dónde sacan el dinero —contestó impasible.

—¿Qué sabes de él? —preguntó en tono acusatorio.

—Eso es confidencial. Lo que Lucas haya querido contarme como cliente queda entre él y yo. Pero te adelanto que no sé mucho, ya que indirectamente mi cliente eras tú. Lucas Luna solo pagaba.

Marcos miró por la ventanilla y centró la mirada en el paisaje pasar a gran velocidad. Así sentía que iba su vida desde que Sofía Ortiz había aparecido en ella.

Cuando entraron en Marbella Marcos le indicó a Sofía por donde lo podía dejar. Lucas vivía en una calle peatonal.

—Te dejaré en la puerta de la casa de tu hermano —resonó la voz de ella.

Cuando Marcos vio que se dirigía a una urbanización de lujo, no la conocía, pero solo había que ver las viviendas y los terrenos que tenía alrededor, preguntó alterado:

—¿Dónde me llevas?

—Tranquilo, a casa de tu hermano. Me dijo que vive aquí desde hace cuatro años, por lo que supongo que no sabes bien dónde es.

Tras dar dos vueltas por dentro de la urbanización, Sofía encontró la calle. Conforme se adentraban en ella, estaba oscureciendo, vieron luces de policía y varios coches en la carretera que impedían el paso.

Sofía se echó a un lado y se bajaron del vehículo. Todo aquel barullo estaba justo delante de la puerta con el número de la casa de Lucas Luna.

Con paso seguro, Sofía se dirigió a un agente y le preguntó qué pasaba allí. El policía le hizo un gesto para que se retirase y le dijo que no le podía dar información.

De repente, una camilla con un cuerpo envuelto en una funda negra salió del domicilio. Marcos fijó la vista en él y reconoció a la mujer que lloraba detrás del cadáver, era Andrea. La novia que lo dejó tras entrar en prisión.

Sin importarle las cintas policiales, pasó decidido hasta ella, dispuesto a averiguar qué pasaba allí.

Varios policías intentaron parar a Marcos, pero no lo pudieron hacer.

De inmediato Sofía acudió en su ayuda. Les explicó a los agentes que él era el hermano del dueño de aquella propiedad, ella se identificó como a abogada y aquellos datos lograron relajar al cuerpo de seguridad que intentaba detener a Marcos.

Cuando Andrea tuvo cerca a Marcos rompió a llorar, no lo esperaba. La mujer se estremecía sin parar, aferrada a los barrotes de la camilla, no quería que metiesen el cuerpo en la furgoneta que se lo llevaría para siempre.

Marcos logró arrancarla de allí y la abrazó.

—Tu hermano... —balbuceó Andrea cuando lo reconoció.

De inmediato, Marcos comprendió que el cuerpo que iba allí dentro era el de Lucas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la mirada clavada en las puertas del furgón que se cerraron de golpe, con ella entre sus brazos, sin saber qué hacía Andrea allí. Hacía seis años que no sabía nada de ella.

La mujer era incapaz de hablar.

Sofía, que había logrado entrar hasta el jardín de la casa, buscó al juez que hizo el levantamiento del cadáver, y para su gran suerte, vio a un amigo de su marido. Este la reconoció de inmediato y le contó lo sucedido con Lucas Luna.

Marcos entró hasta el jardín con Andrea entre sus brazos, la mujer seguía aferrada a él, desconsolada.

En el porche, delante de la piscina había sangre. Marcos clavó la mirada allí.

Sofía lo miró en silencio. No le correspondía decirle aquello, pero alguien lo tendría que hacer. Se acercó al juez y le comunicó que el hombre que acababa de llegar era el hermano del fallecido.

—Señor Luna, siento lo ocurrido. Su hermano se ha suicidado —anunció el juez.

De repente, Marcos apartó a Andrea de su lado, la tomó con fuerza por los brazos y la miró. Necesitaba que ella le corroborase aquello.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja, casi a modo de súplica.

—Le diagnosticaron cáncer de páncreas antes de finalizar el año. Todo ha ido muy rápido. Los dolores... la morfina... no soportaba todo esto. Lo... lo dejé en la cama y fui por las pastillas, escuché un golpe fuerte y lo encontré aquí —relató Andrea—. Subió a la buhardilla del chalet y se tiró de la zona más alta. Quería terminar con esto cuanto antes —explicó agobiada.

Marcos sintió que le fallaban las rodillas, se pasó las manos por el pelo, desesperado, y se agachó en cuclillas. Sentía que se iba a desvanecer.

—Marcos, ¿estás bien? —se interesó Sofía. Fue hasta él y se colocó a su altura. Lo obligó a levantarse y lo llevó hasta un banco del jardín de la propiedad cercano.

Varios policías rodearon a Andrea y comenzaron a hacerle preguntas.

Ricardo, el juez, estaba al lado de ellos. Al conocer a Sofía no quiso dejarla sola en semejante situación. Ignoraba qué hacía ella allí, pero le quedaba claro que tenía cierta vinculación con la familia.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó en medio de la confusión Marcos. Se refería a Andrea.

—Ella es la esposa, ahora viuda, del señor Luna —le informó el juez.

—¿Cómo?! —preguntó asombrado, con los ojos muy abiertos.

—¿Usted no es el hermano del fallecido? —preguntó Ricardo sin llegar a entender que no supiese quién era su cuñada.

—El señor... ha estado lejos de la familia durante unos años —le informó Sofía. No consideró necesario dar más explicaciones.

Ricardo asintió, se despidió de ella y le dijo que podía contar con él para lo que necesitase.

—Esto es de locos —murmuró Marcos con los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha. No conseguía entender nada—. ¿Me lo puedes explicar? —le pidió a Sofía.

—Me temo que no sé mucho más que tú. Ni siquiera conocía a la esposa de tu hermano, es obvio que tú sí.

Marcos solo asintió, con pesar.

—¿Y esta casa? —Admiró el gran chalet y el lujo que lo rodeaba—. ¿Mi hermano vivía aquí? —preguntó extrañado.

Sofía solo asintió.

Marcos se recostó sobre el banco y miró al cielo. Había oscurecido tanto como él tenía la mente en aquellos instantes. No entendía nada. Si bien su hermano no estaba en la lista de las personas que más aprecio le tenía, por su culpa estuvo en la cárcel todos esos años, pero de ahí a saberlo muerto... y que su exnovia fuese la viuda de su hermano... ¿Qué había pasado en todo aquel tiempo que él desconocía? Miró a Andrea, visiblemente afectada por lo sucedido, y se dijo

que solo ella tendría todas las respuestas que necesitaba.

Sofía comprendió que no pintaba mucho más en aquel lugar.

—Marcos, me tengo que marchar... No sé si puedo hacer algo más por ti.

—No te preocupes, ya has hecho demasiado.

Sofía asintió y sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta y se la extendió.

—Aquí tienes mi teléfono. Si necesitas ponerte en contacto conmigo para lo que sea, hazlo en ese número.

Marcos asintió y la observó alejarse. Él fue incapaz de ponerse en pie para despedirla. Esperó a que Andrea terminase con las personas que hablaba y luego fue hasta ella, un poco más recompuesto de toda la impresión.

—Creo que me debes muchas explicaciones —le exigió serio y distante.

—Y yo creo que este no es el momento, si me disculpas... Tengo que ir al velatorio de mi marido.

—Tu marido —repitió en voz alta para poder asimilarlo—. ¿Por qué nunca me lo dijo él ni tú? —exigió saber.

Andrea no le contestó. Pasó por su lado y se dirigió hacia la casa.

Marcos fue tras ella.

—¿Y mi madre? —vociferó cuando Andrea subía las escaleras.

—La llevamos a una residencia. Hace meses le diagnosticaron Alzheimer y allí está bien cuidada.

El sillón que tenía detrás amortiguó el desplome de Marcos, las rodillas le fallaron y fue incapaz de mantenerse en pie.

Durante años había soñado con salir de la cárcel y volver junto a su familia, pero en aquellos instantes deseó que todo volviese a estar como antes. El mundo se le acababa de parar ante sus pies y estaba comprobando que la realidad podía ser mucho más dura, cruel y despiadada que la cárcel en la que había permanecido durante siete años.

Antes de que Andrea se marchase, cuando bajó vestida de negro riguroso con aspecto de una señora de la alta sociedad, muy lejos de la novia que él recordaba, le exigió que le diese la dirección de la residencia de su madre.

Andrea se la apuntó en un papel y le la entregó junto con las llaves del piso de su suegra, por si Marcos necesitaba un lugar donde quedarse.

—Necesito un coche, he visto que os sobran algunos —le indicó cuando salieron fuera. Había tres aparcados en el garaje que estaba abierto.

—Coge el que más te guste. Todos tienen las llaves dentro —le manifestó con indiferencia.

Marcos la miró una vez más sin reconocerla y se dirigió hacia un Mercedes azul marino. Entró en él como si lo hiciese a diario, lo arrancó y salió de la propiedad recordando las palabras que le había dicho Sofía; conducir era como montar en bicicleta, no se olvidaba, solo que él no esperaba comprobarlo tan rápido. Cuando salió de la cárcel dudaba cuando pudiese comprar o conducir un coche de nuevo, y en esos momentos tenía uno de alta gama entre las manos. Dio un golpe contra el volante y maldijo a su hermano por haberle ocultado tantas cosas durante aquellos años.

Cuando llegó a la residencia donde se encontraba su madre le dijeron que era muy tarde, tendría que esperar al horario de visitas del día siguiente. Pero Marcos no tenía ni un solo pelo de tonto, había visto cómo vivían su hermano y Andrea, sabía que el dinero lo podía todo. Le dijo a recepcionista de la residencia de ancianos que era hermano de Lucas Luna, obvió su reciente

fallecimiento, y le ofreció 200€ por dejarlo pasar fuera del horario establecido. De inmediato, Marcos supo el número de la habitación de su madre y cómo llegar hasta ella.

La encontró en una de las mejores habitaciones de la residencia, no tenía compañera de cuarto. Cuando entró, su madre estaba en la cama dormida. Se acercó a ella emocionado, le pasó la mano por el pelo, le temblaba la barbilla y comenzó a llorar. Se acercó más a ella y le dio un beso en la mejilla. Con el contacto Rosalía se despertó, miró a su hijo, pero no lo reconoció. Volvió a cerrar los ojos y continuó durmiendo.

Marcos la estrechó contra su pecho y la abrazó más fuerte. Necesitaba sentir el calor de alguien que lo quisiese y estaba seguro de que ella lo reconocería.

Al cabo de unos minutos, Rosalía volvió a despertarse. Se encontró con Marcos aferrado a su abdomen. Le acarició el cabello y la mejilla como solo una madre sabía hacerlo.

Él la miró en silencio y le sonrió mientras ella llevó sus labios hasta su cabeza y le depositó un beso. Marcos no necesitó más.

Cuando despertó se dio cuenta de que se había quedado dormido un par de horas allí junto a su madre. Se puso en pie y se marchó. Quería cambiarse de ropa e ir al funeral de su hermano, después estaba dispuesto a comenzar una nueva vida.

Tras entrar y cerrar la puerta de la que había sido su casa desde siempre, Marcos sintió que los recuerdos lo envolvían. Cerró los ojos y visualizó a su madre en la cocina, le encantaba cocinar y se le daba de lujo, y a él y a Lucas jugando por la casa. Luego se dirigió a su habitación y comprobó que todo estaba como recordaba. Abrió el armario y su ropa continuaba allí, como si la hubiese estado usando hasta el día antes. Se sentó en la cama y suspiró. Se tendió en ella y cerró los ojos por un par de minutos. Sentía como si un tractor hubiese pasado sobre él. Luego, se obligó a darse una ducha, ponerse otra ropa y encaminarse hacia el lugar donde velaban a su hermano.

Cuando Marcos llegó al tanatorio donde estaban los restos de Lucas, se encontró con que el lugar estaba lleno. La gente hacía cola para darle el pésame a la viuda. Se extrañó muchísimo de aquello. Andrea era hija única y aparte de sus padres no tenía más familia. Él pensó encontrar aquello vacío y casi era una feria. Se fijó bien en las personas que le daban el pésame a su cuñada y se trataba de gente adinerada, educada y con cierto nivel. Marcos se sorprendió una vez más. Hasta donde él sabía su hermano tenía un bar de copas donde bailaban tíos y tías medios desnudos para atraer clientela, como las deudas comenzaron a ahogarlo, comenzó a vender droga en el bar. Marcos era ajeno de la dimensión del negocio de su hermano hasta que lo cogieron con una furgoneta llena. Él pensaba que transportaba bebidas como otras tantas veces, pero no fue así. Lucas se la jugó y él pagó con siete largos años de su vida.

Llegó a la conclusión de que su hermano debía haber escalado mucho en aquel mundo y ahora sería uno de los grandes, pero él tenía claro que no quería nada de aquello. Le daría el último adiós, se llevaría a su madre con él y conseguiría un trabajo lejos de todo aquello.

Tras incinerar a Lucas, Andrea le pidió a Marcos que la acompañase a casa. Estaba dispuesta a responderle a todas las preguntas que le hiciese.

Cuando llegaron, Marcos se encontró con la sorpresa de que dos niños corrieron hacia ella llamándola *mamá*. De nuevo, las piernas le fallaron y necesitó sentarse.

—¡Hola, mis amores! —Andrea se abrazó a dos niños. Uno tenía cuatro años y el otro dos. Marcos observaba a los pequeños con los ojos muy abiertos—. Mirad, chicos, os presento al tío. Ellos son Lucas y David —se los presentó.

Marcos los miró con lágrimas en los ojos, luego miró a Andrea y tragó con dificultad. Trataba de deshacer el nudo que tenía en la garganta y que le saliese alguna palabra para aquellos niños que lo miraban con atención.

—¿Me dais un beso? —les preguntó temeroso.

Los pequeños se deshicieron de la mano de su madre y fueron hasta él. Cuando sintió que lo besaban y abrazaban rompió a llorar. No esperaba aquello. Encontrarse dos hijos de su hermano y Andrea era lo último que hubiese imaginado.

Una mujer de mediana edad apareció y los niños centraron la vista en ella. Marcos la reconoció de inmediato. Era la madre de Andrea. Se saludaron con un asentimiento de cabeza y la señora se llevó a sus nietos.

—Mi madre me ayuda con ellos. Viene a diario a echarme una mano. Ahora le he pedido que se venga a vivir conmigo —le comentó Andrea mientras se echaba una copa de whisky—. La necesito —indicó haciendo girar el líquido ámbar dentro del vaso, antes de tomárselo de un tirón, bajo la atenta mirada de Marcos—. ¿Quieres uno? —le ofreció la botella.

Él no la rechazó. Sentía que en aquellos momentos necesitaba un par de ellos para encajar el cuerpo.

—Tenéis dos hijos —logró decir al fin.

—Sí. Tú hermano nunca te contó nada para no hacerte sufrir. Ni lo nuestro, ni lo de tu madre...

—¿Cómo terminaste casada con él? —Necesitaba saberlo.

—Nos acercamos mucho cuando entraste en prisión, él me consoló. Luego murió mi padre, él nos prestó ayuda... y nos enamoramos. Nos casamos y tienes dos sobrinos —resumió sin remordimiento alguno.

—Comprendo. Yo pagué los errores de mi hermano y vosotros fuisteis felices —lamentó.

—Si te consuela saberlo, tu hermano vivía con un remordimiento constante.

—Sí, ya veo... En esta casa —Se paseó por el gran salón y admiró las vistas hacia el exterior—, con mi novia convertida en su mujer y dos hijos. ¿Hay algo más que ignore? —le reprochó a modo de pregunta—. Porque todo este lujo y dinero... me hago una idea de dónde salen.

—No, no te la haces —reveló con pasividad mientras se paseaba con tranquilidad delante de él.

—¿Me vas a decir que todo esto os lo ha proporcionado un trabajo honrado? —preguntó a modo de burla mientras se carcajeaba—. No te creo tan ingenua.

—¿Nos podemos sentar? —le propuso ella con un gesto de la mano.

Marcos aceptó y ambos tomaron asiento en un gran sofá blanco.

—Sorpréndeme, Andrea. Me tienes expectante —la alentó a hablar.

—Cuando tú entraste en prisión tu hermano vendió el bar y se compró una finca en ruina. Se alejó de todo y se marchó a vivir allí. Tu madre me llamaba y me pedía que fuese a visitarlo, así comenzó nuestro acercamiento. Luego mi padre murió en un accidente laboral y nos dieron una buena indemnización. Le dejé dinero a tu hermano y arregló aquel cortijo. Comenzó a alquilarlo para celebrar bodas y comenzó a ganar dinero. En dos años arregló la finca entera y la convirtió

en un lugar envidiable.

—No dudo que eso os dé para vivir bien, pero solo hay que ver esta casa y vuestros coches para saber que hay algo más que genera muchísimo dinero.

—Lo hay —admitió sin tapujos—. Pero, en contra de lo que piensas, es legal. Y no tiene nada que ver con las drogas —le adelantó.

—Continúa, soy todo oídos —anunció expectante.

—Un día un cliente nos propuso algo, tu hermano y yo lo meditamos mucho y finalmente nos decidimos. Tenemos un club... nocturno, los clientes pagan una cuota mensual o anual y tenemos lista de espera para ser socios del mismo.

—¿En qué consiste ese club? —preguntó intrigado.

—En muchas cosas. La finca era grande. Existe una zona de intercambio de parejas, orgías, espectáculos sexuales en los que otros miran... Digamos que es un lugar donde la gente va a hacer realidad sus fantasías.

—¿Cómo?! —Marcos se puso en pie, se bebió de un tirón el resto de la copa que tenía en la mano y esperó a que le dijese que todo aquello era una broma de mal gusto.

—¿Escandalizado? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Déjame que lo asimile. —Se paseó durante varios segundos por delante de Andrea y luego la miró serio—. ¿Tú y mi hermano... os iba ese rollo?

—Tuvimos que asistir como pareja a varios clubs para ver en qué consistían. Aprendimos mucho y hoy tenemos el mejor de toda España —anunció con orgullo.

—No lo puedo creer. —Se revolvió el pelo incómodo—. ¿Qué clase de clientes tenéis? —casi escupió. No conseguía asimilar todo aquello.

—Te sorprenderías. Las cuotas no están al alcance de cualquiera. Hay condiciones para ser socios, contratos de confidencialidad...

—Esto es de locos —bufó mientras se paseaba delante de ella.

—Al principio lo puede parecer, pero es solo un negocio. Y hasta el momento iba de maravilla.

—¿Por qué hablas en pasado? —preguntó intrigado.

—Porque era tú hermano quien lo gestionaba todo, junto con un equipo de abogados que redactaban los contratos. Yo, desde que nacieron Lucas y David, me desvinculé del trabajo. Me he dedicado a mis hijos y tan solo he aparecido por el club por placer.

Cuando Andrea reveló aquello a Marcos casi se le revolvió el estómago. No la imaginaba a ella y a su hermano en aquel lugar.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Marcos de forma indiferente.

—Te voy a dar la última información que ignoras hasta el momento —le reveló con cierto toque de misterio. Marcos cerró los ojos y rezó—. Tenemos que pensar qué vamos a hacer, sí en plural, querido cuñado. Tú hermano nos dejó el club a los dos. Cuando supo de su enfermedad, intuyó que yo sola no sería capaz de sacarlo hacia delante y contrató a la mejor abogada penalista de Marbella para que acelerase tu salida de prisión. Y aquí estás. Yo te veo como Lucas, eres el salvador de nuestro negocio. Ahora deberás dirigirlo tú.

—No. No. No. Ni hablar —negó en rotundo.

—¿Tienes un trabajo mejor? Hasta donde sé sabes algo finanzas. Tu hermano te ha dejado varios dossiers explicándote todo. Me dejó un ordenador donde se guarda toda la información y gestión del club. Me indicó que te lo entregase.

Andrea salió del salón, lo dejó solo y regresó con un maletín negro. Lo abrió cuando estuvo de nuevo delante de él y le indicó que allí estaba lo que necesitaba saber.

Marcos lo tomó en silencio y suspiró.

—Necesitaré tiempo para asimilar todo esto. Hasta ayer dormía en una celda y hoy...

—Tómate los días que consideres. Por un par de semanas no se va a venir abajo el club. Pero, por favor, acepta —le rogó—. Mis hijos y yo no tenemos otra fuente de ingresos.

Marcos la miró mal por decirle aquello. Lo ponía entre la espada y la pared. Al fin y al cabo, eran su familia y dejarlos solos le creó remordimientos.

Cogió el ordenador y se encaminó a la salida en silencio.

—Ya sabes dónde encontrarme. Si me necesitas estaré aquí, con mis hijos —le dijo Andrea antes de que saliese por la puerta para marcharse.

Marcos necesitó casi una semana para revisar, entender y ponerse al día con todo lo que su hermano le había entregado en aquel ordenador. También encontró vídeos de Lucas donde le pedía perdón por haberlo llevado hasta la cárcel y otros donde le explicaba con lujo de detalles desde el comienzo de la apertura del club hasta pocos días antes de su muerte.

Las cuentas del club estaban más que saneadas. Marcó flipó con las cantidades que los socios pagaban por acudir allí. Vio algunas fotos del club en el ordenador, pero estaba deseando conocer la finca en persona y descubrir cada rincón de aquel lugar.

Durante los siete años que pasó en prisión siempre soñó con la primera mujer que se tiraría nada más salir en libertad, y allí estaba, harto de masturbarse porque no tenía tiempo de ir en busca de una.

Aquella semana tan solo había salido a hacer varios recados necesarios. Se compró un teléfono, ropa y llenó la nevera de comida.

Una noche, sonó el timbre y cuando abrió la puerta se encontró con Andrea frente a él. Siempre la recordaría con vaqueros, zapatillas y el pelo alborotado, la mujer sofisticada en la que se había convertido lo desconcertaba.

—Estabas tardando demasiado en ponerte en contacto conmigo y temí que te hubieses marchado —argumentó cuando la miró extrañado de su presencia.

Andrea lo hizo a un lado y se adentró en el salón de la casa.

Con una mirada escrutadora, Marcos la repasó de arriba abajo en silencio. Cerró la puerta y se reunió con ella.

—Me gustaría ver a menudo a mis sobrinos y jugar con ellos —murmuró.

—Eres su tío, han perdido a su padre y creo que les vendrá bien tener una figura masculina. Puedes ir a visitarnos cuando quieras, ya sabes dónde vivimos. ¿Vas a quedarte en Marbella y a ponerte al frente de El Castillo? —Marcos la miró extrañado, sin saber a lo que se refería—. No pensarás que el club, tal y como te lo describí se llama así. Su nombre es El Castillo de los deseos, aunque todos lo conocen por El Castillo.

—Todos. Hablas como si fuese un lugar común al que acude la gente normal —replicó. No era un santo, pero, hasta el momento, sus prácticas sexuales se habían limitado a un espacio íntimo y con una sola mujer.

—Creo que ha llegado el momento en el que le hagas una visita a El Castillo. He venido para llevarte hasta allí. Hoy es sábado por la noche, uno de los días de más afluencia de gente y espectáculos. —Marcos la miró sin creer lo que le proponía—. Has tenido una semana completa para tomar una decisión. ¿Vas a ponerte al frente del negocio? —Esperó una respuesta si hacerle notar su intranquilidad. Hacía una semana que Lucas ya no estaba al mando y habían surgido

algunos problemas que esperaba que Marcos solucionase. Ella nunca fue buena negociadora, y se debía a sus hijos por completo, ahora más que nunca que habían perdido a su padre.

—Lo haré —contestó seco y decidido.

No le reveló que durante aquella semana había enviado algunos currículos a empresas y había buscado trabajo, pero no había encontrado nada. Haber estado siete años en la cárcel tampoco ayudaría o en cuanto se enterasen de aquello lo despedirían.

La empresa, por llamarla de alguna forma, de su hermano era un negocio saneado y rentable. Necesitaba dinero para vivir, para mantener a su madre y su conciencia le dictaba que no podía dejar a sus sobrinos solos. Andrea no tenía estudios, dudaba que supiese llevar la contabilidad y un negocio hacia delante.

—Bien. —Una gran sensación de paz se paseó por el cuerpo de Andrea. Confiaba en Marcos.

—Vístete, nos vamos. —Lo miró repasándolo de arriba abajo y Marcos la miró como si estuviese desnudo—. Vas a ser el futuro dueño y gestor de El Castillo. Tienes que imponer respeto, ponte un traje de chaqueta. La primera vez que apareces por allí no lo puedes hacer de cualquier forma.

Marcos se dio media vuelta y se metió en la habitación. No tardó ni dos minutos en salir.

No le hizo caso a su cuñada, se dejó los mismos vaqueros claros, gastados y rotos, y la camiseta negra. Tan solo se colocó unas botas negras estilo militares y una chupa de cuero.

Andrea y lo miró y lo encontró arrebatador. Nunca lo había visto con el pelo tan corto, casi rapado, pero le sentaba bien. Sus intensos ojos verdes estaban mucho más claros de los que lo recordaba. Aquella pinta de chico malo hizo que lo deseara como tiempo atrás.

—No me des órdenes —le advirtió abriendo la puerta, le hizo un gesto para que saliese ella primera—. A quien no le guste como visto que mire hacia otro lado. No pretendas cambiarme porque no lo vas a conseguir.

En el rostro de Andrea apareció una sonrisa que él no vio. Marcos siempre había tenido mucho carácter, y algo le decía que con los años este había aumentado.

—¿Esta noche también está tu marido de despedida de soltero? —preguntó Mónica a Sofía. Habían quedado para cenar. Natalia, por fin, les iba a presentar a sus amigas al tío con el que llevaba unos meses liada.

Sofía les había comunicado que acudiría con Tomás, pero finalmente se presentó sola.

—Ha tenido que cubrir la guardia de un compañero a última hora.

—Tomás debe ser el juez que más trabaja —dijo Mónica a modo de queja.

—Yo no he traído a mi nuevo ligue porque aún me parece un poco pronto, pero nos hemos visto un par de veces en esta semana —terció Lidia con una sonrisilla traviesa, no quería que Mónica y Sofía se enzarzasen en una discusión sobre el matrimonio de esta última.

Las tres mujeres estaban sentadas en la mesa del restaurante donde habían reservado para cenar. Estaban a la espera de la llegada de Natalia con su maromo.

—Mónica, ¿tienes algo a la vista? —se interesó Lidia.

—Nada que merezca la pena. Últimamente me da pereza acostarme con un tío por el simple hecho de hacerlo. Creo que me estoy volviendo una vieja. Ahora necesito sentir algo antes de desnudarme ante cualquiera —confesó horrorizada ella misma.

Lidia y Sofía estallaron en carcajadas.

Natalia y su medio novio hicieron aparición y las chicas se quedaron boquiabiertas. Les había dicho que el tío estaba muy bien y era más joven, pero aquel hombre parecía sacado de una agencia de modelos. A simple vista no tenía ni un solo defecto. En cierto modo, las tres mujeres envidiaron a su amiga.

Cuando todos estuvieron en la mesa, Sofía echó de menos a su marido a su lado. Miraba como Rubén le cogía la mano a Natalia y estaba pendiente de ella y se preguntó cuánto hacía que entre ella y Tomás no existía aquella complicidad y miradas. Desde hacía tres años su matrimonio había entrado en una clase de rutina de las que siempre escuchó hablar y se dijo que eran leyendas, pero sí, era cierto. Allí estaba ella, se consideraba una mujer joven, aún no había llegado a los cuarenta, que follaba cada dos semanas y los polvos cada vez era más rápidos. Pero aquello no se lo había contado a sus amigas. Estaba segura de que Mónica, sobre todo, le alentaría a divorciarse, pero Sofía consideraba que no tenía tiempo para conocer a otra persona y crear una familia. Deseaba ser madre y se convencía cada día de que Tomás era el hombre indicado para ser el padre de sus hijos. Era serio, responsable y se casó enamorada de él.

El Castillo, como Andrea lo llamaba desde que salieron de la casa de Marcos, estaba a las afueras de Marbella. Cuando se apartaron de la carretera principal, entraron en una vía rural que los llevó hasta la finca. Antes de pasar una gran reja negra, que escoltaba la entrada, Marcos pudo observar todas las cámaras de seguridad y videoportero del lugar. Marcos observó que en el centro de la puerta de hierro forjado estaba grabado con letra blanca: EL CASTILLO.

Andrea insistió en ir en su coche. Para que se abriese la gran puerta, ella colocó la huella de su dedo sobre una pantalla y esta se abrió de inmediato.

Cuando se adentraron en la propiedad, pudo ver otro letrero, sobre el césped, antes de unas escalinatas que llevaban hasta dentro de la casa, allí si estaba escrito el nombre completo que Andrea le dio al negocio: El Castillo de los Deseos. Marcos observó a dos hombres muy

corpulentos en las dos grandes puertas que dejaban paso al interior. Llevaban trajes de chaqueta negros y llevaban pinganillos.

Andrea llevó el coche hasta un garaje privado, en el recorrido Marcos observó que la finca estaba muy vigilada. Había cámaras de seguridad por todos los rincones.

—Este lugar era exclusivo de Lucas o mío, para nuestros coches —le explicó al bajarse del vehículo. Marcos la siguió. Ella se dirigió hacia un ascensor cercano, introdujo una llave y las puertas se abrieron—. Este lugar tiene dos salidas o entradas, unas escaleras que llevan hasta el salón principal y este ascensor va directamente hasta el despacho de tu hermano.

Marcos lo observaba todo en silencio.

Cuando el ascensor se abrió de nuevo y tuvo ante su mirada el despacho de Lucas hizo un gran esfuerzo por no soltar un silbido. Aquello era más grande que su casa.

Andrea se paseó por él en silencio y abrió dos puertas.

—Este es el baño y esta otra estancia, un pequeño apartamento privado. —Marcos entró y descubrió una gran habitación con una mesa y una cocina, todo en el mismo espacio—. Antes de comprar la casa en la que vivimos y tener a nuestros hijos, tu hermano y yo vivimos aquí por algún tiempo —le reveló—. Si lo deseas, puedes mudarte a este lugar. Te aseguro que vas a tener mucho trabajo en los próximos meses y te vendrá bien vivir cerca de este despacho que se va a convertir en todo tu mundo desde ahora en adelante.

Marcos tragó con dificultad preguntándose si hacía bien en meterse en todo aquello.

—¿Cuántos socios tenéis? —preguntó. En toda la información que le había dejado su hermano no encontró aquel dato.

—Más de ochocientos. La información y fichas de cada uno de ellos no las vas a encontrar en ningún sistema informático. Todos tienen posibilidad de ser jaqueados. Esa información está por escrito en una gran caja fuerte que está dentro de ese mueble. —Se lo indicó con el dedo y luego lo abrió.

Marcos pudo observar una enorme caja de seguridad, como la de los bancos. Se sentó en el que sería su sillón de ahora en adelante. Comprobó que era cómodo. Llevó las manos hasta la mesa y tomó una gran bocanada de aire.

—Cuéntame todo lo que necesito saber para estar al frente de este negocio —manifestó expulsando el aire que llevaba contenido dentro.

Andrea le mostró una sonrisa espectacular y tomó asiento frente a él.

—En esa caja fuerte —Volvió a señalarla—, están las fichas personales de cada cliente y los contratos que firman al ser miembros de El Castillo. Algunos pagos son en efectivo. Hay clientes que no quieren dejar rastros en sus cuentas bancarias o sus parejas ignoran que vienen aquí. La discreción y seguridad son nuestras principales prioridades, que los clientes estén siempre a gusto y se sientan protegidos. Por ello, toda persona que ponga un pie aquí debe de firmar un contrato de confidencialidad. Todo lo que ocurre en EL Castillo, se queda en El Castillo. Es nuestro lema. Aquí tenemos a gente muy importante e influyente en este país, si la información de que frecuentan este lugar saliese a la luz, a muchos los destrozaría. Para comprender lo que sucede aquí hay que tener la mente abierta, pero aún hay gente hoy en día que tiene muchos prejuicios sociales.

—¿Qué pasará cuando se enteren de que he estado en la cárcel? Tarde o temprano lo sabrán, y quizás eso sea un motivo para que algunos clientes decidan marcharse —preguntó mostrándose algo intranquilo.

—No te preocupes. —Hizo un aspaviento con la mano para quitarle importancia—. Aquí tenemos a políticos y empresario que han pasado por la cárcel, no se asustarán —anunció sin

darle importancia a ese hecho.

—¿Yo no debería de firmar un contrato de confidencialidad de esos que has nombrado? —preguntó.

—No, al ser el dueño. Tú y yo somos los mayores interesados de que no salte a la luz nada de lo que aquí ocurre. Eso podría arruinarnos. Tú mismo has visto la seguridad que nos rodea. Le ofrecemos a nuestros clientes privacidad. Aquí no entra nadie que no sea miembro con anterioridad. Los contratos se firman con un bufete de abogados que nos los redactan y no dejan nada en el aire.

—¿Y cómo llegan hasta aquí los nuevos clientes si antes no pueden ver en qué consiste todo? —preguntó a modo de burla.

—Todos nuestros clientes vienen por recomendación de otros. Cada uno es libre de contar lo que hace y en qué invierte su tiempo libre, de lo que no pueden hablar es de quienes más vienen aquí, con nombres y apellidos. Una vez al año hacemos un día de jornadas de puertas abiertas en la que permitimos que nos visiten cincuenta personas, que previamente se apuntan a una larga lista y firman un contrato de confidencialidad para esa ocasión en especial. No pagan nada, esa noche solo disfrutan y deciden si convertirse en socios. Te aseguro que el noventa y cinco por ciento lo hace luego.

—Mañana le echaré un vistazo a todos los contratos y socios.

—Mucho cuidado con la información, es muy delicada. Recogen nombres, profesiones, fotografías e informes médicos de que todos nuestros clientes están sanos en el ámbito sexual cuando entran aquí.

—Lo tendré —afirmó contundente.

—¿Quieres ver las instalaciones? En el ordenador que te dejó tu hermano existían fotos de esta finca por fuera, pero por dentro nunca hemos dejado que se saquen. Todos nuestros clientes tienen prohibido usar los teléfonos una vez que entran aquí. Existen unas taquillas en la entrada donde deben dejar todas sus pertenencias.

—Bien, vamos —dijo convencido mientras su mente procesaba toda la información que Andrea le había dado.

Salieron por una puerta doble que conectaba a un largo pasillo, el cual estaba solitario. Bajaron unas amplias escaleras y Andrea lo llevó hasta la entrada del lugar y le presentó a los porteros.

—Ellos son Matías y Axel. Chicos, él es el nuevo jefe: Marcos Luna.

—Señor —dijeron ambos a la vez con un asentimiento de cabeza.

Marcos solo les dirigió una sonrisa forzada.

Volvieron a entrar y se fijó en un amplio recibidor, donde había dos especies de recepcionistas para atender a los socios. Andrea se las presentó también y continuaron el recorrido hacia una gran sala, sin ventanas, con muchas cajas fuertes. Allí dejaban los clientes sus objetos personales. Posteriormente, se dirigieron hacia el gran salón principal. Cuando Andrea abrió las puertas estaba lleno de gente, bebían, bailaban sobre plataformas y otros se metían mano.

—Es nuestra Sala de contacto, como la llamamos. Aquí socializamos un poco, bebemos y cada uno decide dónde ir luego. Sígueme.

Andrea saludó a algunos conocidos, pero no se paró con ellos. Continuó el recorrido. Marcos la seguía de cerca, sin dejar de observarlo todo con ávidos ojos.

Continuaron por un larguísimo pasillo, este tenía muchas puertas. Parecía un hotel, con la diferencia de que las puertas tenían un ojo de buey en cristal transparente y se podía ver el

interior. Andrea se acercó a una y esperó a que Marcos lo hiciese.

—Están en el jacuzzi —relató mientras observaban al trío que se encontraba allí practicando sexo—. Han dejado el ojo de buey al descubierto porque es la señal de que aceptan visitas. Quien desee puede unirse a ellos —le explicó como si aquello fuese lo más normal.

Marcos la miró al mismo tiempo que tragaba con dificultad.

Andrea continuó el recorrido y pasaron por dos puertas con el ojo de buey tapado con una cortina.

—Quienes desean privacidad y que nadie más entre, echan la cortina negra que hay detrás de cada puerta.

—¿Todas las salas son iguales? —preguntó intrigado.

—No, eso sería muy aburrido. El objetivo que es que todos los clientes las prueben todas. Hay otras con columpios, cruces, bancos de maderas, camas redondas... —enumeró mientras disfrutaba con la expresión que su cuñado le dedicaba. El desconcierto e incomodidad de Marcos la divertía.

La próxima puerta por la que pasaron tenía el ojo de buey abierto, se acercaron de nuevo y vieron a una pareja desnuda.

—Esperan a alguien —anunció Andrea—. A él le gusta ver como follan a su mujer. Es un matrimonio que llevan años viniendo.

Marcos sacudió la cabeza. Su cuerpo ardía y su polla palpitaba. Llevaba demasiado tiempo sin sexo de verdad y aquel ambiente lo estaba alterando.

—¿Podemos dejar el resto para mañana? Estoy cansado y quiero marcharme a casa —le espetó de forma brusca a Andrea cuando ella prosiguió el camino.

—¿Aún no te has tirado a nadie desde que saliste de la cárcel? —Se volvió y lo encaró, sonriente. Se acercó y con descaro, llevó la mano hasta sus testículos y los masajeó. Marcos se retiró de inmediato y la miró enfadado.

Se dio media vuelta, dispuesto a marcharse sin ella, pero Andrea lo siguió de cerca.

—No tienes porqué irte, estás en el lugar adecuado. Prueba por ti mismo el negocio del que eres dueño —resonó la voz de ella detrás de Marcos.

Él se paró en seco y Andrea chocó contra su espalda.

—¿Tú y mi hermano...? —No terminó la pregunta, leyó la respuesta en los ojos de Andrea.

—Sí, teníamos un matrimonio abierto. Descubrimos esta forma de pareja y lo cierto es que es... ¿Cómo lo calificaría? Muy motivante.

—¿Siempre lo hacíais juntos como matrimonio o cada cual por separado?

—Le di vía libre cuando tuve a nuestros hijos, tras el parto. Él pasaba aquí muchas horas, yo no podía... ya sabes... Comprensible, ¿verdad?

Marcos sacudió la cabeza, se reprochó haber hecho aquella pregunta y continuó caminando hacia el despacho. Necesitaba salir de allí.

—Te veo muy incómodo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Andrea se acercó a él peligrosamente, de forma juguetona.

Marcos fijó la mirada en sus perfectas piernas. Lucía un vestido negro ajustado, corto y elegante a la vez.

Ella le paseó los dedos por la mandíbula y notó la barba de varios días.

Con fuerza, Marcos la tomó por los brazos y la alejó de él. Sabía lo que se proponía.

—No, Andrea. Eres la viuda de mi hermano.

—Yo también estoy necesitada. Llevo dos meses sin sexo, su larga enfermedad, la morfina... Lucas no podía. —Le acarició la espalda, juguetona—. Ambos necesitamos esto. Estaría muy

mal visto, que yo, a la semana de morir mi marido, busque sexo en este lugar. Debo mantener una reputación y un decoro, pero no aguantaré mucho más. Tras el recorrido que hemos hecho y a las parejas que hemos visto me he puesto muy caliente —le susurró en el oído mientras paseaba sus manos por el ancho y musculoso pecho de su cuñado.

Marcos cerró los puños y los ojos haciendo acopio de todas sus fuerzas.

Andrea le paseó las manos por el abdomen, le subió la camiseta y lo acarició mientras descubría con sus ojos lo que habían palpado sus manos. Le quitó la chupa de cuero, la dejó caer al suelo y lo besó. Estaba hambrienta de él. En todos aquellos años no había encontrado a nadie que la follase como Marcos Luna, ese era su gran secreto.

Sin poder resistirse por más tiempo, Marcos le correspondió al beso, la cogió en brazos y la empujó contra la pared. Le subió el vestido, le rompió las medias y las bragas y llegó hasta el lugar deseado. Introdujo los dedos en ella sin demasiada delicadeza, comprobó que estaba muy mojada, sacó un preservativo de su cartera, casi al mismo tiempo que se bajaba los pantalones con prisa, y se lo dio a Andrea para que se lo colocase. Cerró los ojos cuando sintió sus manos alrededor de su miembro y luego la embistió con fuerza.

Andrea soltó un sonoro grito de placer al mismo tiempo que le clavaba las uñas en los hombros. Se sintió llena por completo, como hacía años que nadie la satisfacía.

Marcos se movió con rapidez y se corrió al mismo tiempo que cerraba los ojos y maldecía por haber sido débil y no haber parado aquello.

El cuerpo de Andrea le había resultado demasiado seductor. Aquella pelirroja siempre fue una verdadera tentadora, pero con los años se había vuelto más peligrosa aún. Su cuerpo era un completo pecado. Alta, delgada y atlética. Su piel era tan suave como recordaba, pero su fogosidad y su forma de follar habían cambiado, comprobó que era una auténtica tigresa.

Marcos salió de su interior, la dejó con los pies apoyados en el suelo y se deshizo del preservativo.

Andrea lo observaba recostada contra la pared, con la respiración alterada y el pelo alborotado.

Cuando Marcos se volvió hacia ella, con los pantalones a medio abrochar y el impresionante torso desnudo y con algunos tatuajes visibles que Andrea no recordaba, lo admiró con un dedo metido en la boca, pidiéndole más en silencio.

Él maldijo para sus adentros, cogió otro preservativo, tiró de la mano de su cuñada, la inclinó sobre la mesa, se colocó tras ella y la folló de nuevo.

Derrotado contra su espalda, con la respiración alterada, sin salir aún de ella, le dejó claro:

—Esto no se volverá a repetir.

Andrea no le replicó. Era una mujer segura de sí misma y sabía que tendría a Marcos en el momento que se lo propusiese. Era una mujer muy experimentada en el sexo, y tenía todas las intenciones de enseñarle muchas cosas que desconocía y estaba segura no había practicado con anterioridad.

Al día siguiente, Marcos quedó con Andrea en ir a ver a sus sobrinos. Acudió a su casa a la hora del almuerzo y comió con ellos y jugó con los niños en el jardín un rato, bajo la atenta mirada de su madre que los observaba desde la distancia.

Cuando Marcos se marchaba, Andrea le pidió que lo acompañase a la biblioteca de su casa, le adelantó que había surgido un pequeño problema en El Castillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado en cuanto estuvieron a solas y ella cerró la puerta.

—El equipo de abogados que redactaba nuestros contratos y trabajaba para nosotros me han comunicado esta misma mañana que a principios de año se jubilan y cierran el bufete. Tendremos que buscar otro. Me han pasado un listado de varios, pero quería consultártelo. Tu hermano siempre decía que había que tratar todo con discreción y profesionalidad, no deseo que escojamos a alguien que pueda poner en entredicho nuestra empresa. Los contratos de

confidencialidad y las cláusulas que firman todas las personas que entran y disfrutan en El Castillo son nuestra base y continuidad con prestigio como hasta ahora —le comentó algo preocupada.

—Yo me ocupo. Averiguaré sobre ellos y escogeremos al mejor.

Andrea le extendió la lista y Marcos se la metió en el bolsillo trasero de los vaqueros. Abrió la puerta dispuesto a marcharse.

—¿Ya te vas?

Él asintió de inmediato.

—Tengo trabajo. Esta tarde, quiero pasarme por El Castillo y ponerme al día con todo allí.

—Si me necesitas, solo tienes que llamarme —le ofreció.

—Podré arreglármelas solo. Tú quédate con los niños. En estos difíciles momentos, con la pérdida de su padre, necesitan del cariño de su madre más que nunca.

Andrea no insistió. Decidió darle tiempo.

Marcos pasó toda la tarde y resto del día en el despacho de El Castillo. Intentó hacer aquel espacio suyo entre los recuerdos de su hermano. Tiró algunas cosas y mandó a comprar otras nuevas. Le pareció bien acondicionar el apartamento que había anexo a al despacho. Era consciente de que tendría que pasar muchas horas poniéndose al tanto del nuevo negocio del que era dueño.

Al día siguiente fue a visitar a su madre, lo hacía cada dos días, a primera hora de la mañana. En ocasiones Rosalía lo reconocía, en otras lo trataba como a un extraño y Marcos salía de la residencia de ancianos con el corazón partido.

Aquella mañana salió contento, su madre le deseó un buen día en el trabajo. Se dirigió de nuevo a El Castillo y cuando llegó hasta su despacho una mujer se presentó ante él.

—Buenos días, señor. Soy Nerea, su asistente personal. —Marcos se quedó de una pieza. Andrea no le había dicho que tendría una secretaria—. Puede pedirme ayuda en lo que necesite. Trabajé para su hermano durante los tres últimos años —especificó a modo de ganarse su confianza—. La señora Andrea me ha puesto al tanto de que ahora usted es el nuevo jefe. También me ha pedido que organice la fiesta para su presentación.

—¿Qué fiesta?! —Centró toda su atención en aquella información que lo descolocó por completo.

Le extendió la mano a modo de saludo y la invitó a que tomase asiento frente a él.

Fijó la mirada en aquella mujer joven con pinta de eficiente. Con una tablet en la mano y unas gafas que le daban pinta de ratón de biblioteca esperaba a que su nuevo jefe la pusiese al tanto de cómo serían las cosas de ahora en adelante.

—Supongo que tú tienes mucho más que contarme que yo. Comienza por favor —la instó a ello. Se recostó sobre el asiento y le prestó atención.

—Tenemos pendiente encontrar un nuevo bufete de abogados, el nuestro pronto dejará de funcionar y otro asunto es organizar su presentación oficial para los socios del club. La señora Andrea cree que podríamos realizarlo con la fiesta especial que hacemos todos los años en diciembre.

—Me parece bien, Nerea. Organízalo todo como en años anteriores. No te centres demasiado en mí ni me des mucho protagonismo. El justo para que los socios me conozcan. Y con respecto al tema del bufete de abogados, estoy en ello. Mi cuñada me pasó una lista y voy a ver cuál es el más eficiente.

—Si lo desea, la podemos repasar juntos —se ofreció.

—No te preocupes. Yo me ocupo del tema de los nuevos abogados y tú de la fiesta —resolvió de inmediato.

—Como usted desee.

Marcos asintió y Nerea salió de su despacho en silencio. Hasta el momento no contaba con que tuviese una asistente personal, pero ella le transmitió confianza. Aparentaba profesionalidad, con aquel traje de chaqueta oscuro y la coleta alta.

En cuanto Marcos se quedó solo, sacó de su cartera la tarjeta que Sofía Ortiz le había entregado días atrás. Había estado tentado de llamarla en un par de ocasiones, pero no tenía excusa alguna para hablar con aquella mujer que le perturbaba el sueño y lo hacía fantasear con su cuerpo desde que la conoció.

Hasta que se tiró a Andrea pensaba que su obsesión con aquella abogada formaba parte de su prolongado periodo sin tener contacto con el género femenino. Sofía era la mujer más hermosa que había tenido cerca en los últimos años, pero tras follarse a su cuñada, que no tenía nada que envidiarle a la abogada, y continuar despertándose empalmado, noche tras noche, con la imagen de Sofía en la mente, supo que tenía un grave problema.

Marcó el número de la letrada y esperó impaciente. Había deseado escuchar su voz desde aquella noche que le entregó la tarjeta y le dijo que podía llamarla cuando la necesitase. La había necesitado, y mucho, pero no para asuntos legales. Ahora que tenía una oportunidad, no pensaba desaprovecharla. Estaba decidido a que Sofía Ortiz fuese la nueva abogada que redactase los contratos que se realizasen de ahora en adelante en El Castillo. Estaba dispuesto a ofrecerle una oferta que no pudiese rechazar.

—Hola, dígame —contestó al cuarto tono. Ella desconocía el teléfono de Marcos hasta el momento.

—Hola, Sofía. Soy Marcos Luna. —Hizo un silencio. Esperaba que lo recordase.

—Marcos, ¿qué tal estás? —preguntó con confianza. Marcos se relajó al comprobar que sabía bien quién era.

—Bien. Adaptándome a la libertad —comentó con cierto deje de ironía.

—Espero que lo lleves bien. Lo de tu hermano fue algo inesperado. Estuve en el velatorio y le presenté mis condolencias a la viuda, tú no estaba.

—Estaba junto a mi madre, tiene Alzheimer y se encuentra en una residencia donde la cuidan. Me refugié en ella —terminó por contarle.

—Vaya, lo siento.

—Las cosas por aquí no estaban tal y como las esperaba.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con cautela.

—Me gustaría que trabajases para mí —le soltó de pronto.

—¿Necesitas una abogada? —preguntó preocupada.

—No es lo que piensas. No me he metido en ningún lío —le aclaró—. Quiero proponerte que trabajes para mi empresa —manifestó contundente y seguro de sí mismo.

—¿Tu empresa? —Sofía no pudo ocultar la sorpresa.

—Sí. Es algo legal. No te asustes. Mi hermano me ha dejado en herencia la mitad de su negocio, y necesito un abogado. Pensé en ti. Me transmites confianza.

—¿Qué necesitas exactamente? Desconozco qué clase de empresa tenía tu hermano.

—Necesito que redactes contratos tipo para nuestros clientes, y si en la empresa surge algún problema, seas la abogada encargada de resolverlo —le explicó.

—En ese caso, creo que será más conveniente que te ponga en contacto con alguna de mis

socias del bufete, yo suelo encargarme de los asuntos penales.

—No —negó en rotundo—. Te quiero a ti —manifestó con demasiada intensidad en la voz, la cual estremeció a Sofía—. Estudiaste la carrera de Derecho, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces no creo que te suponga nada del otro mundo redactar y supervisar unos simples contratos.

Sofía sintió que tenía al otro lado del teléfono a alguien muy superior a ella, en vez de un niño con musculitos y tatuado que había sacado de prisión hacía poco.

—¿De qué se trata? —se interesó.

—Te propongo que nos reunamos en persona y te cuento todo mejor. ¿Te puedo invitar a comer y lo hablamos? —se atrevió a proponerle.

—Eh... sí... Está bien. —Sofía no se esperaba aquella llamada, de hecho, no contaba con verlo más, pese a que se había acordado de él en los últimos días.

—Escoge el lugar y nos vemos allí para almorzar.

—Bien.

—Ah, y puedes registrar este teléfono. Es mi número personal. Yo ya grabé el tuyo en mi móvil.

—¿Te parece bien a las tres en La Casona? Se come bien y tiene bonitas vistas.

—No sé dónde se está, pero no te preocupes, lo encontraré. Nos vemos allí.

—Adiós, señor Luna —se despidió de una manera más formal.

—Hasta muy pronto, abogada.

Sofía colgó el teléfono sin saber por qué había aceptado aquella invitación ni porqué la voz de Marcos le provocaba aquella sensación tan inquietante.

De repente, Mónica entró en el despacho de su amiga.

—¿Y esa cara de felicidad tan temprano? ¿El juez te ha despertado de una forma especial hoy? —le preguntó con una sonrisa burlona.

Sofía no le hizo caso ni entró al trapo. Se puso en pie y cogió el maletín.

—Llego tarde, tengo un juicio a las doce.

—Suerte. Nunca te he visto acudir al juzgado con una sonrisa tan brillante. Creo que no tenías esa mirada tan especial desde el día de tu boda —le dijo cuando su amiga ya se marchaba.

Sofía la miró reprendiéndola con la mirada por el comentario y se marchó. Mónica no perdía ocasión para manifestarle que no le agradaba Tomás.

El resto de la mañana, hasta la hora en la que quedó con Sofía, Marcos se dedicó a revisar los expedientes de las personas que eran socios de El Castillo. Quería descubrir por sí mismo qué clase de gente regentaban su negocio y le gustaban aquellas prácticas sexuales.

Descubrió que aquella forma de vida solo la podían llevar individuos de un alto nivel económico. La cuota mensual o anual era astronómica. Nunca llegó a imaginar que se pagase tanto dinero. Sin embargo, reconoció que el lugar lo valía. Estaba lleno de lujos y seguridad, y si satisfacía los deseos de todos los socios, a los cuales les sobraba el dinero, comprendió el éxito del negocio.

Leyó unos cien expedientes, entre los que encontró a políticos, artistas, empresarios, fiscales, jueces, abogados... No conocía a nadie, pero estaba seguro de que muy pronto lo haría.

Marcos llegó un poco antes al lugar en el que había quedado con Sofía. Aparcó un poco retirado y fue andando. Le apetecía caminar y respirar aire fresco. De camino allí, un coche se paró a su lado y el conductor le preguntó:

—¿Eres tú, tío? ¿Marcos Luna? —inquirió el hombre con sorpresa.

Marcos se paró y se agachó para ver bien al sujeto que llamaba su atención.

—¡Joder, Héctor! —manifestó de inmediato con alegría. Los años habían pasado, pero a uno de los mejores amigos de toda la vida no se olvidaba.

Sin importarle parar el tráfico y dejar el coche en doble fila, Héctor se bajó del vehículo y fue a abrazar a Marcos.

—Tío, pero ¿cuándo has regresado? Te echaron muchos años. —Era conocedor de que lo enviaron a prisión.

—Buena conducta y una buena abogada.

—¿Qué haces ahora? Tenemos que quedar y ponernos al día. Si necesitas algo...

Héctor se sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó a Marcos. Este la leyó de inmediato y comprobó que era constructor.

—Vaya, la vida te ha ido bien —manifestó Marcos observando lo bien que vestía y el buen coche del cual se había bajado.

—No me quejo.

—¿Vives aquí o solo estás de paso? —se interesó Héctor.

—Vivo aquí, en casa de mi madre. He llegado hace poco, me estoy adaptando.

—Si necesitas trabajo o algo... cuenta conmigo, de verdad —le ofreció con sinceridad.

—Tengo trabajo. No es el que hubiese querido, pero algo es algo. A un expresidiario no lo contratan con facilidad.

—¿De qué se trata? Quizás yo pueda mejorar la oferta. En mi empresa tengo a muchos trabajadores.

—Es algo... familiar. Un día te invitaré a conocerlo. —Le dedicó una sonrisa y le palmeó la espalda—. Si me disculpas, llego tarde.

Marcos vio a lo lejos el coche de Sofía. Volvía a llegar en el de su marido, el mismo en el que vinieron juntos cuando salió de prisión. Se dirigió hasta ella, la interceptó por el camino y se saludaron bajo la atenta mirada de Héctor, que los observaba desde el interior de su todoterreno mientras esperaba que el semáforo se pusiese en verde.

—Puntual, señora abogada —le dijo Marcos con la mejor de sus sonrisas.

Sofía le extendió la mano y él se la estrechó. Le hubiese gustado más darle dos besos, pero se dijo que tiempo al tiempo.

—Le veo muy bien. —Apreció ella. Lo miró ataviado con aquel abrigo negro que le daba cierto porte y la impresionó. Nunca hubiese catalogado a Marcos Luna como elegante.

—¿Qué le parece si comenzamos nos tutearnos? Me resulta muy incómodo hablarle de usted —propuso Marcos cuando vio que ella lo volvía a tratar con formalidad. En la última conversación telefónica la notó más cercana, le tuteó, pero ahora volvía a sentirla más fría.

—Es la costumbre, siempre hablo de usted a mis clientes —se justificó ella con una sonrisa.

—Yo la veo como mi salvadora, la mujer que me devolvió la libertad, a la vida. Será por ello por lo que la siento más cercana. ¿Haría una excepción? —le rogó con una sonrisa inmejorable mientras caminaba a su lado, en dirección al restaurante.

—Podría hacerla, Marcos —le contestó sonriente.

—Gracias, Sofía.

Ambos estallaron en carcajadas y entraron al lugar donde ella había reservado. Un camarero los llevó hasta una mesa al lado de un balcón con vistas al mar y les dejó la carta para escogiesen las bebidas y la comida.

—No conocía el sitio, me gusta —dijo Marcos mientras paseaba la mirada por el local.

—A mí me encanta. Se come muy bien, no es excesivamente sofisticado y nunca está demasiado lleno. Es nuevo, solo lleva un año, creo que la gente aún no lo descubrió —le reveló en voz baja, a modo de confidencia.

Marcos echó un vistazo a la carta y se le hizo la boca agua. Era la primera vez que salía a comer fuera desde que salió de prisión. En los días que llevaba en Marbella había bajado al súper y a comprar comida al bar de enfrente de su casa, pero no había tenido tiempo de disfrutar de un buen plato.

—Ya que vienes mucho por aquí, me dejas aconsejar. Pide tú, a mí me gusta todo. —Le clavó su intensa mirada verde agua y Sofía sintió que necesitaba beber algo bien frío.

—A mí me encanta la dorada al horno.

—Que sean dos.

—¿Y para beber? —preguntó interesado en conocer mejor los gustos de aquella mujer.

—Una cerveza sin alcohol. Estaba tarde tengo que trabajar y vine en coche —dijo Sofía a modo de disculpa.

—Pediré lo mismo. Te aseguro que, tras las comidas y bebidas de la cárcel, todo lo que pidamos hoy aquí me parecerá un manjar.

El camarero les tomó nota, les llevó las bebidas de inmediato y ambos se quedaron en silencio.

—Y bien, soy toda oídos. —Rompió el hielo Sofía con actitud resuelta—. Cuéntame en qué trabajas ahora y para qué necesitas mis servicios jurídicos.

Marcos había pensado contarle todo en la sobremesa, con un café. Estaba seguro de que si le decía de buenas a primeras en qué consistía el negocio en el que estaba al frente se le revolvería el estómago. O igual no, de pronto pensó que Sofía tenía el perfil de las personas adineradas que frecuentaban el club. De inmediato, sacudió la cabeza y descartó la idea.

—He heredado el negocio de mi hermano. La mitad —especificó—. La otra mitad le pertenece a mi cuñada y mis sobrinos. No tenía intención de aceptar nada de mi hermano, no quería nada de él. Por su culpa estuve siete años encerrado y es algo que nunca le perdonaré, aunque esté muerto —confesó. Era la primera vez que se lo decía a alguien en voz alta, pero Sofía le transmitía confianza y, además, era su abogada—. Pero me veo en la obligación de

ponerme al mando del negocio por mis sobrinos y mi madre, no quiero que les falte de nada.

—Fue él quien puso la droga en la furgoneta que conducías cuando te atraparon, ¿verdad? —se atrevió a preguntar ella de forma directa.

—Sí. Era mi hermano. No podía delatarlo. Al final hubiésemos terminado los dos en la cárcel y mi madre muerta del disgusto. Así, al menos, él cuidaría de ella.

Sofía comprendió que era un buen hijo, pese a su apariencia de tío duro. Marcos Luna tenía un gran corazón.

—Tus planes y tu vida ahora han cambiado —afirmó Sofía mientras les servían la comida.

Marcos despidió al camarero con un asentimiento de cabeza, transmitiéndole que todo estaba bien, y esperó que se alejase.

—Por completo —aseguró mientras que el olor de la dorada impregnaba sus sentidos.

—En tu expediente leí que en la cárcel hiciste varios ciclos formativos de contabilidad y economía. Sabes algo de empresas.

Marcos asintió mientras probaba el pescado.

—¿Podemos disfrutar de la comida y luego hablar de negocios? —le pidió con una sonrisa que la desarmó.

Sofía le devolvió el gesto y asintió.

Saborearon la comida entre los elogios que le lanzaba Marcos. Sofía disfrutó más de verlo a él, parecía un niño, que del exquisito pescado al horno. Aquel día no tenía demasiada hambre, y tener un hombre como él enfrente le había robado el apetito por completo.

Marcos le propuso salir a una terraza que tenía el restaurante, hacía buen tiempo y le apetecía disfrutar de un café al sol, al aire libre y con una mujer bella. Bastante tiempo había pasado en la sombra.

—Hace un día maravilloso y la próxima semana estaremos en diciembre —anunció Sofía. Marcos bufó y ella le preguntó—: ¿No te gusta la Navidad?

—Créeme que he tenido siete largos años para odiarla.

Se hizo un silencio y Sofía lamentó haberle hecho aquella pregunta. Ambos se limitaron a remover el café que tenían delante.

—Cuéntame sobre tu empresa. El tiempo se nos agota y tengo trabajo esta tarde —lo apremió mirando el reloj.

—Todo lo que hablemos aquí, aceptes o no mi propuesta, será secreto profesional —le recordó Marcos. Sofía puso la espalda rígida y le prestó atención, había conseguido intrigarla—. Mi hermano era el dueño del club El Castillo, ¿lo conoces? —Sofía lo negó con un gesto mientras él la miraba a los ojos con atención para comprobar si le mentía—. Bien, tendré que explicártelo. Es un club de intercambio de parejas y placeres sexuales, siempre consentidos y sin pagar. No es prostíbulo —le dejó claro cuando advirtió la cara de ella.

Sofía lo miró con los ojos muy abiertos, no era una mojigata y sabía que esos lugares existían y qué clase de gente acudía a ellos.

—Vaya —soltó de golpe con sorpresa.

—¿Impresionada o escandalizada? —preguntó con sorna.

—Impresionada, pero no sé qué pinto yo como abogada en todo eso. ¿Qué clase de contratos quieres que redacte? —Se mordió la lengua para no soltarle un improperio.

—Contratos de confidencialidad. Los socios deben respetar unas normas y fuera del club no pueden hablar de lo que ocurre allí ni quiénes lo visitan.

—¿Y eso se te ha ocurrido ahora? —preguntó irritada.

—No. Ya existía, solo que el bufete de abogados, Serrano y Robledo, que llevaban esos

asuntos a la empresa se jubilan a finales de año y tengo que encontrar a otro bufete. Me acordé de ti —le manifestó relajado.

Sofía conocía a los dueños del bufete que les nombró, era de dominio público, dentro de la profesión, que se jubilaban.

—Yo... yo no me dedico a eso —comentó insegura y algo nerviosa, sin saber qué decirle a lo que le proponía.

—¿No asistes a ese tipo de clubs? —bromeó. Sofía le dirigió una mirada encendida—. Perdón —se disculpó de inmediato, fue consciente de que se había extralimitado—. Pagamos muy bien. —Le lanzó un incentivo.

Con seguridad, Marcos escribió en una servilleta una cantidad fija anual y se la extendió a Sofía. Cuando ella la vio sus ojos se agrandaron.

—¿Estás de broma? —preguntó sin creerlo.

—Es lo que pagaba mi hermano al anterior bufete jurídico y yo te pagaré lo mismo si aceptas.

—Yo... tengo un bufete con mis compañeras. Somos socias, debo que consultarlo con ellas. No puedo darte una respuesta ahora —justificó algo incómoda y alterada. No esperaba aquella proposición.

—No me importa, pero te quiero a ti. Mi trato siempre será contigo. Es mi condición —manifestó tajante.

Sofía lo miró y se dijo que aquel niño tatuado, como lo catalogó cuando lo conoció en la cárcel, sabía negociar. Tenía don de palabra y se mostraba seguro.

—Bien. ¿Puedo darte una contestación mañana? —La cifra que aún tenía escrita delante de la servilleta le nublabla la capacidad de pensar.

Marcos asintió sonriente.

—Espero tu llamada.

Para sorpresa de Sofía, se levantó, le tomó la mano, se la besó y se despidió de ella casi haciéndole una reverencia.

Mientras se marchaba se iba colocando las gafas de sol y el abrigo, Sofía no le quitó ojo de encima. Marcos Luna sabía muy bien cómo alterarla. Sintió un sofoco y un leve cosquilleo entre las piernas que hacía años no le provocaba nadie.

Sofía llamó a Lidia, ella trabajaba como secretaria para el bufete, y le pidió que le anulase todas las citas de aquella tarde y que reuniese a Natalia y Mónica en la sala de juntas en una hora. Era un asunto urgente.

Lidia no le preguntó nada más, no era la primera vez que le daba aquella orden. Fuera del bufete eran íntimas amigas, dentro, sus amigas eran sus jefas, y ella nunca se metía en los asuntos legales de estas. Lidia no era abogada, por lo que quedaba fuera de todas las reuniones y asuntos en los que no podía estar como profesional del derecho.

Las cuatro amigas tenían un pacto que siempre habían respetado, fuera del bufete nunca hablaban sobre asuntos de trabajo.

Cuando Sofía entró en la sala de reuniones del piso en el que tenían el bufete, Natalia y Mónica ya la esperaban allí sentadas. Las tres sabían que una reunión improvisada se trataba de un tema urgente e importante. La miraron preocupadas mientras Sofía se sentaba a la cabecera de la mesa y pensaba en cómo exponer el contrato millonario que Marcos Luna le acababa de poner por delante.

Suspiró y se echó un vaso de agua de la jarra que había encima de la mesa antes de lanzar la bomba.

—He tenido una reunión con un cliente que quiere contratarnos como bufete —comenzó a explicar—. Esta es la cifra anual que nos pagarían.

Sofía sacó la servilleta con la cantidad que anotó Marcos y se la mostró a ambas.

—¡Joder! ¿A quién hay que matar? —lanzó Mónica, escandalizada.

—¿Es una broma? —preguntó Natalia, atónita.

—No. Es una oferta... peculiar —anunció Sofía.

—¿De qué se trata? —preguntó Mónica decidida. Había leído el miedo en la mirada de su amiga.

—Es todo legal —reveló de inmediato para tranquilizarlas—. Tendríamos que redactar contratos de confidencialidad y si surge cualquier problema, estar ahí como bufete —explicó con brevedad.

—¿Quieres soltarlo de una maldita vez? —exigió Mónica exasperada. Sabía que habría algo más. Aquella cantidad no se pagaba por algo tan simple.

—¿Alguna vez habéis escuchado hablar de El Castillo? —preguntó Sofía.

—No —respondió Natalia de inmediato.

Mónica se quedó callada.

—¿Y tú? —le preguntó Sofía de forma directa ante su silencio.

—Sé de qué va —soltó ante la mirada escrutadora de su amiga.

Sofíaladeó la cabeza y le preguntó interesada:

—¿Algo que contar?

—Estuve una vez allí con un tío con el que salí unos meses —confesó.

—¡Joder! —dijo Sofía.

—¡¿Qué?! —se excusó Mónica al levantar ambas manos—. Me gusta probar experiencias nuevas. No podía contároslo, no me miréis así.

—¿Se puede saber de qué coño habláis? —preguntó Natalia exasperada. Miraba a una y a otra sin saber de qué iba todo aquello.

—De un club de intercambio de parejas y placeres sexuales —soltó Mónica de golpe.

—¿Cómo?! ¿Vosotras...? —preguntó Natalia escandalizada.

—Yo no —dijo de inmediato Sofía—. Pero al parecer Mónica sí.

—No entiendo nada. —Natalia estaba alucinando.

—Tendríamos que redactar los contratos de confidencialidad de los clientes y ante cualquier asunto legal de la empresa estar ahí. No es muy complicado, por lo que nos ha dicho Sofía. A menos que haya algo más. La suma de dinero que nos van a pagar al año bien lo merece —resolvió Mónica.

—¿Te parece bien? —preguntó Sofía asombrada.

—Es trabajo. Somos abogadas y vamos a redactar contratos y resolver temas legales, no nos obligan a participar en las orgías.

—¿De qué va todo esto? —Natalia no conseguía centrarse.

—De un club al que asiste gente de mucho dinero, se hacen intercambios de parejas, orgías, juegos sexuales... Ya sabes, todo debe permanecer en secreto y confidencialidad. Una vez que sales de allí no puedes hablar de lo que has hecho o visto —explicó Mónica.

—¿Tú qué hiciste? —le preguntó Natalia con sumo interés.

—Un trío. Dos tíos y yo —especificó sin tapujos. Sus amigas la miraron con los ojos muy abiertos, sin creerlo—. Siempre fue mi fantasía sexual. Dos maromos llenándote de atenciones y de todo...

—Ya basta —le cortó Sofía. No quería detalles.

—¡Madre mía! —Natalia se tapó los ojos.

—Centrémonos en lo profesional en estos momentos. Marcos Luna, el tío que saqué de la cárcel hace unas semanas en Huelva, por el tema de drogas, ha heredado El Castillo, así es como se llama el club —aclaró—. Lucas, el dueño y hermano de Marcos, ha muerto recientemente y este ha heredado la mitad del negocio junto con la viuda. Él se pondrá al frente del club. Contactó conmigo ayer y hoy hemos comido juntos, donde me ha expuesto todo. El bufete de abogados que les lleva estos temas hasta el momento se va a jubilar en enero, y necesitan encontrar otro. Marcos pensó en mí —les resumió.

—Me parece bien, yo aceptaría —manifestó Mónica, decidida. Era la más arriesgada de las tres.

Sofía miró a Natalia, a la espera de su respuesta.

—Yo no voy a poner un pie en ese lugar como profesional ni como nada —dejó bien claro.

—Por eso no te preocupes. Marcos Luna desea llevar los temas en exclusividad conmigo. Vosotras no tendríais que tratar con él, solo lo que yo os delegue o me ayudéis como bufete que somos.

—Lo que ese tío quiere es meterte en un cuarto oscuro de El Castillo —soltó Mónica sonriente—. Después de siete años encerrado estará que se sube por las paredes y con muchas experiencias por recuperar.

—Tiene el lugar adecuado en el que desfogarse. No con su abogada, once años mayor que él. Dudo que ponga a Marcos Luna, puede tener a la mujer que desee, y más joven que yo —argumentó Sofía un poco molesta.

—Cariño, muchas de casi treinta quisieran tener tu piel y tu cuerpo. Te aseguro que se la pones dura a Marcos Luna —afirmó Mónica convencida de ello.

Sofía puso los ojos en blanco y miró al techo, cuando se empeñaba en algo era imposible llevarle la contra.

—Firma ese acuerdo —murmuró Natalia.

—No te tenía por una puritana, te veo afectada por lo que hemos hablado —comentó Mónica,

resuelta.

—Sorprendida es la palabra. Que una de tus mejores amigas haga tríos y acuda a esos lugares impacta —contestó Natalia.

—Ve un día con tu chico. Es muy... instructivo.

—Bien, mañana llamaré a Marcos Luna y le diré que aceptamos como bufete llevar los acuerdos de confidencialidad de su negocio —dijo Sofía para terminar con el tema.

Sus amigas asintieron.

—Tendremos que ir a celebrarlo, ¿no? —propuso Mónica—. No todos los días nos cae un contrato millonario.

Natalia y Sofía aceptaron. Necesitaban desconectar. Habían tenido un día duro.

Al día siguiente, Sofía llamó a Marcos. Cuando buscó su nombre entre los contactos del móvil, ya lo había añadido a la agenda, dudó antes de pulsar el botón de llamada. Marcos era un hombre que conseguía inquietarla. Cuando lo tenía cerca la abrumaba, incluso, sentía una especie de atracción por él que nunca antes había experimentado. Era un hombre fuerte, alto, de espalda y pecho ancho. Sus ojos verdes parecían los de un felino. Tenía el aspecto del típico chico malo del que todas las mujeres están colgadas y esperan una mirada de él, pero ella era una mujer casada y no estaba para esas tonterías, se reprochó.

—Esperaba esta llamada tanto como mi libertad —resonó la voz de Marcos cuando descolgó la llamada—. Dime que tu respuesta es sí —le rogó en un tono de voz que consiguió que Sofía se acalorase.

—Lo he hablado con mis socias y vamos a aceptar —anunció seria y de forma profesional.

—No sabes cuánto me alegro. Tenerte cerca me da tranquilidad. Desbordas profesionalidad. Lo advertí en cuanto te vi por primera vez. Sabía que tú sí conseguirías mi libertad condicional.

—Gracias —murmuró algo cohibida. No esperaba aquel despliegue de elogios.

—Me gustaría que nos reuniésemos en mi despacho, enseñarte los actuales contratos de confidencialidad y que valores si debemos cambiar algo. Por otra parte, dejo en tus manos que redactes el contrato entre mi empresa y tu bufete, confío en ti. Tráelo, le echamos un vistazo y si está bien lo dejamos firmado.

—Me parece bien. ¿Te parece si nos reunimos a finales de semana?

—El viernes por la mañana me viene bien, ¿qué tal te va a ti? —propuso Marcos.

Sofía consultó la agenda y vio que tenía libre a partir de las once.

—Perfecto. Sobre las doce en tu despacho, ¿me pasas la dirección?

—Será mejor que vayamos juntos. En El Castillo solo entran matrículas y personas identificadas, cada vez que tengamos que reunirnos deberás ir acompañada conmigo.

—¿Tu despacho esta allí? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Y no podemos reunirnos en otro lugar? —preguntó un poco agobiada. Al aceptar aquel trato nunca pensó que tuviese que poner un pie en El Castillo.

—No —manifestó rotundo—. Hay documentos que no pueden salir de allí. Pero tranquila, llegaremos directamente a mi despacho. Además, por las mañanas no hay actividad —le aclaró sonriente.

—De acuerdo.

Sofía trató de aparentar calma y seguridad, pero lo cierto era que la reunión con Marcos en

aquel lugar la había descolocado por completo.

Marcos se pasó por casa de sus sobrinos aquella noche, hacía varios días que no los veía y Andrea le había enviado un mensaje manifestándole que los niños preguntaban por su tío y tenían ganas de verlo.

Sin saber cómo, Marcos terminó poniendo el árbol de Navidad con ellos. Los pequeños adoraban aquellas fechas, todo lo contrario que él.

Andrea le comentó que aquel año no tenía ganas de celebrar nada, por la reciente muerte de su marido, pero lo tenía que hacer por sus hijos. Algo que Marcos entendió y se ofreció a ayudarla con ambos pequeños en todo lo que estuviese a su alcance.

Cuando Lucas y David se fueron a la cama, Andrea le propuso a su cuñado tomar una copa y que le comentase cómo iba todo por El Castillo.

—Ya tenemos nuevo bufete de abogados. Mañana firmo con ellos.

—Muy bien. Eres eficiente con tu parte, yo también lo soy con la mía. Ya tengo organizada la fiesta de este año. Nerea y yo llevamos dos días trabajando sobre ello.

—¿De qué va esa fiesta? —se interesó.

—Es como la comida de empresa a la que gente suele asistir por esas fechas. Todos los socios están invitados. Es una noche más especial que las demás —dejó caer con cierto toque de misterio.

Marcos no deseó indagar en qué consistía tal especialidad. Hablar de temas sexuales con Andrea, en medio de la escasez que él pasaba, no era buena idea.

—¿Cuándo es y qué papel tendré yo? —se interesó.

—Siempre lo hacemos el día 6 de diciembre, y tu papel será esencial esa noche. Te presentaré ante todos nuestros socios. —Marcos asintió. Andrea se le quedó mirando y le lanzó una cuestión—: Aún no me has hecho la gran pregunta entre las preguntas —le dijo sonriente, mientras movía la copa que tenía en la mano y el hielo tintineaba contra el cristal.

—¿Cuál? Según tú...

—Si los dueños pueden participar como los demás clientes del club. Has pasado mucho tiempo en la cárcel y entiendo que...

—Si soy el dueño puedo hacer lo que me plazca... ¿no es así? —preguntó serio y molesto a la misma vez.

—Sí, pero siempre respetando las normas —le advirtió—. Cuando entras a formar parte del juego eres uno más. Yo te aconsejaría que si decides formar parte del club como cliente, que lo hagas siempre con máscara. Es una elección de algunos clientes. Tu hermano y yo lo hacíamos en algunas ocasiones —reveló.

—Gracias por el consejo.

—Puedes consultarme lo que sea. Si tienes dudas en algo... Tu hermano y yo probamos todo, nada mejor como conocer de primera mano de lo que eres dueño. Nada de que te lo cuenten.

—Nunca lo hubiese imaginado de ambos.

—Te sorprenderás de todo lo que vas a descubrir allí. Casi nadie aparenta lo que realmente es.

Marcos se tomó el resto de la copa de un solo trago, la colocó sobre la mesa con ímpetu y se marchó.

De camino a su casa, pasó por un lugar que se veía animado y decidió entrar y tomarse una copa, y de paso ver si encontraba a alguna mujer con la que pasar un buen rato aquella noche.

Para sorpresa de Marcos, cuando pidió un whisky solo con hielo, se encontró con Héctor. El

hombre lo volvió a saludar y le presentó al amigo que lo acompañaba.

—Él es Nicolás, mi socio. Y él es Marcos, un amigo de toda la vida.

—Encantado.

Se estrecharon la mano y Héctor llamó al camarero para que les sirviera otra copa.

—¿Vienes con alguien? —se interesó su amigo.

—No, pasaba por aquí y me apeteció entrar. No conocía el sitio. Está bien —comentó recorriendo el lugar con la mirada.

—En una hora se pone mejor, cuando las bailarinas se suben a la barra. —Héctor desvió la mirada hacia un escenario con tres barras para espectáculos—. Mi buen amigo Nicolás y yo venimos mucho. Este lugar nos ayuda a relajarnos—reveló con una carcajada mientras que alzaba la copa para brindar con ellos.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Nicolás, para entablar conversación con Marcos.

—Acabo de heredar el negocio de mi hermano y estoy poniéndome al día. Ha fallecido recientemente.

—¿Qué dices?! —se sorprendió Héctor—. ¿Lucas? —Marcos asintió—. ¿Cómo no nos hemos enterado de nada? —Se dirigió a Nicolás—. Él es el hermano de Lucas Luna.

—¿Lucas ha muerto? ¿Cuándo? —preguntó Nicolás con interés.

—Hace unos días. Cáncer de páncreas terminal. Todo fue muy rápido —explicó Marcos.

—Vaya, lo siento —dijeron ambos a la vez.

—¿No me digas que tú eres el nuevo dueño de El Castillo? —preguntó sonriente Héctor, mientras le propinaba una sonora palmada de alegría en el brazo.

Marcos lo miró en silencio y luego a su amigo. Pasados unos segundos, asintió con cautela.

—Conocemos el lugar —aclaró Nicolás con confianza.

—¿Sois socios? —preguntó Marcos con discreción.

—No. Hicimos la última reforma del ala derecha que nos encargó tu hermano.

—Yo por aquellos entonces tenía pareja y me iba a casar —comentó Héctor— y aquí mi socio estaba casado —se refirió a Nicolás—. Declinamos la invitación de tu hermano de hacernos socios de El Castillo, pero ahora... Nicolás se ha divorciado y yo ya no me voy a casar, se rompió el compromiso. Somos dos pájaros en libertad.

Palmeó la espalda de Marcos con ímpetu y le sonrió.

—Si deseáis ir, seréis bienvenidos. Solo tienes que llamarme y lo arreglaré todo.

—Muchas gracias. Siempre es un placer tener amigos influyentes como tú. —Héctor alzó la copa y brindó con Marcos, Nicolás se unió a ellos.

Ambos hombres miraban a Marcos como si fuese alguien superior a ellos, algo que Marcos no entendía. Él solo era un recién llegado que trataba de labrarse un futuro para poder comer y vivir.

El espectáculo de baile de la barra comenzó y los tres hombres no perdieron de vista a las mujeres que se movían como diosas sobre él.

Aquella noche, Marcos tuvo suerte en el aparcamiento. Cuando ya se marchaba, una mujer le pidió fuego, se fue tras él cuando lo vio marcharse del bar, le había echado el ojo desde que llegó, una cosa llevó a la otra y terminó follándosela dentro del coche.

Por lo general, Sofía entraba en el vestidor de su habitación y no dudaba demasiado en qué ponerse, pero aquella mañana ya había sacado tres conjuntos de ropa y ninguno le convencía.

La reunión que tenía con Marcos Luna no le había dejado dormir en toda la noche. Había

estado inquieta, e incluso Tomás se había quejado de que no paraba de moverse.

Constantemente se preguntaba si hacía bien aceptando trabajar para Marcos, algo en su interior le gritaba que se estaba metiendo en un lugar donde no habría marcha atrás. Pero cierto impulso la animaba a continuar. Algo extraño en su interior necesitaba conocer mejor a aquel hombre, tenerlo cerca. Marcos era atractivo por naturaleza, no se tenía que esforzar en ello. No vestía con seriedad, como los hombres con los que estaba acostumbrada a tratar. Sin embargo, su mirada, su saber estar o el simple gesto de dar la mano lo hacía de forma elegante, pero sin querer. Todos sus actos o gestos, incluso su voz, envolvían a la persona que tuviese cerca. Irradiaba tal magnetismo que era toda una incógnita para Sofía. Marcos tenía una personalidad única.

Cuando se reunió con él en una cafetería de Marbella, donde quedaron para ir juntos a El Castillo, mientras dejaba su coche aparcado para ir en el de Marcos como él le había indicado, lo observó fuera del vehículo, recostado en la puerta del conductor, con un cigarrillo en la mano, gafas de sol puestas, su chupa de cuero, botas y pantalón vaquero gastado. Estaba arrebatador, para lanzarse a sus brazos.

Sofía se bajó del coche, se ajustó el abrigo negro al cuerpo, aquella mañana hacía frío, y se dirigió hacia él.

Marcos la miraba con una amplia sonrisa en los labios mientras se acercaba a él. La estudió de arriba abajo, desde los zapatos *stilettos* en color nude, sus torneadas pantorrillas, las curvas de sus caderas, su estrecha cintura marcada por el cinturón del abrigo y una larga melena negra, ondeada y en movimiento debido al aire de la mañana. Fijó los ojos en los negros intensos de ella y deseó besarla. Los labios de Sofía eran carnosos y sensuales. Tras la primera vez que lo visitó en la cárcel, se masturbó varias noches pensando en ella y aquella boca sobre su miembro, dándole placer.

Desechó aquellos pensamientos antes de que su polla tomase vida, tiró el cigarrillo y salió a su encuentro. Iba directo a darle dos besos, pero Sofía le extendió la mano a modo de saludo y estableciendo una distancia entre ambos.

Él se la estrechó sonriente y no perdió la oportunidad de acariciarle la piel suave en el breve roce.

Con aquel simple gesto, Sofía sintió una leve corriente eléctrica por todo el cuerpo. De inmediato, se dirigió al lugar del copiloto y se montó en el coche de Marcos.

—En marcha —anunció él cuando arrancó el vehículo—. En unos quince minutos estaremos allí.

Sofía lo miró sorprendida. No tenía ni idea de dónde quedaba aquel lugar ni se le había pasado por la mente preguntarle dónde se encontraba.

Él puso música y se concentró en la conducción.

Sin dejar de prestarle atención, ella comprobó que era un gran conductor. En el poco tiempo que llevaba fuera de la cárcel había retomado la práctica muy bien.

—Ya veo que has comenzado a lo grande, vaya cochazo —apreció Sofía.

—No es mío. Mi cuñada tenía tres y me ha dejado este. No necesita tantos. Además, debo de llevar un vehículo que tenga la matrícula reconocida para entrar en El Castillo, todos los de mi hermano lo tenían.

Sofía asintió. Aquel lugar le generaba expectación, inquietud y curiosidad. En su mente lo asemejaba como una gran fortaleza.

Se apartaron de la carretera principal, tomaron una más estrecha y a través de ella llegaron ante una gran reja de hierro que se abrió de inmediato al reconocer la matrícula del vehículo.

Marcos condujo hasta el garaje privado, podía haber entrado con ella por la puerta principal, pero consideraba que tenían una reunión de trabajo y deseaba mostrarse profesional y que Sofía confiase en él. No le había pasado por alto que iba nerviosa durante todo el trayecto. Se retorció las manos de forma inconsciente y miraba por la ventanilla como tratando de memorizar cada lugar por el que pasaban hasta llegar allí.

Sofía observó cuando Marcos accionó un mando a distancia y una gran puerta se abrió. Allí había sitio para unos diez coches. Se bajaron de él y Marcos le indicó que lo siguiese. Fueron hasta un lujoso ascensor, lleno de espejos y este los llevó hasta el despacho de Marcos.

—Hemos llegado —anunció cuando las puertas del ascensor se abrieron y se mostró un amplio y ostentoso lugar ante ellos, lleno de lujos. Sofía no esperaba nada así.

—Vaya, esto es espectacular. —No puedo acallar el comentario.

Marcos se dirigió hacia su sillón e invitó, con un gesto de la mano, a que Sofía tomase asiento frente a él.

Ella se deshizo del abrigo, nada más montarse en el ascensor y sentir la cercanía y el aroma de Marcos un gran calor se apoderó de su cuerpo.

En el proceso de deshacerse de la prenda, Marcos no le quitó la vista de encima. Con la elegancia que la caracterizaba, Sofía se quitó el cinturón del abrigo y se bajó la cremallera.

Marcos tragó con dificultad al imaginar que no llevase nada debajo. De inmediato sacudió la cabeza y se centró en lo que estaban.

Con un gesto mecánico, Sofía se ajustó la cintura de la falda y se sentó al mismo tiempo que cogía su maletín y sacaba unos documentos.

—Aquí traigo el contrato con tu empresa y mi bufete.

—Genial. —Marcos lo tomó entre las manos y lo leyó.

Todo lo que allí estaba redactado y establecido le pareció bien. La relación laboral entre ambos comenzaba a principios de año y se prorrogaba de forma anual si ninguna de las partes manifestaba lo contrario unos meses antes. Se dejaba claro que los asuntos eran confidenciales y que solo serían tratados por Marcos Luna y Sofía Ortiz.

Sin pensarlo, Marcos cogió un bolígrafo y lo firmó, luego se lo extendió a Sofía. Ella hizo lo mismo y ambos sonrieron.

—Voy a enseñarte el contrato que firma cada cliente que pertenece a EL Castillo.

Marcos se levantó, abrió la caja fuerte y sacó un contrato tipo en blanco. Todos eran rellenos a mano.

Se lo extendió a Sofía y ella lo leyó bajo su atenta mirada. Era extenso, constaba de nueve páginas. Mientras lo leía, intentó parecer profesional y que no le afectase nada de lo que allí se establecía.

—Bien —dijo cuando terminó de leerlo. Lo dejó encima de la mesa y miró a Marcos, incómoda. No sabía qué más decir.

—Me gustaría que diésemos una vuelta por El Castillo, que lo conozcas —anunció él con naturalidad.

Sofía lo miró con los ojos muy abiertos.

—No... no creo que sea necesario. No me interesa —le comunicó algo inquieta.

—No es interés cultural, sino profesional. Si no conoces el lugar en sí no sabrás si puedes incluir algo nuevo o mejorar el contrato que te acabo de enseñar. Tómatelo como parte de tu trabajo —la animó sonriente.

—No contaba con esto —le reprochó molesta.

—No te preocupes. No hay nadie. Ningún cliente, solo mi secretaria está ahí fuera —Hizo un

gesto con la cabeza—, y la seguridad de la entrada.

—Si no queda otro remedio... —accedió resignada tampoco quería que pensase que era una anticuada que se escandalizaba por lo que había leído.

Marcos la miró sonriente mientras se ponía de pie. Por alguna extraña razón, disfrutaba con todo aquello.

Para sorpresa de Sofía, Marcos no la presentó a su secretaria como su nueva abogada cuando salieron del despacho.

Seguía el consejo de su cuñada quien le había dicho por activa y por pasiva que evitase presentaciones.

Sofía iba al lado de Marcos. El pasillo era largo, ancho y elegante. Hasta que llegaron a una zona donde había alfombras, solo se escuchaba el tintineo de sus tacones.

Para comenzar el recorrido por El Castillo desde el principio, Marcos llevó a Sofía hasta la entrada principal. Ella la catalogó mentalmente de majestuosa. Comprendió la cuota que pagaban los socios por acudir allí. La había visto en el contrato que leyó minutos antes, pero no hizo alusión a ella.

—Esta es la entrada principal —anunció Marcos parado en el centro de la misma—. Detrás de esos mostradores hay dos azafatas que identifican de nuevo a los socios y le dan acceso a la sala de las taquillas. Es aquella puerta —La señaló—. Allí dejan sus pertenencias, ya que están prohibidos los móviles, cámaras, etc... y se les entregan unas tarjetas magnéticas que abren las puertas del salón.

Marcos se dirigió hacia unas puertas dobles y robustas, sacó una tarjeta del bolsillo y la pasó. Estas se abrieron de inmediato.

Sofía se adentró en el lujoso salón. Tenían una gran chimenea con cristal protector y muchos sillones y sofás alrededor. Había una barra de bar al fondo.

—Esta es la estancia principal, donde los clientes se relacionan y tienen una primera toma de contacto. A partir de aquí, una vez que han bebido y hablado, deciden a cuál o cuáles de nuestras dependencias pasar. ¿Me sigues?

Sofía asintió en silencio, procesando toda la información.

Marcos la llevó a un pasillo largo y ancho, el mismo que recorrió con Andrea, donde se encontraban las diferentes salas en las cuales los clientes hacían realidad sus deseos.

Con incomodidad, Sofía asentía a todas las explicaciones de Marcos que, para su sorpresa no titubeaba en nada y parecía moverse como pez en el agua.

—Y esa puerta final es la sala de espectáculos —explicó—. En la parte superior —indicó unas escaleras— hay otras mini salas con vistas privadas a lo que ocurre ahí. Puedes ver y observar, pero no te ven.

Sofía prefirió no preguntar qué clase de espectáculos se hacían allí.

Subieron unas escaleras y estas los llevaron a la parte superior de El Castillo.

—Aquí están las habitaciones privadas, es como una especie de hotel. Hay clientes a los que les gusta pasar la noche aquí.

—¿Es todo? —preguntó Sofía.

—Casi. En la parte de detrás existen dos piscinas, una cubierta y otra al aire libre, pero eso te lo enseñaré otro día. En estos momentos están limpiándolo todo para la fiesta de Navidad del seis del diciembre. Por cierto, estás invitada si deseas acudir.

—No yo no... Estoy casada —se excusó de inmediato.

—Puedes venir con tu marido. —La puso a prueba. Necesitaba saber más sobre ella.

Sofía lo miró escandalizada.

—Te aseguro que a Tomás no le van estas cosas.

—¿Qué le va a tu marido? —preguntó intrigado mientras la miraba de forma penetrante—.

¿Eres una mujer satisfecha en el plano sexual? —preguntó de forma atrevida, mientras se acercaba peligrosamente a ella.

Sofía sintió su intensa mirada sobre ella y se alteró. Su cuerpo reaccionó a la proximidad de aquel atractivo hombre que emanaba virilidad y peligro por todos los poros.

—Eso... eso es algo que no es de tu incumbencia —atinó a decir. Había conseguido ponerla nerviosa y descolocarla.

—¿Te ha afectado todo lo que has visto y te he contado que sucede aquí? —preguntó directo. Sin dejarla de taladrar con aquellos ávidos ojos verdes llenos de deseo.

—No —mintió.

Lo cierto era que se había puesto muy caliente, pero eso no se lo iba a decir. Hacía más de dos semanas que no se acostaba con su marido y sintió más que nunca lo necesitada de sexo que estaba. Deseaba salir de allí corriendo y aplacar las ganas en su cama, con Tomás. Se repitió esto una y otra vez, mientras su cuerpo la traicionaba y deseaba a Marcos Luna entre sus piernas.

Él se acercó más a ella, se tomó la libertad de tomarla por la cintura y aproximarla a su cuerpo.

—Si alguna vez desees algo diferente de lo que puedas encontrar en tu casa, no tengas miedo, ven, me ofrezco como candidato para que descubras todo el deseo que te puede dar El Castillo —le susurró en el oído de forma sugerente y peligrosa. La tentaba.

Sofía lo miró a los ojos con la respiración alterada. Dejó que le acariciase la cintura con ávidas y expertas manos, las bajó hacia su trasero y presionó de forma que ella pudo sentir contra su vientre que Marcos estaba muy duro.

Sofía no se movió ni dijo nada, no podía.

—Me tienes dispuesto. Cuando tú quieras soy tuyo, Sofía. Te deseo desde el mismo instante en el que te vi por primera vez —le reveló al mismo tiempo que ella se estremecía.

Luego le alzó la barbilla, sus miradas se encontraron y la besó sin pensarlo ni un minuto más.

Sofía le correspondió al instante, con las mismas ganas y pasión que Marcos mostraba. Para sorpresa de ella, él paró el beso de repente.

—Cuando tú me lo pidas —murmuró mirándola a los ojos con el deseo reflejado en ellos.

Sofía carraspeó, se compuso y tomó conciencia de dónde se estaba metiendo. Se deshizo de sus brazos, incómoda, y puso distancia entre ambos. Necesitaba calmarse.

—¿Hemos terminado nuestra visita? —preguntó con aire molesto.

—Si tú así lo consideras, sí. Volvamos a mi despacho.

Sofía lo siguió en silencio, sin dar crédito a lo que acababa de pasar entre ellos. Recogió su abrigo y el maletín y se dirigieron al coche.

Marcos aparentaba que nada de lo sucedido le había afectado, Sofía lo miraba de reojo mientras conducía de vuelta a Marbella y lo envidió. Ella temblaba por dentro.

Cuando la dejó en el estacionamiento donde ella aparcó el coche, Marcos se despidió como si entre ambos no hubiesen saltado chispas hacía un rato.

Sofía se refugió en su casa. Agradeció que Tomás aún no estuviese ahí. Se metió en la ducha, para calmar el calentón que traía encima, pero no lo consiguió. Las manos, el cuerpo y la boca de Marcos no se apartaban de su mente. Y lo peor de todo era que añoraba que no estuviesen ahí.

Contrariada consigo misma, se envolvió en una bata y se tumbó en el sofá. Nunca le había pasado lo que en esos instantes. Desde que se casó con Tomás jamás había sentido tal necesidad de estar con otro hombre, pero Marcos Luna acababa de tentarla y estuvo a punto de caer.

Las palabras que le susurró en el oído, cuando le reveló que la deseaba desde que la conoció,

no paraban de darle vueltas en la cabeza. La imagen de los intensos ojos y del espectacular cuerpo de Marcos la perseguían. Aún le quemaba haberlo sentido tan cerca. Y dudaba que pudiese olvidar el exquisito sabor de sus labios.

Inmersa en todos aquellos sentimientos que se habían despertado como de la nada, se preguntó si lo más acertado no sería romper todo tipo de relación laboral con Marcos Luna. Él la deseaba y ella no lo iba a negar, estar con un hombre como él le resultaba toda una fantasía que tendría muy al alcance de la mano de ahora en adelante, y temía que terminara sucumbiendo a ella si continuaba teniéndolo cerca.

Decidida, cogió el móvil y marcó el número de Marcos. Estaba dispuesta a no poner en peligro su matrimonio. Llevaba seis años casada y desde hacía dos deseaba formar una familia con Tomás. No podía mandarlo todo a la mierda por un niño tatuado, expresidiario y once años menor que ella que la ponía como nunca antes había logrado otro hombre.

—Hola, Sofía —contestó Marcos de inmediato.

Descolgó al primer tono y ello la descolocó.

—Marcos, yo te llamaba porque... —se quedó callada. Por primera vez en su vida las palabras se le atascaban en la garganta.

—No me digas que por un simple beso que nos hemos dado, reconozco que nos hemos dejado llevar por el momento, me vas a proponer que terminemos con nuestra relación laboral —anunció en tono de burla.

Sofía se quedó de una pieza. Aquellas palabras le hicieron enfurecer y salió su amor propio.

—Por favor, no me creas una cría. Somos adultos, ¿no? —zanjó. No pensaba darle aquella victoria—. Te llamaba para quedar contigo la próxima semana. He pensado en redactar un nuevo contrato para tus socios, incluir algunas cláusulas y me gustaría que me dices tu opinión. Quiero que todo esté listo ya. Las dos últimas semanas de diciembre siempre me las tomo de vacaciones —anunció mientras cerraba los ojos y lamentaba todo aquello.

—Me parece muy bien. ¿Nos vemos después del puente de diciembre? Antes estaré muy ocupado.

Solo faltaban ocho días para el seis de diciembre y su cuñada y Nerea lo tenían agobiado con la dichosa celebración de Navidad del club.

—Sí, no recordaba que tienes la fiesta que me comentaste.

Marcos sintió que se lo decía a modo de reproche.

—Te recuerdo que estás invitada.

—Hablamos después del puente. Que lo pases bien. —No pudo callarse el comentario.

—Te aseguro que lo pasaría mejor si te decides a hacerme una visita. Sin compromiso, Sofía —le propuso con descaro—. Solo se trata de placer y pasarlo bien. Tú y yo.

—Buenas noches, Marcos —contestó crispada.

Le colgó de inmediato.

Él sonrió, le encantaba descolocarla. Estaba seguro de que lo había llamado con la intención de romper el contrato que habían firmado aquella mañana, y no lo iba a permitir por nada del mundo. Tener a Sofía Ortiz cerca era una necesidad tan vital como respirar. Deseaba a aquella mujer y no pensaba parar hasta que la tuviese a su entera disposición. Soñaba con llevársela a la cama y disfrutar de su cuerpo hasta el cansancio, pero también soñaba con que ella se lo rogase y lo deseara tanto como él.

El día de la fiesta de Navidad en el club llegó y Marcos se sorprendió cuando Andrea le entregó una máscara negra para el rostro.

—Tranquilo, es para después de tu presentación —le indicó—. El juego esta noche es que nadie sabrá el rostro de la persona que elija para disfrutar del sexo. Tómallo como un regalo que te hago. Me sorprende mucho que aún no hayas hecho uso de las instalaciones del club.

—¿Y si ya lo he hecho usando máscara? No es una excepción que las llevemos solo el día de la fiesta.

—Lo has hecho —afirmó Andrea seria, molesta al comprobar que se le escapaban cosas que pasaban en El Castillo.

—¿Debería habértelo notificado? —preguntó con cierto deje de indiferencia.

—Podrías haberme invitado. —Le mostró una sonrisa forzada, tratando de recomponerse y abrió la puerta para marcharse.

Marcos había ido a recogerla, llegó antes y estuvo un rato con sus sobrinos.

De camino a EL Castillo, ambos iban en silencio. Andrea lo miró y sonrió para sí. El traje de chaqueta a medida que le había comprado para aquella noche le quedaba como un guante. El color negro le favorecía.

—Me gusta que hayas decidido usar el traje que te envié esta noche.

Desde que Marcos llegó no lo había visto usar ropa formal. Lo más parecido a ello era un abrigo tres cuartos en negro.

—Es un acto formal, pero no te acostumbres a ello. Será una excepción. Ya te advertí que no me vas a cambiar.

Marcos la miró y clavó los ojos en el atrevido vestido en color rojo que había escogido para aquella noche, era largo, tenía un pronunciado escote y una raja lateral que le llegaba casi a la ingle.

—No es muy apropiado para una viuda reciente —comentó con una mirada reprobadora.

—El dolor va por dentro. Soy joven y pienso seguir disfrutando de la vida.

Con aquel comentario, junto con la caricia a su pierna, le dejó claro que tenía todas las intenciones de ser una socia más en el club aquella noche y pensaba invitarlo.

—Cariño, ¿esta noche también vas a salir? —preguntó Sofía a su marido cuando vio que se estaba arreglando.

—Sí. Hoy es la cena que tengo todos los años con mis compañeros los jueces. Ya sabes, por el día de la Constitución.

Sofía lo había olvidado. En las últimas semanas había visto tan poco a Tomás que no tenían tiempo de contarse nada.

—Bueno, entonces voy a llamar a las chicas y saldré con ellas a tomar algo. Es fiesta y no me apetece estar aquí sola.

Se quejó con la intención de hacer cambiar a su marido de planes. Se acercó a él, lo besó, pero Tomás apenas le correspondió.

—Llego tarde. Diviértete, mi amor.

Tomás cogió la cartera, el móvil y las llaves del coche y se marchó.

Sofía llamó a sus amigas y quedó con Mónica y Lidia, Natalia tenía plan con su chico.

Las tres se fueron a cenar y disfrutar de la noche.

Marcos hizo su aparición en el gran salón de El Castillo cuando estaba lleno de gente, fue el último en llegar. Su persona creaba expectación aquella noche. Todos deseaban conocer personalmente al nuevo dueño y gestor del club.

Andrea se comportó como la perfecta anfitriona. Colgada del brazo de su cuñado en todo momento, se paseó por la estancia y saludó a la mayoría de los socios, presentándoselos a Marcos y estableciendo amistades. De allí no solo salían relaciones sexuales, también hacían grandes negocios.

Llegado el momento, Andrea pidió la atención de todos para presentar formalmente a Marcos Luna y ambos decir unas palabras.

Marcos no se extendió demasiado, solo dijo que procuraría hacerlo tan bien como lo hizo su difunto hermano hasta el momento. Luego, se mezclaron con los demás y comenzó la verdadera fiesta. Había comida y bebida de forma ilimitada.

Muchas mujeres se acercaron a Marcos, coquetearon con él y se interesaron si aquella noche iba a participar en los juegos sexuales del club.

Sofía y sus amigas terminaron en una discoteca que había abierto hacía poco y el dueño conocía al hermano de Mónica. En cuanto esta dio el nombre de su hermano al portero y lo consultó con el dueño las dejaron pasar de inmediato.

Mónica saludó a Raúl, lo conocía desde el colegio, y le dio la enhorabuena por el lugar que había montado. Este las dejó en un reservado y les envió una botella de champán como cortesía de la casa.

La música y el ambiente eran geniales. Sofía, Lidia y Mónica se lo estaban pasando de lujo. Le enviaron una foto a Natalia y le dijeron que la próxima vez tendrían que ir las cuatro.

Al cabo de una hora, Sofía fue al baño, lo hizo sola y de camino allí se encontró con varios conocidos. Todos eran jueces y amigos de su marido.

—Sofía, ¿qué tal? —La paró Roberto.

—Hola. —Le dio dos besos y saludó a Luciano y Jorge, estaban a su lado, eran jueces y también los conocía.

—¿Y Tomás? —se interesaron los hombres, creían que estaba con ella.

—Pensé que estaría con vosotros. —Los miró como si se estuviesen quedando con ella. Buscó alrededor y no lo vio.

—Nos tienes que decir que le das a tu marido para que nunca quiera salir con nosotros y siempre prefiera quedarse con su mujer —le comentó Roberto. Luciano y Jorge le aplaudieron. Los tres estaban ya algo achispados.

—Anda dile a Tomás que se acerque por aquí a tomarse algo con nosotros. ¿Dónde lo tienes? —preguntó Jorge y miró en la dirección en la que ella venía.

—Eh... No está. He venido con unas amigas —respondió algo confusa.

—Anda, declinó venir a la cena de jueces, como hace todos los años, porque iba a tener una noche especial con su mujer y resulta que lo has dejado en casa solo y te has venido con las amigas —lanzó Roberto entre carcajadas.

Sofía sintió que las piernas le temblaban. La información que le acababan de dar sobre su marido la dejó casi mareada.

—Voy... voy al baño —se despidió de ellos. Necesitaba estar sola y aclararse.

Sacó el teléfono cuando entró en el aseo y llamó a Tomás, su móvil estaba apagado. Llamó a casa y nadie contestó.

La cabeza le daba mil vueltas y no era por el champán ni el vino que había bebido. Encontrarse con aquella información la había dejado mareada.

Se echó agua en la cara, intentó calmarse un poco y fue de nuevo al reservado para reunirse con sus amigas. Cuando estas la vieron llegar, de inmediato, advirtieron que le pasaba algo. Estaba blanca.

Sin pensarlo, Sofía le contó lo que acababa de descubrir a Mónica y Lidia. Les dijo que necesitaba marcharse a casa y comprobar que Tomás no estaba allí.

Las tres se fueron en un taxi, sus amigas la acompañaron y descubrieron que el coche de Tomás no estaba en la entrada del chalet. Solo se encontraba en el garaje el de Sofía.

Agobiada, como si el mundo se le hubiese derrumbado de repente, comenzó a llorar.

—Me engaña con otra. Está claro —lamentó.

—Igual hay una explicación que no vemos —dijo Lidia para intentar calmarla.

—Yo lo veo como Sofía. Si no fue con los jueces que te dijo que iba a cenar y no está en casa... Hay algo —comentó Mónica con la sinceridad que la caracterizaba—. Además, no es algo puntual de hoy —añadió—. Ese tío te dijo que nunca va con ellos. Y Tomás se pasa la vida diciéndote que va con sus amigos —argumentó.

Lidia la miró con cara reprobadora por decirle todo aquello. Tenía toda la razón, pero no era el momento de tanta sinceridad ni recordatorios.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó Lidia preocupada.

—Preguntarle directamente cuando llegue. Lo pienso esperar aquí mismo. —Estaba sentada en el sofá principal del salón.

—No te dirá la verdad, ¿qué tío lo hace? —Mónica se encogió de hombro y levantó las manos—. Yo no le diría nada hoy. Estás en caliente y las cosas hay que hacerlas con la mente fría. Te aconsejo que le pongas un detective privado. Cuando te entreguen todas las evidencias, entonces le exiges explicaciones y le montas el numerito —le aconsejó con cierto toque de maldad.

Sofía lo pensó y decidió hacerle caso a su amiga.

Nunca había sido celosa ni de pedir explicaciones, confiaba en su pareja. El hecho de

montarle una escena con lágrimas y exigirle explicaciones le pareció degradante, prefirió seguir las pautas de Mónica. Si le había puesto los cuernos y engañado, no se iba a presentar ante él como una mujer débil y destrozada, todo lo contrario, sería ella la que le daría una patada bien fuerte y lo echaría para siempre de su vida.

Lidia y Mónica se marcharon, eran casi las tres de la madrugada y no deseaban estar allí cuando Tomás regresase a casa, porque en algún momento tendría que aparecer.

Una vez a solas, Sofía se sirvió una copa, necesitaba ahogar las penas en el alcohol. Solo deseaba olvidar aquella sensación de angustia que tenía en el pecho.

Pasó una hora más y Tomás no llegó. Sofía no había dejado de beber mientras que lo había llamado en innumerables ocasiones, pero su teléfono continuaba apagado.

De repente, se acordó de Marcos y soltó una sonora carcajada. Se sintió una estúpida al haberlo rechazado por respeto y fidelidad a su marido, y quizás este llevase años engañándola.

Marcó el teléfono del hombre que la tenía descolocada desde que la besó y esperó.

Marcos llevaba una noche intensa, había hablado con casi todos los socios del club y las mujeres se lo rifaban. Andrea lo convenció de que terminasen la fiesta como los verdaderos anfitriones, y tras muchas insinuaciones y persistencia, terminó por aceptar.

Fue al despacho a dejar el móvil, él y Andrea eran los únicos que los podían llevar encima, la chaqueta y coger el antifaz.

Andrea y otras dos mujeres lo esperaban en una sala.

Cuando iba a salir por la puerta, el teléfono sonó sobre la mesa, se volvió a ver quién era y sus ojos se iluminaron tanto como la pantalla del móvil. Cuando leyó que era Sofía tuvo que parpadear dos veces y sacudir la cabeza para creer que se trataba de ella. Cogió el teléfono algo extrañado.

—Hola —contestó sin saber qué más decir. No era propio que lo llamase a las cuatro de la madrugada.

—¿Sabes qué? Tendría que haber aceptado tu invitación para esta noche. ¿Es muy tarde o aún estoy a tiempo? —resonó la voz de Sofía, arrastraba las palabras y dejaba en clara evidencia que estaba afectada por el alcohol—. ¿Estás en El Castillo? —preguntó esperanzada.

—Sofía... Eh... sí. Estoy aquí. —Marcos también había bebido demás aquella noche, pero supo que ella estaba peor que él—. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás? —preguntó preocupado.

—Estoy saliendo de mi casa. Voy a pedir un taxi y que me deje en la puerta de El Castillo. Prepara la documentación que te firmaré el contrato ese de confidencialidad y seré una socia más esta noche, pero solo contigo. Te necesito. Tú y yo —murmuró.

—Sofía... —Marcos cerró los ojos e hizo un gran esfuerzo antes de decir aquello—: No creo que estés en condiciones de ir a ningún sitio, por favor, quédate ahí. ¿Estás sola? Envíame la dirección, yo iré.

—No. Voy yo. —Soltó una risita y colgó.

De inmediato llamó a un taxi, cogió el abrigo y se fue a la puerta de su casa. Había decidido que cuando Tomás llegase se iba a hacer todas las preguntas que ella llevaba haciéndose desde que descubrió que no estaba en una cena con los compañeros de profesión.

—¡Joder! —maldijo Marcos. No por el hecho de que ella fuese para allá, sino porque estuviese sola y en aquellas condiciones. No le hacía gracia que se montase en un taxi así.

Volvió a llamarla y tras cinco tonos de llamadas Sofía se lo cogió.

—Ya voy de camino —anunció.

—Bien, dame la matrícula del taxi en el que vienes y el número de licencia.

Tras discutir un poco con él se lo terminó dando.

Marcos se volvió a colocar la chaqueta, se metió el móvil en ella y cogió las llaves del coche. Decidió ir hasta la entrada de EL Castillo y esperar a Sofía.

Cuando salía del garaje, casi chocó con un todoterreno, maldijo con un golpe sobre el volante. Sofía lo había engañado, venía en su propio coche. Lo había reconocido.

Se bajó de inmediato, pero, para su gran sorpresa, no conducía ella. Era un socio del club que Andrea le había presentado aquella noche. Lo saludó y le pidió disculpas. El hombre se marchó y Marcos se quedó mirando el vehículo y la matrícula de este.

Cuando el taxi en que el que venía Sofía llegó Marcos la esperaba fuera de la propiedad. Se acercó a la ventanilla del conductor, le dio un billete de 50 euros y ayudó a Sofía a salir del coche.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Estás bien? —preguntó preocupado, acariciándole la mejilla.

—Ahora un poco mareada, el trayecto en coche no me ha sentado muy bien —confesó con la mirada perdida en la suya.

—Vamos.

Marcos la tomó de la mano con fuerza y la metió en su coche. Entraron en la propiedad y la llevó hasta el apartamento que había en su despacho.

—Guau, lo que tienes aquí. Esto no me lo enseñaste el otro día. —Sofía se colgó de su cuello y admiró el lugar—. Es muy normalito en comparación con todo lo que hay ahí fuera —se mofó y soltó una carcajada.

Marcos suspiró y la llevó hasta la cama. Sofía había bebido demasiado aquella noche.

—Creo que necesitas dormir un poco.

—No. Lo que necesito es a un hombre como tú en mi vida. ¿Sabes que hace más de tres semanas que mi marido no me toca? —confesó mientras le acariciaba el abdomen—. Haz conmigo lo que quieras, Marcos. Esta noche soy toda tuya. Necesito sentirme mujer.

Lo besó con ganas y él le correspondió, ella comenzó a quitarle la chaqueta y Marcos hizo lo mismo con su abrigo. Sofía se fundió contra su cuerpo y lo arrastró hasta la cama, pero él tomó conciencia del estado en el que estaba ella y paró aquello. La deseaba como nunca lo había hecho con otra mujer, pero no quería que fuese así. Probablemente a la mañana siguiente no recordase nada y Marcos tenía toda la intención de que la primera vez que le hiciese el amor cada caricia y cada beso quedase grabado a fuego en ella.

—Espérame aquí. —La dejó tumbada en la cama, con ganas de mucho más y desapareció.

Al cabo de quince minutos, cuando Marcos llegó de nuevo Sofía estaba dormida. Él sonrió y se felicitó. Había conseguido su objetivo.

Fue de nuevo a su despacho y se echó una copa, la necesitaba. De repente la puerta se abrió y entró Andrea, estaba en ropa interior.

—¿Te has arrepentido? —le preguntó caminando hacia él de forma muy sensual.

—Me ha salido otro plan de camino aquí. —Desvió la mirada hacia la puerta abierta del apartamento y Andrea fijó los ojos en la morena que dormía boca abajo en la cama.

—Serás cabrón —murmuró encendida.

—Lo siento. —Marcos se encogió de hombros, relajado mientras se fumaba un cigarrillo—. Te agradecería que te marches, aún no he terminado con ella, solo le he dado un descanso —reveló con una mirada ardiente.

Ofendida, Andrea se dio media vuelta y se fue tras dar un sonoro portazo.

Marcos suspiró, cerró con llave la puerta, no quería más interrupciones aquella noche, y se reunió con Sofía.

La observó en la cama, profundamente dormida, calmada y la deseó hasta límites

insospechados. Le acarició el cabello y la mejilla al mismo tiempo que juraba hacer a aquella mujer suya y darle todo el placer que su marido no le proporcionaba.

Cuando Sofía se despertó, se encontró entre los brazos de Marcos Luna. Él dormía a su lado y estaban en un lugar que ella no reconocía. Se sentó en la cama de golpe y se masajeó la cabeza tratando de recordar cómo había llegado allí y qué había hecho con aquel hombre.

Marcos abrió los ojos y la observó sin moverse. Ella tenía la espalda apoyada en la pared y las piernas dobladas contra el pecho. Estaba seria y pensativa y no se había dado cuenta de que él la miraba con ojos hambrientos.

—¿Te arrepientes de estar aquí? —le preguntó incorporándose en la cama.

Sofía fijó la mirada en el magnífico cuerpo de Marcos, unos pectorales de infarto, libres de tatuajes, unos abdominales duros como el acero y muy marcados, una verdadera tableta de chocolate, y en sus fuertes brazos tatuados ambos casi enteros. Los observó y luego reparó en más tatuajes que tenía en los costados del cuerpo, nuevos para ella. Fijó la vista un poco más abajo, en unos oblicuos que la dejaron sin respiración y descubrió que estaba en calzoncillos. Su mirada la traicionó y clavó los ojos en su paquete.

—Yo... no recuerdo muy bien. Creo que anoche bebí demasiado —comentó con la boca seca y el corazón acelerado.

—Sí, los dos lo hicimos.

—¿Tú y yo hemos...? —lo miró casi asustada.

Marcos le sonreía mientras disfrutaba del agobio que ella mostraba ante la situación.

—No. Cuando le doy placer a una mujer me gusta que lo recuerde.

Sofía suspiró y cerró los ojos, se llevó las manos a ellos y se revolvió el pelo, intranquila. Nunca en su vida se había sentido tan avergonzada.

—¿Qué hago en tu casa? —preguntó recorriendo el lugar desconocido para ella, pero dedujo que sería la casa de Marcos.

—No es mi casa. Estamos en el club —anunció.

—¿Qué?! —Marcos asintió mientras se levantaba y se dirigió hasta la cocina americana a preparar café—. ¿Cómo llegué hasta aquí? —preguntó tratando de recordar la noche anterior.

—Me llamaste y viniste en un taxi.

—¡Joder! —Escondió el rostro entre las manos y agachó la cabeza. No podía pensar con claridad.

—Llegaste dispuesta a acostarte conmigo —le reveló sin tapujos—. Incluso me dijiste que hace tres semanas que tu marido no te toca. Nunca pensé que una mujer con tu cuerpo y tu cara pasase por ese tipo de carencias.

Se volvió hacia ella tras poner la cafetera en el fuego y le mostró una sonrisa.

Sofía se tumbó de nuevo en la cama y se tapó la cabeza.

—Quiero morirme —murmuró.

Mientras el café se hacía, Marcos fue hasta ella y se sentó a su lado.

—No tienes que sentirte avergonzada conmigo. —Le quitó la sábana de la cabeza y la obligó a que lo mirase—. ¿Qué ocurrió anoche? Es obvio que te pasó algo. No soy tonto, cuando me llamaste querías acostarte conmigo por despecho.

Sofía suspiró y se dijo que lo mínimo que merecía era que fuese sincera con él. Marcos se había portado como todo un caballero.

—Anoche descubrí que es muy posible que mi marido me ponga los cuernos desde hace tiempo —anunció con pesar.

—Ocurre en muchas parejas —le contestó serio, sin sorprenderse.

—Ya, pero no en la mía. Tomás y yo llevamos seis años casados, somos felices y hace más de un año que estamos buscando un hijo, deseamos formar una familia —enumeró.

—Un marido que no te toca en tres semanas... Eres demasiado tentadora para dormir a diario a tu lado y no hacerte el amor. ¿No se te había pasado por la cabeza pensar que podría estar con otra? O es un viejo, impotente o está tan bien servido con otra que no le quedan ganas para disfrutar con su hermosa mujer.

—¡No! Nuestros trabajos son muy estresantes. La vida de casados cambia. La pasión de los primeros años pasa y luego queda el día a día y la rutina.

—Hablas como si tuvieras sesenta años, por Dios. Eres una mujer joven y atractiva. ¿Qué clase de tío puede dormir a tu lado durante tres semanas y no follarte? —estalló enfadado porque ella no viese la gran mujer que era—. Si fueras mía no te dejaría dormir ninguna noche. Te aseguro que no pasaría ni un solo día sin hacerte el amor —le dijo convencido de ello. Su mirada desprendía fuego y Sofía sintió que se incendiaba.

—¿Podemos dejar el tema? —le pidió agobiada—. Necesito un café bien cargado y un analgésico para que este dolor de cabeza pase.

Marcos asintió y fue a echar el café.

Sofía fue en busca de su bolso y su móvil y encontró un mensaje de su marido.

Supongo que la noche se desmadró y te quedaste a dormir en casa de alguna de tus amigas. Dime si estás bien.

Yo he llegado a casa temprano, la cena fue muy aburrida.

Sofía sintió ganas de ahorcarlo, pero solo le contestó:

Estoy bien.

Luego metió el teléfono de nuevo en el bolso y se sentó en la mesa en la que la esperaba Marcos con dos cafés humeantes.

—No hay nada más para desayunar —se disculpó.

—¿Vives aquí? —preguntó mientras acercaba la taza a sus labios.

—No. ¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó interesado, cambiando de tema.

—Me marcharé ahora mismo, ya te he molestado bastante. Discúlpame por todo. —Se terminó el café e hizo amago de levantarse, pero Marcos se lo impidió al tomarla del brazo.

—No quiero que te vayas, Sofía. Deseo que confíes en mí. Puedes contar conmigo para lo que necesites, de verdad. —Le extendió una mano y ella se la tomó. Lo sintió sincero.

—En estos momentos necesito un amigo que no haga preguntas —murmuró mientras lo miraba de frente.

Marcos asintió. Llevó su taza vacía hasta el fregadero y se colocó a la espalda de Sofía. Luego volvió y le masajeó los hombros. El contacto de sus manos contra su piel, llevaba un vestido de tirantes, la transportó a otro mundo. Cerró los ojos y se dejó llevar. Deseaba a Marcos como nunca le había pasado con otro hombre, sus grandes y suaves manos sobre su cuerpo le hicieron desear más. Ya había probado sus labios. Un beso que aún que le quemaba. Nunca la habían besado de aquella manera, sentía que solo Marcos Luna sabía besar así.

Las manos de él descendieron hasta sus pechos y se los masajeó con maestría. Sofía cerró los ojos, recostó la cabeza contra su duro abdomen y se dejó llevar.

Marcos logró arrancarle más de un jadeo. Le bajó los tirantes y dejó sus pechos al descubierto. Se arrodilló ante ella y la miró a los ojos con intensidad.

Sofía le paseó la mano derecha por la mejilla, Marcos la miraba pidiéndole permiso. Sabía que aquella mujer estaba herida y despechada y no quería formar parte de una venganza. Necesitaba que lo deseara como él lo hacía desde que la conoció.

En un arranque, Sofía lo acercó a sus labios y lo besó con desesperación.

Él le correspondió con ganas, invadiendo su boca y su cuerpo mientras paseaba sus grandes manos por su estrecha cintura.

—Dime que lo deseas —le pidió Marcos mientras la besaba—. Dímelo —exigió mientras se apartaba de ella y la miraba tratando de controlar la respiración.

Sofía lo miró en silencio, él estaba ahí frente a ella, de rodillas, no la tocaba, solo la miraba, pero ella sentía que ya le hacía el amor con los ojos.

Bajó la vista y se vio desnuda de cintura para arriba. Tenía el vestido enrollado en las caderas. Él estaba en calzoncillos, y a través de ello podía observar su enorme erección, su magnífico cuerpo pedía a gritos que se entregase a él. Sofía clavó los ojos en su miembro, se mordió el labio inferior y decidió precipitarse al vacío. Vivirlo en vez de soñarlo.

—Te deseo, Marcos —murmuró presa de la pasión que le provocaba.

Fue a acercarse a él, pero lo impidió.

—¿Cuánto? —le exigió saber.

—Mucho —terminó por confesar.

—¿Desde cuándo, Sofía?

Ella tragó con dificultad y se tomó unos segundos antes de responder.

—Desde que te conocí —reconoció al fin—, pero eras alguien prohibido. Mi cliente y yo una mujer casada, once años mayor que tú...

—Nada de eso me importa. —Le bajó el vestido junto con el tanga y la dejó desnuda al completo ante él, la devoraba con los ojos.

Para sorpresa de Sofía, no sintió vergüenza alguna al exponer su cuerpo ante un extraño, se sentía cómoda y segura bajo aquellos intensos ojos verdes que la miraban como un lobo hambriento.

Marcos le tendió la mano y ambos se pusieron de pie.

Sofía paseó las manos por su amplio y musculoso pecho. Sintió el ritmo acelerado de su corazón.

—Si me quieres desnudo, hazlo tú misma —le instó a que le quitase los calzoncillos.

Con manos atrevidas y temblorosas a la vez, Sofía lo hizo. Cuando descubrió el gran miembro de Marcos antes ella el corazón se le aceleró como nunca antes. Estaba muy bien dotado. Nunca se había acostado con un hombre que la tuviese tan grande.

Él la tomó por la cintura y la fundió junto a su cuerpo. Se apoderó de su boca y le devoró los labios con ansia. Fue con ella hasta la cama y la tendió allí. Dejó de besarla y la miró a los ojos mientras que bajaba la mano hasta su clítoris y se lo masajeaba produciéndole mil sensaciones a la vez. Sofía se retorció bajo su cuerpo y él grabó en su mente cada instante del placer que le daba.

Llevó sus labios hasta sus pechos, jugó con sus pezones y los mordió a conciencia. Sentía como ella le clavaba las uñas en la espalda y buscaba una liberación, pero no le dio tregua. Implacable, bajó por su vientre hasta llegar a su centro del placer. Posó su boca allí y con maestría hizo que se corriera.

Luego, llevó su boca a sus voluminosos labios y la besó, haciendo que ella probase su propia

esencia.

Sofía era suya en cuerpo y alma, estaba entregada por completo.

—Pídemelo que te folle —le rogó Marcos en un murmullo en el oído. Necesitaba escucharlo de sus labios.

—Hazlo —le rogó al borde de la desesperación. Deseaba tenerlo dentro cuanto antes.

—Respuesta incorrecta. —Bajó la mano hasta su sexo y la torturó con los dedos—. Pídemelo —le exigió implacable.

—No puedo más —le rogó entre gemidos.

—Nuevamente respuesta incorrecta. —Continuó llevándola hasta el borde del abismo mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja a conciencia y su mano la toca al mismo tiempo que la torturaba sin dejar que se corriese.

—Fóllame, Marcos, fóllame —gritó desesperada. Consciente de lo que le pedía.

Él le mostró una sonrisa triunfadora, se puso un preservativo y la embistió con fuerza.

Sofía lo recibió en su interior abriéndose más para él, acogiéndolo hasta el fondo. Estaba empapada y lista para él. Se sintió colmada como nunca antes, el miembro de Marcos era enorme.

Él cerró los ojos y se tomó un par de segundos, los músculos de Sofía lo aprisionaban con ganas y aquello era jodidamente bueno.

Comenzó a salir y entrar de ella con fuerza hasta que ambos se corrieron casi a la vez.

Marcos terminó derrotado encima de ella, saciado como no lo había conseguido hasta el momento con todas las mujeres que se había tirado.

Sofía lo acunó entre sus brazos mientras que se sentía como nunca antes. Se dijo que a su edad había tenido que llegar a su vida un tío de veintiocho años a enseñarle lo que era follar de verdad y sentirse colmada por completo.

Cuando Marcos salió de su interior lo añoró. Lo observó levantarse e ir hasta el baño a tirar el condón. De inmediato volvió de nuevo a la cama y la abrazó mientras la besaba.

—¿Qué tal te sientes? —Era la primera vez que le preguntaba aquello a una mujer y sentía miedo de la respuesta.

Sofía se revolvió entre sus brazos y lo miró a los ojos mientras le acariciaba el pecho.

—Maravillosamente bien. Sin duda sabes tratar a una mujer.

—¿Te arrepientes? —Necesitaba saberlo.

Sofía le mostró una sonrisa radiante, con descaro, bajó su mano por su duro cuerpo y la llevó hasta su miembro y se lo masajeó, atrevida.

—Si me arrepintiese no estaría aquí a tu lado, dispuesta a repetir —le anunció con una sonrisa pícaro.

Se colocó a horcajadas encima de él y lo besó.

Desde hacía siete años Marcos no sabía lo que era la felicidad, en aquellos instantes, Sofía se la proporcionó.

Le hizo el amor de una forma tan lenta y dulce, recorriendo todo su cuerpo con besos, que casi lo hizo llorar de la emoción mientras la dejaba llevar las riendas. De alguna forma, ella quería recompensarlo por haberle dado el mejor orgasmo de su vida. Sofía sabía que ella quizá no se lo podría proporcionar a él, por ello decidió amarlo de una forma tan especial como no lo hubiese hecho nunca nadie.

De alguna forma, deseaba dejar una huella en Marcos como la que él había dejado en ella. No quería ser una más en su lista.

Cuando Marcos despertó, Sofía estaba entre sus brazos y le sonreía de una forma relajada. Tenía todo el aspecto de una mujer satisfecha. Con las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto estaba arrebatadora.

—Ha sido maravilloso, Sofía. —La abrazó más fuerte junto a su pecho y le besó el cabello.

Ella asintió sobre su pecho. Estaba tan bien allí con él que se negaba a volver a la realidad, pero tenía una vida que la reclamaba.

—Creo que es hora de que me marche. —Lo miró a los ojos y sintió la decepción de Marcos. Lo besó y le dijo—: Me encantaría quedarme en la cama todo el día contigo, pero debo irme.

—Prométeme que volveremos a disfrutar de esto.

Sofía lo miró con intensidad, sonrió y se mordió el labio. Con solo pensar en volver a hacer lo que habían hecho, una corriente eléctrica le recorrió todo el cuerpo. Atrevida, ni ella misma se reconocía, asintió consciente de que el deseo y la lujuria podían más que su razón y decoro.

Volvió a besarlo, salió de la cama, recogió su ropa tirada por el suelo y se metió en el cuarto de baño bajo la atenta mirada de Marcos.

Sofía le pidió a Marcos que la llevase a casa de su amiga Mónica. Necesitaba hablar con ella, y luego ya iría a su casa. No le importaba lo más mínimo lo que pensase Tomás, ni se preocupaba por ella.

Cuando Marcos paró el coche, Sofía se quitó el cinturón de seguridad, le dio un beso en los labios y le dijo:

—Gracias por todo. —Le acarició la mejilla y añadió—: Te llamo.

Él asintió, tiró de su mano y le plantó un beso de despedida en condiciones que la dejó jadeante.

—Espero tu llamada.

Sofía se bajó y observó cómo el coche de Marcos desaparecía entre el tráfico.

Tomó una bocanada de aire, suspiró y se encaminó hacia el portal de Mónica sintiéndose una mujer completamente nueva, no una desgraciada con una vida rota como la noche anterior.

Debería sentirse abrumada por todo lo que había sucedido en su vida en menos de veinticuatro horas, pero lejos de ello se sentía liberada y feliz.

Cuando Mónica le abrió la puerta y la vio con la misma ropa de la noche anterior y el rostro sin una sola gota de maquillaje se alarmó.

—¿Qué pasado? —La tomó por la mano y la llevó hasta el salón.

—A ver por dónde comienzo —murmuró Sofía.

Su amiga la miró bien a la cara y no le pasó desapercibido el brillo en sus ojos.

—Un momento... Tú no eres la misma Sofía de anoche. Algo ha cambiado —afirmó sonriente.

Sofía le devolvió el gesto, se recostó sobre el sofá, se tapó la cara y luego se recogió la melena en una coleta improvisada.

—Me he acostado con Marcos —reveló mordiéndose el labio inferior, presa de los maravillosos recuerdos.

—¿Qué?! Pero... ¿Cuándo? Anoche te dejamos en tu casa hecha una pena.

—Tomás no llegó, me puse a beber, llamé a Marcos, cogí un taxi y me presenté en el club.

—¡Madre mía! —Mónica la miraba sin creerlo.

—¿Has estado con él en El Castillo? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Sí... y no. No he hecho uso de las instalaciones con Marcos. Me llevó a una especie de apartamento que tiene anexo a su despacho. Dormí allí y cuando me levanté él estaba a mi lado. Yo apenas me acordaba de qué sucedió la noche anterior. Él solo me cuidó. Se portó muy bien.

Mónica la miraba con una ceja levantada a la espera de más explicaciones.

—¿En qué momento te lo tiraste? —preguntó con la delicadeza que la caracterizaba.

—Desayunamos juntos... una cosa llevó a la otra y terminamos... Ya sabes. —No entendía por qué le daba vergüenza contarle aquello a una de sus mejores amigas.

—Follando como locos, solo hay que verte la maravillosa cara que luces.

Sofía le dedicó una sonrisilla y asintió.

—Me alegro. —Se abrazó a ella y le dio un beso—. Ese tío le ha devuelto la vida a mi amiga. Mírate, pareces otra. —Se levantó con ella y la llevó hasta un espejo—. ¿Te ves bien? Si pareces diez años más joven. Tomás te estaba marchitando. ¿Cuánto hacía que tu marido no te daba un buen meneo?

—Algunas semanas. —Mónica puso los ojos en blanco—. Y tampoco es que últimamente todo entre nosotros fuese... Ya me entiendes... —Su amiga asintió.

—Bueno, ¿qué planes tienes ahora? Porque tu vida ha cambiado desde anoche, no por el hecho de haberte acostado con un tío que no es tu marido y te haya dejado muy bien follada, sino porque yo creo que tu matrimonio con Tomás ha llegado a su fin.

Sofía suspiró.

—Voy a llamar al detective privado con el que trabajamos en el bufete y le voy a pedir que investigue a mi marido. Cuando tenga las pruebas de que me engaña hablaré con él.

—Muy bien. Tienes todo mi apoyo. Si necesitas quedarte aquí... Ya sabes que es tu casa. —Mónica vivía sola en un gran piso.

—Por ahora volveré a casa. No quiero que sospeche nada. Cuando tenga las evidencias entre mis manos hablaré con él.

—¿Y Marcos? ¿En qué lugar queda en todo esto? —se interesó.

—Me ha acostado con él y ha sido fantástico. No te voy a negar que me gustaría repetir, pero hay que ser realista. Es once años menor que yo, y tiene una vida... diferente. Debe ser el típico tío que le gusta probar a una cada noche. Salta a la vista que con él no van los compromisos.

—Puedes tenerlo como amante por una temporada —la animó Mónica.

—Nunca he tenido un amante.

—Pues ya va siendo hora. Ya sabes lo que se dice... Nunca es tarde si la picha es buena. —Mónica le sonrió y le sacó la lengua.

Sofía estalló en carcajadas.

Sofía regresó a su casa y Tomás no le pidió explicaciones. La recibió con un: *¿te has divertido, cariño?* Ella asintió, desapareció en el baño, se puso el pijama y se metió en la cama. Necesitaba dormir dos días seguidos.

El lunes a primera hora Sofía habló con el detective privado y este le dijo que comenzaría con el encargo ese mismo día.

Con respecto a Marcos, ella no lo llamó ni él tampoco. Se pasó todo el lunes tentada de ponerse en contacto con él, pero no sabía qué decirle.

El lunes por la noche Sofía quedó para cenar con Mónica, Lidia y Natalia, se pusieron al día

de todo lo que pasaba en la vida de Sofía y alucinaron cuando les contó que se había liado con Marcos, el tío que sacó de la cárcel apenas hacía un mes.

Ninguna de ellas le ponía cara a Marcos, y Sofía no tenía ni una sola foto de él. Lo describió como un hombre alto, corpulento, con aire chulesco, tatuajes por su cuerpo, intensos ojos verdes, barba muy rasurada y pelo muy corto.

—Un tío de los que te pone cachonda con solo mirarlo —soltó Lidia mientras se lo imaginaba.

—¿No lo has vuelto a ver ni hablar con él? —se interesó Mónica.

—No. El domingo me lo pasé en la cama entero y hoy no he parado en todo el día hasta ahora. —Alzó la caña de cerveza que tenía en la mano y bebió de ella.

De repente, la cara de Sofía se volvió blanca. Fijó los ojos en dos hombres que entraban en el bar donde ellas estaban y se convenció de que aquello no era una visión.

—¿Qué ocurre, los conoces? —preguntó Natalia, alarmada.

—Es... es... —A Sofía no le salían las palabras.

—Héctor. —Mónica se levantó y le dio dos besos al hombre que acompañaba a Marcos. Sofía los miraba con atención.

—Mónica, qué de tiempo. ¿Qué tal estás? —preguntó el hombre con cordialidad y sonriente.

—Aquí tomando algo con unas amigas.

—Chicas, os presento a Héctor Gandía. Mi vecino de toda la vida, bueno, de la casa de mi madre.

Hacía que Mónica se había independizado más de doce años, pero aún consideraba la casa de sus padres como su casa.

—Hace años que no te veo por el edificio —le comentó.

—Tengo poco tiempo de visitar a mis padres, vienen ellos a mi casa.

Los padres de Héctor habían fallecido y él se quedó con la casa. Pese a ser constructor, le gustaba vivir en aquel edificio.

—Perdón, os presento a mi amigo. Él es Marcos Luna —anunció Héctor.

De inmediato se hizo un silencio. Sofía se levantó y fue a saludarlo con dos besos.

—Hola, Marcos. ¡Qué sorpresa!

—La sorpresa ha sido mía. —La miró con tal intensidad que Sofía sintió un leve tirón en el vientre.

—¿Os conocíais? —preguntó Héctor sorprendido.

—Sí, es mi abogada. Ella me sacó de la cárcel —anunció con total naturalidad. Sofía no esperaba que dijese aquello.

Miró a las chicas y no hicieron falta más explicaciones. Ellas ya sabían que era el tío con el que se había liado. Las reprendió con la mirada porque estaban desnudándolo con los ojos con descaro.

—Chicas, os presento a Marcos. Marcos, te presento a mis socias del bufete, Mónica y Natalia, y Lidia es nuestra secretaria. Aparte de nuestra relación laboral somos grandes amigas. Las considero mis hermanas.

Él la miró sonriente y relajado, le gustó que le hiciese aquella presentación tan personal.

Las chicas lo miraron y lo saludaron sonrientes.

—Bueno, pues si ya nos conocemos todos, podemos unirnos a estas cañas —propuso Héctor.

—Claro. —Mónica lo ayudó a unir dos sillas más y llamó al camarero para que les trajesen más cañas.

Marcos se sentó al lado de Sofía y Mónica al lado de Héctor, estos últimos comenzaron a

hablar de sus vidas, hacía tiempo que no se veían y rememoraron los años atrás que habían pasado como vecinos y anécdotas en común.

Natalia y Lidia fueron al baño juntas, Sofía y Marcos se miraron sin saber muy bien qué decirse.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él.

—Bien.

—Desde el sábado he pensado como un millón de veces en llamarte —le reveló Marcos en un tono de voz bajo—. Y otro millón de veces en volver a tenerte desnuda entre mis brazos.

Sofía le sonrió, nerviosa e incómoda, y bebió un trago de su cerveza. Necesitaba refrescarse porque tener a Marcos tan cerca le hacía arder por dentro. Trató de que sus palabras no le afectasen, pero era inútil.

—Esto... Marcos, yo no sé cómo manejar la situación entre nosotros —le confesó.

—Déjame hacerlo a mí. Déjate llevar, Sofía. Puedo leer el deseo que tus ojos desprenden en estos momentos, el mismo que los míos.

—¿Qué propones? —preguntó en voz baja, mientras se tocaba el pelo y le mostraba una sonrisa, aparentaba que tenían una conversación normal. Mientras que cruzaba sus piernas y trataba de calmar el deseo que aquel hombre había despertado.

—Vámonos. No pintamos nada aquí. ¿No quieres, tanto como yo, que estemos solos?

Ella lo miró y asintió. Le resultaba muy incómodo tener al lado al hombre con el que se había acostado dos noches atrás y tratarlo como a un extraño. Apartó la mirada de sus labios, se le antojaba besarlo hasta perder el conocimiento y centró su atención en sus amigas, que volvían del baño.

—Chicas, nosotras nos vamos. Hemos quedados con nuestros novios. —Natalia les sonrió de forma pícaro, les guiñó un ojo y se fue junto con Lidia.

Mónica y Sofía solo tuvieron tiempo de decirles adiós de forma precipitada.

Héctor y Mónica reanudaron la conversación mientras que Marcos le rogaba a Sofía con la mirada que se levantara de allí y se fuesen juntos, pero ella no hizo nada. No sabía qué excusa poner para marcharse con él y dejar allí a Mónica.

Diez minutos después, cuando se tomó la caña entera y se le colmó la paciencia, Marcos se puso en pie y anunció:

—Sofía y yo nos marchamos. —Para sorpresa de ella la tomó de la mano, la ayudó a levantarse y cogió sus pertenencias como si fuesen propias.

Ella lo miró con los ojos desencajados mientras que Mónica y Héctor los miraban sonrientes, era evidente que eran algo más que abogada y cliente.

Sin saber cómo, se despidió de su amiga y de Héctor y salió de aquel bar de la mano de Marcos.

Decidido y sin romper el paso, él la llevó directamente hasta su coche.

—Espera, espera, ¿adónde vamos? ¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho? ¿Qué van a pensar Mónica y Héctor? —preguntó alarmada.

—Ella es tú amiga y dudo que sea ajena a lo que tú y yo hemos tenido, las mujeres os lo contáis todo. Por Héctor no hay problema, es mi amigo. —La ayudó a entrar en el coche y le entregó su abrigo y el bolso, hasta ahora se lo llevaba él en la mano.

Marcos entró en el vehículo, se puso al volante y le dirigió una mirada intimidante y cargada de deseo. Sin poder contenerse por más tiempo, se abalanzó sobre ella y la besó.

Sofía le respondió con las mismas ganas. Nunca nadie la había besado como la besaba aquel hombre. Sus besos eran arrebatadores, cargados de pasión, le introducía la lengua hasta la

garganta y sentía que le hacía el amor con la boca.

—Vámonos de aquí antes de que te folle como un loco aquí mismo —murmuró Marcos sobre sus labios.

Sofía no tenía capacidad de pensar, cuando lo sentía tan cerca le nublaba todos los sentidos.

Marcos arrancó el vehículo y se incorporó al tráfico.

—¿Dónde vamos? —preguntó de nuevo.

—¿Quieres pasar la noche conmigo? —preguntó al mismo tiempo que le extendía su mano para que se la tomase.

A Sofía le invadieron mil sensaciones diferentes, nunca antes había sentido aquella sensación de deseo y miedo al mismo tiempo, ni siquiera en su primera vez.

Sin ser consciente de ello, estrechó la mano con la de Marcos y se rindió al placer sin importarle nada más. Lo deseaba y aquello era más fuerte que todas las excusas que su mente le gritaba para marcharse a su casa y no volverlo a ver más.

Sabía que liarse con Marcos Luna le traería complicaciones en su vida, pero también estaba segura de que le aportaría experiencias que estaba decidida a vivir. Aquello que sentía era más fuerte que ella misma. Él le había dado a probar una pócima desconocida que estaba dispuesta a volver a tomar hasta emborracharse.

Cuando Sofía vio que se dirigían a El Castillo lo miró de forma intranquila.

—Te llevaría al mejor hotel de Marbella, pero sé que no te sentirías cómoda. Eres una mujer casada, y me temo que de las que guardan las apariencias.

—Yo nunca le he sido infiel a mi marido. —Se escuchó a sí misma y rectificó—: Quiero decir que antes de ti... siempre he respetado mi matrimonio.

—¿Qué hubiese pasado entre nosotros si no hubieses tenido la duda de que tu marido te pone los cuernos? —le preguntó mientras se abría la imponente reja de El Castillo ante ellos—. Creo que es evidente la tensión sexual que mantenemos desde que nos vimos por primera vez —prosiguió ante el silencio de ella—. ¿Me vas a negar que a ti no te pasaba? —La miró, taladrándola con aquellos ojos verdes, intensos, antes de bajarse del coche en el garaje privado.

—Creo que tarde o temprano hubiese pasado algo entre nosotros. Tú estabas decidido a ello.

—Te recuerdo que la que viniste a mí fuiste tú —le recordó sonriente.

—Estaba borracha —se excusó.

—Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, pero ahora solo llevas encima un par de cañas, puedes confesar con sinceridad.

Llevó la mano hasta su pierna, la acarició y la introdujo bajo su falda hasta que llegó donde deseaba.

A Sofía se le aceleró el pulso y Marcos disfrutó viéndola así. Trataba de controlar y disimular el placer y la tortura a la que la estaba sometiendo al mismo tiempo. Lo miró con ojos suplicantes y vio en los de él que hasta que no le dijese la verdad no iba a parar.

—He pensado en ti más de una noche cuando me satisfacía a mí misma con mi mano —confesó muerta de la vergüenza y sin poderse creer que le hubiese dicho aquello.

—Ahora yo ocuparé su lugar, en carne y hueso. Nada de imaginar —comentó con una sonrisa espléndida, sintiéndose pletórico—. Mira cómo me tienes, tuve que sacarte del bar porque iba a explotar allí mismo. —Llevó la mano de ella hasta su entrepierna y la colocó sobre su abultado miembro. Hizo presión sobre ella y suspiró.

Sofía lo sintió ya dentro de ella. Anhelaba que la colmase y la llevase a ver todas las estrellas del universo.

Se bajaron del coche y en cuanto que se reunieron, Marcos la fundió contra su cuerpo y se apoderó de su boca, y así llegaron hasta el despacho de él.

—Sofía, me vuelves loco —le reveló mientras la desnudaba sin dejar de besarla.

La apoyó contra la puerta, una vez la cerraron y la alzó, haciendo que ella le rodease la cintura con las piernas mientras la empotraba. Ella estaba completamente desnuda, solo se había quedado con los zapatos de tacón.

Marcos se bajó los pantalones, se colocó un preservativo con prisa y se hundió en ella.

Sofía lo recibió en todo su esplendor. Estaba muy mojada y lo necesitaba más que nunca.

Él llevó la boca hasta su cuello y la besó mientras se movía en su interior con fuertes embestidas.

—Marcos —gritó ella, presa del deseo y la pasión.

—No te corras todavía —le susurró en el oído.

Sofía hizo grandes esfuerzos por obedecerlo, pero finalmente se dejó ir y Marcos la siguió. Lo volvía loco como lo aprisionaba en su interior y sus músculos se ceñían con fuerza alrededor de él.

Derrotados, terminaron en el suelo, sin apenas fuerzas tras el demoledor orgasmo.

Cuando Sofía volvió a la realidad y observó su alrededor, su ropa tirada, echa un ovillo, ella desnuda, con un zapato puesto y otro quitado y a horcajadas sobre Marcos, soltó una carcajada.

Él le acarició la espalda y le besó el hombro.

—¿Un baño? —le propuso. A Sofía le pareció de lo más tentador—. ¿Qué te parece si vamos a la sala del jacuzzi de abajo? —le propuso.

Sofía lo miró alarmada. Marcos soltó una carcajada y le especificó:

—Solos, tú y yo. Soy el dueño, tengo las llaves de todas las puertas —le susurró en el oído.

Tras pensarlo por unos segundos, asintió. Le apetecía relajarse en un jacuzzi en los brazos de Marcos.

Él le dio un albornoz blanco, se colocaron uno cada uno y luego fue al cajón de su mesa y cogió dos antifaces negros. Era lunes y habría poca gente por el club, pero hasta llegar a la sala de los jacuzzis tendrían que recorrer varios pasillos y ella no era socia del club como para pasearla con el rostro al descubierto.

Le indicó a Sofía que se lo colocase y las razones, a ella le pareció bien y lo acompañó. Marcos la tomó de la mano con decisión y se encaminaron hasta una sala con jacuzzi.

Marcos maldijo cuando las vio todas ocupadas. Se cruzaron con una pareja que les preguntó si les apetecía entrar con ellos, pero él negó con un gesto mientras Sofía le agarraba la mano más fuerte.

Tiró de ella y le dijo:

—Bajemos a la piscina cubierta, allí también hay un jacuzzi y aquellas instalaciones solo se abren cuando hay una fiesta.

Sofía no se soltó de su mano mientras, con ojos ávidos, miraba a todas las parejas que pasaban por su lado, semidesnudas.

Cuando llegaron ante la puerta que daba acceso a la piscina, Marcos sacó la llave maestra que llevaba en el bolsillo y la abrió. Se cercioró de cerrarla de nuevo cuando entraron y encendió todas las luces del lugar.

Sofía miró la piscina y le pareció maravillosa, era muy grande. Si no fuese porque sentía el cuerpo como si un tractor hubiese pasado encima de ella, le habría apetecido hacer unos largos.

Marcos la llevó hasta el jacuzzi, lo encendió, las burbujas comenzaron a brotar, ambos se deshicieron del albornoz, se quedaron desnudos y se introdujeron en él.

Sofía cerró los ojos y dejó que el agua masajeara su cuerpo. Marcos la miró allí, con los ojos entornados y la cabeza inclinada hacia detrás y se le ocurrieron mil fantasías con ella.

Se acercó al borde del jacuzzi, tiró del lazo de su albornoz y el de Sofía y se acercó a ella de forma sigilosa.

—Estás tan jodidamente hermosa en esa posición... —le susurró en el oído. Consiguió estremecerla—. Quiero vendarte los ojos y atarte las manos, ¿te apetece jugar, señora abogada? —preguntó con una sonrisa radiante cuando ella lo miró asustada—. Confía en mí —le volvió a susurrar cuando vio que dudaba—. Te aseguro que no te arrepentirás. Si en algún momento quieres que paremos porque no te gusta lo que te hago, solo tienes que pedírmelo.

Sofía asintió y decidió confiar en él, tenía el don de despertar todos sus deseos más ocultos.

Marcos se acercó, la besó hasta dejarla jadeante y luego, con expertas manos, le tapó los ojos.

—Quiero que solo sientas, y no veas nada, eso agudiza tus sentidos —le susurró mientras le besaba el cuello—. Solo concéntrate en tus reacciones, en todo lo que te hago y provoqué en ti.

Sin observarlo, sin ver cuáles eran sus próximos movimientos y qué pensaba hacer con ella, la expectación y el deseo creció hasta límites insospechados. Las sensaciones que le despertaron

cada caricia y cada beso, con los ojos vendados, se multiplicaron por diez.

Se sentía transportada a un mundo desconocido. Marcos la tocaba y la besaba con tal maestría que lograba arrancarle gritos y jadeos sin ser consciente de estos.

Cuando introdujo la mano entre sus piernas se supo perdida. Lo agarró por el pelo y tiró de él, pero Marcos, en un movimiento rápido y estudiado, le ató las manos a la espalda. De aquella forma, se sintió más expuesta y él le resultó más exquisita, más suya.

La besó, le masajeó los pechos, jugó con sus pezones y se los mordisqueó hasta que consiguió que se corriera.

Desmadejada, sin fuerzas, Sofía cayó sobre él. Marcos la sostuvo sobre su pecho mientras le acariciaba el cabello. Luego, le soltó las manos y le descubrió los ojos.

Cuando miró la intensa mirada de Sofía, su miembro palpitó. Ella se acercó y lo besó con pasión. No hicieron falta las palabras, Marcos supo que la había llevado al límite y había disfrutado como nunca.

Sofía lo tomó de la mano, lo llevó hasta el borde del jacuzzi y le indicó que se sentase allí, juguetona y atrevida, deseó tomar las riendas de una nueva fantasía que se formaba en su cabeza. Le vendó los ojos a Marcos, él se dejó hacer y luego le susurró de forma provocativa en el oído:

—Es mi turno.

Marcos apoyó ambas manos en el suelo y dejó que le recorriese el pecho con besos lentos y torturadores. Bajó en dirección a su miembro palpitante y lo introdujo en su boca. Él sintió que se moría allí mismo. La boca de Sofía era seda, deseó quedarse allí para siempre mientras lo degustaba con maestría. Sin ser capaz de resistirse por más tiempo, iba a explotar de un momento a otro, la tomó de los hombros y la sentó encima de él. Se introdujo en ella y ambos disfrutaron del placer de aquella unión sin barreras, de la cual no fueron conscientes hasta que se corrieron.

—Estoy sano. Siempre he usado preservativo en mis relaciones anteriores.

—Yo también. Hace una semana que me hice la última analítica rutinaria. —No le dijo que esta fue porque deseaba ser madre y necesitaba saber si había algún problema en ella, ya que llevaba tiempo intentándolo.

—Esto es jodidamente bueno —dijo moviéndose dentro de ella con lentitud. Disfrutando del momento, sintiendo cómo cada músculo de Sofía se abría y se adaptaba a él al mismo instante.

—Marcos, ¿qué estás haciendo conmigo? Nunca antes había sentido esto —murmuró presa de la pasión, sin ser consciente de que lo decía en voz alta.

Él se deshizo del cinturón que le tapaba la vista, necesitaba grabar en su memoria cada reacción de Sofía. Se movió dentro de ella con rapidez y fuerza, llevándola al borde del precipicio, hasta que cayeron los dos a la vez nuevamente.

De vuelta al despacho de Marcos, Sofía insistía en marcharse, él le susurró en el oído:

—¿No te apetece conocer el club un poco mejor? —intentaba tentarla. Deseaba disfrutar con ella de nuevo, se negaba a no tenerla más a lo largo de aquella noche. La deseaba de todas las posturas y formas posibles.

Ella lo miró con los ojos desencajados.

—Tú y yo solos, pero al mismo tiempo disfrutando del espectáculo —le propuso Marcos para que desapareciese de su rostro aquel signo de tensión ante su propuesta.

Sofía no supo qué decir ni atinaba a imaginar qué le estaba proponiendo.

Con una sonrisa traviesa y ardiente, Marcos la guio hasta su objetivo.

La llevó a la Sala de los espejos. Eran varias salas independientes, todas estaban en círculo y tenían acceso a espectáculos eróticos. Desde las salas se podía ver a las personas que participaban, pero desde el escenario no se podía ver qué ocurría o cómo disfrutaban las personas

que ocupaban aquellas salas.

Marcos entró con Sofía en una de ellas, la mayoría estaban ocupadas, y cerró la puerta con llave. Señal de que no querían visitas. Ella entró con paso inseguro y algo temerosa. Recorrió el espacio con la mirada y solo vio una cama redonda. El lugar no era muy grande. Se acercó a los cristales y clavó la mirada en el espectáculo que tenía lugar en directo. Había seis personas en una especie de escenario, un poco más abajo de la posición donde ellos se encontraban, como un piso inferior, hombres y mujeres, y mantenían relaciones sexuales cargadas de erotismo. Gozaban y disfrutaban sin pudor alguno. Con el corazón acelerado y excitada, Sofía los observó.

En silencio, Marcos se aproximó a ella y le quitó el albornoz que cubría su cuerpo. La acercó al suyo y Sofía comprobó que ya estaba desnudo. Lo sintió muy empalmado contra su trasero y gimió cuando le paseó las manos por el vientre y los pechos.

—Pon los brazos contra el cristal y separa las piernas —le ordenó con voz ronca mientras le masajeaba el sexo con la palma de la mano, implacable.

Sofía sintió que iba a desfallecer, entre lo que veían sus ojos y lo que Marcos le hacía sentir no se veía capaz de soportar aquello por más tiempo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó mientras le mordía el lóbulo de la oreja y le pellizcaba los pezones.

—Excitada, mucho. Te necesito —rogó presa del deseo.

—Eso es bueno, muy bueno, pero disfrutemos un poco más.

—No creo que pueda aguantar —lloriqueó mientras sentía que iba a explotar.

—Hazlo. Merecerá la pena, te lo puedo asegurar.

Cuando Marcos se introdujo en ella, se colocó de puntillas de golpe y se dejó llevar por sus fuertes embestidas, mientras que la obligaba a permanecer con los brazos extendidos y las piernas separadas sobre el frío cristal desde el que continuaba observando todo el espectáculo.

Tras estallar en el orgasmo más demoledor que hubiese tenido jamás, sintió que Marcos Luna acababa de enseñarle cómo se disfrutaba del sexo de verdad. Nunca había mantenido relaciones sexuales con alguien mientras miraba a otros, ni siquiera con la televisión de fondo. Ella misma se sorprendió de cómo reaccionó su cuerpo y todas las nuevas sensaciones que experimentó.

Marcos intentó convencer a Sofía para que se quedase con él toda la noche, pero insistió en marcharse tras salir de la Sala de los espejos. Al día siguiente tenía dos juicios importantes y si se quedaba en la misma cama que él sabía que no iba a pegar ojo.

Mientras Marcos se vestía, ya en el apartamento anexo de su despacho, Sofía llamó a Mónica, rogó porque no estuviese con Héctor, cuando se marcharon, ambos se quedaron muy a gusto.

—¿Estás sola? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Mónica mientras miraba la hora. Eran las tres de la madrugada.

—Me voy a quedar en tu casa. Marcos me lleva para allá, ábreme cuando llame al portero.

Mónica suspiró y le colgó envidiando a su amiga. Vendría harta de follar con su amigo de veintiocho años mientras que ella llevaba un tiempo de sequía.

Mientras Marcos conducía de camino a casa de Mónica, le preguntó:

—¿Por qué no regresas a tu casa?

—Porque no tengo ganas de darle explicaciones a mi marido. Le enviaré un mensaje y una foto desde casa de Mónica y le diré que hemos terminado con un asunto complicado a esa hora. No es la primera vez que pasa, no le extrañará.

—¿Piensas divorciarte cuando compruebes que te engaña? —le preguntó concentrado en el poco tráfico de la noche.

—Sí. Mi relación con Tomás ya no va a ninguna parte, aunque descubra que no me pone los

cuernos —afirmó convencida de ello. No le dijo que gracias a él había tomado conciencia de que su vida junto a Tomás ya no tenía futuro, hacía meses que su marido no le provocaba las ganas y el deseo en la cama. Marcos había despertado todo aquello y ya no volvería a ser la misma—. Creo que me empeñaba en no ver lo que sucedía a nuestro alrededor por mi afán de formar una familia y ser madre —reveló, pero de inmediato se arrepintió de haberle dicho algo tan íntimo.

Marcos la miró sonriente, cada vez que pensaba que Sofía dormía al lado de otro hombre que podía tocarla y hacerle el amor a su antojo, se ponía de malas. Unos celos incontrolados se apoderaban de él.

Cuando se despidió de ella le preguntó:

—¿Cuándo nos vemos de nuevo?

—Tengo una semana cargada de trabajo. Hasta el viernes no estaré libre. Hablamos entonces.

Marcos asintió y la besó mientras le costaba despedirse de ella.

El resto de la semana pasó muy rápido. El viernes casi al mediodía, cuando Sofía ya se marchaba a almorzar y daba por finalizada la intensa semana de trabajo, el detective privado que contrató para que investigase a fondo la vida de su marido le dijo que tenía noticias que darle.

Le entregó un dossier con toda la actividad de Tomás en aquella semana, ella lo leyó con atención y todo era normal; trabajo, comidas y cenas con gente a la que ella conocía, pero lo atípico, y sorprendente, llegó cuando leyó dónde fue su marido la noche anterior. Había una foto de él entrando con su coche en El Castillo, en la que se recogía la hora y otra donde se especificaba la de la salida. Ella recordó que Tomás llegó a casa pasada la una y media de la madrugada.

—¿Sabe qué es ese lugar exactamente? —Estaba claro que el detective lo sabía, pero lo preguntó con cautela.

—Sofía asintió con un nudo en la garganta. Ver la puerta de El Castillo ante sus ojos en aquella foto no dejaba lugar a dudas.

—Su marido es socio de ese club desde hace cinco años, señora. No he podido averiguar más y me temo que no lo haré. Ese lugar está blindado y ninguno de los socios habla de lo que ocurre dentro —le reveló de forma muy profesional.

—¿Cinco años? —Se llevó una mano al pecho y trató de calmarse.

El detective asintió convencido de ello.

Sofía recostó la cabeza contra el sillón que ocupaba y cerró los ojos.

—Muchas gracias —dijo despidiendo al hombre. Cerró el dossier y asintió a modo de terminar aquella reunión. Era incapaz de ponerse en pie.

Cuando el detective se marchó, rompió a llorar. Ya sabía que su matrimonio con Tomás estaba acabado, ¿pero descubrir aquello? Al año de estar casados se asoció a ese club, llevaba cinco años poniéndole los cuernos y ella nunca había sospechado lo más mínimo. Tomás era tan aburrido y correcto en la cama que no se lo imaginaba en El Castillo.

Sumida en la decepción y la vida de mentira que había llevado durante años, se montó en su coche y se marchó a casa. Se metió en la cama y solo deseó llorar y olvidarlo todo. El teléfono le sonó varias veces, era Marcos, pero no le contestó.

Para variar, Tomás no estaba en casa ni tampoco llegó en toda la tarde. A las ocho le dejó un mensaje diciéndole que aquella noche se iba de pesca en el yate de unos amigos y que regresaría al amanecer.

De inmediato Sofía supo dónde estaría su marido en aquella nueva ausencia. Tiró un jarrón del salón, un regalo de bodas de su suegra, y lo hizo añicos en el suelo.

—¡Hijo de puta! —gritó al estrellar contra la pared un marco de fotos de ellos en el día de su boda—. Has logrado sorprenderme cómo nunca hubiese imaginado, pero me la voy a cobrar.

Subió las escaleras, descalza, cogió el teléfono que había dejado sobre la mesita de noche y le devolvió a Marcos la llamada después de comprobar que le había dejado tres mensajes en el contestador, los cuales no escuchó. Tenía algo en mente y necesita que Marcos la ayudase.

—¿Tienes la noche libre? —le preguntó en cuanto él descolgó el teléfono.

—Sí.

—Bien, quiero conocer el club de tu mano. ¿Qué podemos hacer? Me gustaría mezclarme con los demás clientes y conocer las experiencias que se viven allí.

—¡¿Qué?! —Marcos cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿No me digas que tú no lo has probado? —comentó con ironía, sin creerlo.

—Sofía, ¿qué te pasa? Casi aún estás recuperándote de todo lo sucedido entre tú y yo y me pides que te adentre en una sala con otros tíos.

—Curiosidad, pero siempre contigo a mi lado —le propuso—. ¿No te resulta tentador que disfrutemos de esas experiencias que ofrece EL Castillo juntos? —le propuso esforzándose en un tono de voz sensual. Debía convencerlo.

—No —dijo serio y cortante.

—Estoy sola en casa, mi marido no vendrá hasta mañana y se me ocurrió pasar la noche contigo en el club, de una forma diferente —le dijo interpretando una actitud que lo convenciese.

Marcos le colgó sin decirle nada. Sofía tiró el teléfono contra la cama y se metió en la ducha. No se pensaba dar por vencida.

Se vistió con un pantalón de cuero negro, una camisa negra transparente, que dejaba ver la sexi lencería de encaje que llevaba debajo, cogió una chaqueta de cuero y se puso unos zapatos rojos. Se miró al espejo, se repasó los labios del mismo color que los zapatos y cogió el bolso. Sacó el móvil mientras bajaba la escalera y llamó de nuevo a Marcos. No pensaba darse por vencida. Aquella noche estaba decidida a ir a El Castillo y ser una socia más.

—Marcos —dijo con voz desesperada cuando le cogió el teléfono en el quinto tono.

—Ábreme la puerta y hablemos —resonó la voz de él. Era una orden.

—¿Qué? —preguntó descolocada.

—Estoy en la puerta de tu casa, ábreme —ordenó de nuevo con voz seria.

Sin creerlo, Sofía abrió el portón y lo encontró delante de ella.

—¿Qué... qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó mientras iba tras él, que se adentró en la casa como si la conociese.

—Solo tuve que mirar la ficha de tu marido en el club —reveló de frente, desafiante. Con las piernas separada y las manos en la cintura.

—¿Lo sabías? —preguntó con los ojos muy abiertos y la mandíbula casi desencajada, desconcertada, reprochándole aquello—. ¿Lo sabías todo durante este tiempo y no me dijiste nada?

—Lo descubrí por casualidad —reveló con tranquilidad—. La noche que llegaste a El Castillo en taxi y salí a recogerte, tropecé con el todoterreno que habías llevado en otras ocasiones. Lo reconocí e incluso llegué a pensar que me habías mentido y venías conduciendo. Pero descubrí a un hombre dentro. Al día siguiente investigué las cámaras de seguridad y averigüé que pertenecía a un socio llamado Tomás. Recordé una conversación en la que me dijiste que tu marido se llamaba así. Eran demasiadas las coincidencias y ahora, cuando me has llamado desesperada, he comprendido que el detective que contrataste debe haberte dicho dónde va tu marido cuando no está contigo.

Sofía lo miró impresionada. Se quedó callada, procesando toda aquella información y se sentó en el sofá, incapaz de mantenerse de pie.

—Sí —respondió abatida, revolviéndose el pelo—. ¿Es cierto que pertenece al club hace cinco años? —preguntó desesperada.

Marcos asintió en silencio. Era consciente de que aquella información era vital para ella, además, no le estaba proporcionando nada nuevo. Ella ya lo sabía. Fue junto a Sofía, se sentó a su lado y la tomó de la mano.

—Mi vida es un completo desastre —murmuró—. He vivido engañada. Al año de casarnos se hizo socio de ese club...

—¿Nunca te propuso algo así?

—No. Jamás lo hubiese podido imaginar de él. Era un hombre... conservador en la cama —reveló. No quería darle detalles de su vida sexual con Tomás en aquellos años—. Respeto a las parejas que deseen llevar esa vida y acudan juntas a tu club o los matrimonios liberales, pero yo me siento engañada.

—Te entiendo.

—¿Tú... tú...? —Lo miró sin atreverse a preguntarle de forma directa.

—No te voy a negar que he caído en la tentación, en el último mes de mi vida casi he vivido en ese club, pero si tu pregunta es que si estuviese casado acudiría a un lugar así con mi pareja o sin ella la respuesta es no —afirmó rotundo—. No me gusta compartir a mi mujer. Si tengo un compromiso con alguien a quien ame le respeto, al menos que ambos seamos conscientes de tener una pareja abierta, pero entiendo no era el caso con tu marido —añadió.

Sofía negó y respiró un poco más tranquila al conocer un poco más del hombre que tenía al lado. Se lanzó a los brazos de Marcos y se abrazó a él. Necesitaba sentir su calor y su protección. Se sentía perdida.

—Tienes que ayudarme —le rogó al cabo de unos minutos en silencio mientras perfilaba su venganza hacia Tomás—. Mi marido va a beber de su propia medicina. Quiero ser socia de tu club —anunció convencida de ello—. Vamos a firmar ese contrato. —Tiró de su mano poniéndose en pie, decidida y con energía.

Marcos la miró sin comprender qué pretendía. Agarrado de su mano, sin levantarse, la miraba tratando de ver que aquello era una broma, pero en el rostro de ella no existían dudas.

—No —dijo tajante.

—Sí —afirmó como si le diese una orden—. Me lo debes —le rogó, necesitaba que se apiadase de ella—. Te saqué en libertad —le recordó sin escrúpulos. Nunca hubiese deseado poner esa carta sobre la mesa, pero sabía que si no tocaba aquella parte de Marcos él no cedería.

De camino a El Castillo, Marcos conducía, murmuró:

—Aún no sé cómo me has convencido de esta locura. Tendrás que firmar el contrato —le advirtió—. No quiero problemas con mi cuñada, ella es la dueña de la otra mitad del negocio y no podemos hacer excepciones con nadie.

Sofía asintió. Estaba decidida a la misma vez que temblaba por dentro, pero su marido se merecía un escarmiento.

—No te preocupes, sé lo que te juegas. Esto es cosa mía, en ningún momento te involucraré. El único favor que necesito es que mires por las cámaras de seguridad dónde está mi marido, para ir hasta él directamente.

—Sofía... esto no es un juego. No puedes hacerle una escena de celos ni montar un numerito —le recordó.

De repente, ella lo miró sonriente. Una gran idea tomaba forma en su cabeza.

—¿Te prestarías a montar un numerito conmigo? —le propuso decidida.

—¿De qué hablas? —preguntó asustado.

Sofía le contó su idea a la que Marcos se negó de inmediato.

—Bien, lo haré con otro. Seguro que en el club me sobrarán tíos para llevarlo a cabo —lanzó de farol, mientras rezaba por dentro que Marcos aceptase. Sabía que estaba jugando con fuego y esperaba no chamuscarse.

—¡Joder, Sofía! —maldijo con un golpe en el volante. Ella lo miró sonriente y triunfadora, sabía que era su forma de decir sí.

Marcos la llevó hasta su despacho y le puso por delante el contrato que firmaban todos los

clientes del club. Ella lo rellenó y lo firmó decidida y sonriente.

Luego, él sacó dos máscaras de su cajón.

—Toma, pónela. —Ya habían hablado de ello. No irían con el rostro al descubierto.

Ambos lo hicieron, Marcos cogió un ordenador portátil y la tomó de la mano—. Ahora vamos a una de las habitaciones de arriba. Las que usan las parejas, saldremos de allí juntos y volveremos a entrar cuando toda esta locura que tienes en mente pase — anunció resignado a llevarlo a cabo.

Antes de abrir la puerta y salir al pasillo Sofía lo besó.

—Gracias —murmuró sobre sus labios—. Soy consciente de que esto que te pido no es fácil.

—Me lo cobraré. —Marcos le sonrió mientras le daba un toque en la barbilla.

Cuando llegaron a la habitación él conectó el portátil e introdujo las contraseñas para tener acceso a todas las cámaras de seguridad de El Castillo. Comprobaron que el coche de Tomás se encontraba en el lugar donde aparcaban todos los socios, lo buscaron, y al no encontrarlo a primera vista, Marcos puso la grabación desde que llegó al club.

Finalmente lo encontraron en una sala donde aquella noche tenía lugar una orgía y algunos de ellos llevaban máscaras.

Sofía centró la mirada en su todavía marido, y se le revolvió el estómago de todo lo que vio que sucedía alrededor y él se disponía a hacer. No era fácil presenciar aquello.

—¿Lista o te has arrepentido? —preguntó Marcos esperanzado en lo último.

—Lo voy a hacer, lo vamos a hacer. —Trataba de convencerse a sí misma.

—Bien, lo haremos de la siguiente forma. Tú entrarás primero en esa sala, te relacionarás un poco y luego entro yo. Iré directamente a por ti.

—No tardes mucho, por favor —le rogó—. Si alguien intenta... Yo no estoy hecha para esto. No podría... hacerlo sin ti —le confesó algo alterada.

—No dejaré que nadie te ponga una mano en encima. Te lo juro.

Sofía se abrazó a él, agradecida.

—Necesito una copa —dijo antes de marcharse. Se tomó un trago de whisky y dejó que el alcohol bajase. Necesitaba relajarse un poco.

—Quédate en ropa interior, con la camisa que llevas abierta estarás bien —le aconsejó Marcos.

Sofía se deshizo de los pantalones y abrió los botones. Marcos fijó la mirada en la sexi lencería que llevaba y en su cuerpo, lo volvía loco.

—¿Cómo irás tú? Para reconocerte —preguntó mientras repasaba el plan en su mente.

—Yo te encontraré.

Sofía asintió y salió primero de la habitación, confiaba en él. Con paso lento e inseguro se dirigió hacia el lugar donde se encontraba su marido.

Cuando llegó a la sala, entró y se quedó paralizada. Había más de doce personas, hombres y mujeres. Sentados, de pie... bailaban, bebían mientras otros tenían sexo y se besaban. La música sonaba alta, algo que agradeció. De inmediato se dirigió a servirse una copa y localizó a Tomás. Estaba tumbado sobre unos cojines mientras una mujer paseaba sus manos por su abdomen mientras hablaban y sonreían.

Sofía dedujo que pronto pasaría a la acción con ella. La mujer sí llevaba una máscara roja. Tomás iba con el rostro al descubierto.

De repente, alguien le acarició las nalgas y se sobresaltó. Se aterrorizó cuando vio que no era Marcos. Se trataba de una mujer. Con confianza la tomó de la mano y la acercó hacia el lugar donde estaba Tomás.

Sofía no sabía qué hacer. Estaba nerviosa. Pese a llevar el rostro cubierto, temía que su marido reconociese su cuerpo. Ella odiaba los tatuajes, nunca se hizo uno, por ese aspecto Tomás jamás la hubiese reconocido.

—¿Te quiere unir? —le preguntó la mujer que aún la llevaba tomada de la mano, que miraba hacia Tomás mientras este besaba los pechos de la otra mujer recostada entre cojines a su lado.

Agobiada, Sofía sintió que no podría soportar ni un minuto más allí sola. No sería capaz.

Cuando Sofía iba a salir de allí corriendo, un brazo la tomó por la cintura con fuerza y lo impidió. Unos labios posesivos de apoderaron de su boca y reconoció a Marcos. Su cuerpo se relajó y supo que estaba segura.

Él la sentía temblar. Le paseó las manos por la espalda y el abdomen y trató de concentrarla en sus caricias. Pasados unos minutos, consiguió lo que pretendía. Tenía a Sofía pegada a él, entregada, encendida y relajada.

Tomás disfrutaba de las atenciones de dos mujeres mientras que no le quitaba la vista a la pareja recién llegada. El cuerpo de aquella morena, nada más entrar en la sala, lo hizo palpar.

Cuando Marcos interrumpió el beso, Sofía lo miró sofocada y jadeante.

—Bien, así te quiero. Esa es la actitud en este lugar —le susurró en el oído mientras ella paseaba las manos por su torneado pecho.

Lo miró y le dedicó media sonrisa al verlo descalzo, con unos calzoncillos negros y una bata negra de seda abierta. Miró su rostro cubierto por una máscara negra que solo dejaban al descubierto sus ojos verdes y sus labios y lo besó de nuevo, entregada y dispuesta en aquel juego que había conseguido encenderla.

En un movimiento rápido, Marcos la colocó de frente a Tomás. Pegó la espalda de Sofía a su pecho, le quitó la camisa, se deshizo del sujetador de ella, dejándolo caer al suelo sin miramientos y le masajeó y torturó los pezones frente a su marido, que no les quitaba la vista de encima mientras una de las mujeres que lo acompañaba se introducía su miembro en la boca y la otra lo besaba en el abdomen.

Una mano de Marcos se introdujo dentro de las bragas de Sofía y la tocó, torturándola con extremada habilidad, mientras que con la otra no dejaba de pellizcarle los pezones, con ello consiguió que Sofía se corriese frente a su marido sin poder parar lo que Marcos le provocó de forma intencionada.

El fuerte pecho de Marcos la sujetó hasta que recobró el sentido y las fuerzas. Sentía la potente erección de él contra su trasero, pero también sentía la mirada lasciva de su propio marido recorriéndole el cuerpo y atento a sus reacciones. Le había gustado lo que vio. Aquella mirada lujuriosa y de deseo posada sobre ella, una desconocida en aquellos momentos, le revolvió el estómago. Nunca la había mirado así en años de relación.

De repente, Sofía le sonrió a Tomás mientras llevaba las manos hasta su máscara, se la arrancó con ganas y se quedó mirándolo de frente. Desafiante, esperando su reacción.

Su marido se quedó blanco, apartó de su lado a las dos mujeres que lo colmaban de atenciones y se puso de pie, medio tambaleándose, desnudo, en dirección a Sofía. La miraba como si fuese un fantasma.

Ella no se movió de donde estaba. Marcos permanecía tras ella y la sujetaba con fuerza con la cintura, aparentaba estar ajeno a lo que allí se acababa de destapar, al mismo tiempo que impedía que Sofía se acercase a Tomás y montase un escándalo.

—¡Sofía, eres tú! —dijo Tomás, asustado. Le temblaba la voz.

—Al parecer nos gustan las mismas cosas y no lo habíamos puesto en común —comentó con ironía—. Qué coincidencia y gran sorpresa encontrarte en este lugar. Ya me habían dicho que era el mejor de todos.

Tomás la taladraba con la mirada. Sofía se mostraba altiva y desafiante, en parte porque sentía a Marcos cerca de ella. Este no dijo nada, limitándose a contemplar la escena con ojos de

desconcierto, ya que el rostro lo llevaba medio cubierto y Tomás no sabría que era el dueño de aquel sitio.

Con la respiración agitada, a punto de darle un infarto, el juez salió corriendo de aquel lugar. La impresión de ver su mujer allí lo descolocó por completo. Nunca lo hubiese imaginado.

—¿Satisfecha? —murmuró Marcos en su oído cuando Tomás desapareció.

Sofía se revolvió entre sus brazos y lo miró a los ojos, ajena a su semi desnudez y a todas las personas que los rodeaban.

—No. No hasta que me folles duro. —Nunca se hubiese imaginado pidiéndole aquello a un hombre con el que apenas tenía confianza, pero Marcos sacaba a una Sofía desconocida para ella misma y en aquellos instantes el deseo la consumía por dentro. Necesitaba que apagara el fuego que la consumía por dentro.

Con una gran sonrisa, Marcos la tomó de la mano y comenzó a caminar.

—Vamos, aquí no. Tú eres mía en exclusiva. —Tiró de su mano con paso ligero y la llevó hasta la habitación donde habían estado antes.

Sin mediar palabra, en cuanto la puerta se cerró tras ellos, se arrancaron la poca ropa que llevaban encima y dieron rienda suelta a todas las ganas y pasión que los consumía.

—Dios, Marcos, yo nunca había sido así antes —confesó Sofía tumbada sobre él, estaban en el suelo, no pudieron llegar ni a la cama.

—¿Así como? —preguntó con una sonrisa mientras le acariciaba los labios, perdido en ella y en su belleza.

—Nunca me habían consumido las ganas, como me pasa cuando te tengo cerca —reveló—. Nunca había sido así, yo no era de mucho sexo duro, pero contigo... todo es tan diferente... Siento que me haces el amor a la misma vez que me follas. Haces que me sienta única y especial. Solo tú eres capaz de provocar que me olvide de todo y estar aquí tan relajada, cuando en realidad tendría que estar pidiéndole el divorcio a mi marido.

Una enorme sonrisa se esbozó en la boca de Marcos cuando escuchó que pensaba divorciarse. Sofía se había convertido en la mujer más importante de su vida y le agradaba no compartirla más con otro hombre.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Marcos con interés.

—Empezar una nueva vida —manifestó con energía y decisión.

—Y en esa nueva vida... ¿hay un hueco para mí? —preguntó serio.

Sofía no supo con qué intenciones le hizo aquella pregunta. Lo miró y sintió que no quería dejar de verlo, en poco tiempo Marcos había conseguido ser el centro de su vida y cambiar muchas cosas.

—Sí —respondió mientras lo besaba, pero no le especificó nada más. Le gustaba acostarse con él y disfrutar juntos, por ahora se conformaría con ello.

Marcos la arrastró hasta la cama y le demostró con paciencia y ternura cómo podría ser su nueva vida si no lo sacaba de ella.

Sofía apareció en su domicilio conyugal a la mañana siguiente. Marcos insistió en entrar con ella y acompañarla a recoger sus cosas, pero ella lo convenció de que aquello era algo que tenía que hacer sola.

Cuando entró en casa, encontró a Tomás dormido en el salón. Este abrió los ojos en cuanto escuchó la puerta. Se levantó y se dirigió hasta ella.

—Ahórrate las explicaciones —dijo Sofía alzando una mano en señal de que se detuviese—. Quiero el divorcio.

Pasó por su lado y comenzó a subir las escaleras.

—La muy zorra de tu amiga es la que te lo ha dicho, ¿verdad? Que se prepare porque pienso demandarla —bramó Tomás.

Las palabras de su marido paralizaron a Sofía. Se dio media vuelta muy despacio y comenzó a descender.

—¿Qué?! —preguntó sin saber a qué amiga se refería.

—Mónica. Ha sido ella, ¿verdad? —Sofía lo miró con los ojos muy abiertos, desde que supo que su marido frecuentaba aquel club no cayó en que Mónica le dijo que ella había estado allí con una pareja.

—¿Qué hijo de puta! —bramó—. ¿Mónica lo sabía? ¿Ella te vio allí? —preguntó en tono acusatorio.

Tomás la miró sin saber por dónde le venían los palos. Por la cara de su mujer, se acababa de enterar de que su mejor amiga conocía que él era socio de El Castillo.

—¿Cómo lo has descubierto sino? —preguntó confuso.

—La noche de tu cena con los jueces. Me encontré en un bar de copas con tus amigos —enfaticó estas dos últimas palabras— y me pusieron al tanto de que hacía años que no asistías a esas cenas porque preferías pasar las noches con tu mujer. Te puse un detective privado. En el informe de tu seguimiento me entregó fotos en las que salías y entrabas en ese sitio con frecuencia. Me informé de dónde ibas —mintió, no deseaba exponer a Marcos, ya que Tomás no sabía de la relación laboral de ella con el dueño de El Castillo, ellos nunca hablaban de trabajo—, descubrí qué se hacía allí, me inscribí como socia y decidí ir a probar lo que tanto le gustaba a mi marido y lo retenía tanto tiempo alejado de mí. Ahora comprendo tus pocas ganas siempre en la cama —le reprochó con dureza—. Casi te tenía que rogar en mis días fértiles para que hiciésemos el amor. Doy gracias por no haber quedado embarazada y no haya un hijo de por medio. No quiero que nada me una a ti nunca más —le gritó.

—Sofía... —Le extendió una mano para detenerla.

—Sofía nada, se acabó. Ahora podrás llevar la vida que te gusta sin mentiras.

—Yo te quiero.

Ella soltó una fuerte carcajada.

—Tú solo te quieres a ti mismo. Me ha costado darme cuenta de que nuestro matrimonio estaba acabado hacía tiempo, pero ahora lo veo con claridad. Ya no te quiero. Voy a recoger mis cosas.

Se dio media vuelta y subió hasta la habitación y comenzó a llenar una maleta de ropa.

Tomás no fue tras ella, la conocía bien y cuando Sofía tomaba una decisión la llevaba a cabo.

Sofía salió de su casa sin decirle adiós a Tomás. Él, con un vaso de licor en las manos, observó como perdía a su mujer, pero no pensaba en ella como persona, sino como el estatus que le proporcionaba dentro de su círculo social estar casado con una importante abogada como era Sofía Ortiz.

Sofía arrancó el coche y se dirigió a casa de Mónica a gran velocidad, pero no para quedarse allí con ella, sino para reprocharle todo lo que llevaba por dentro.

—¿Tú te llamas mi amiga? ¿Cómo podías mirarme a la cara a diario sabiendo lo que sabías de mi marido y yo ignoraba? —le reprochó con dureza mientras pasaba por su lado como un huracán.

Mónica se quedó pegada a la puerta, incapaz de reaccionar.

Sofía no le había contado que el detective ya le había dado información sobre su marido, pero Mónica no podía hacer nada mientras. Solo esperar que aquella noticia se la diese alguien ajena a ella y que su amiga nunca se enterase de que era conocedora de aquella faceta de su marido.

—No podía hacerlo —lamentó apenada. Cerró la puerta y fue hasta ella con un gran sentimiento de culpabilidad.

—¿No podías hacerlo?! —le gritó fuera de sí, sin entenderlo. Para ella la amistad y la lealtad estaban por encima de todo.

—No, sabes que no. Tú misma has visto esos contratos, eres abogada —le gritó—. Si te decía que vi a Tomás allí incumplía con lo que había firmado. Tienes que entenderme —le rogó desesperada.

—No me pidas eso en estos momentos. Mi vida se ha venido abajo. La persona con la que llevo casada seis años no es quién yo creía, y tú, una de mis mejores amigas, lo sabías —le reprochó dolida.

—Solo desde hace un año —aclaró en su defensa.

—Da igual —lamentó Sofía con lágrimas en los ojos.

Mónica intentó abrazarla, pero ella no lo permitió. Se alejó y se marchó rota de dolor.

Cuando se montó en el coche pensó en ir a casa de Natalia o Lidia, pero no le apetecía, Mónica hablaría con ellas y no tenía ganas de sermones.

Suspiró tras cerrar la puerta del vehículo y apoyó la cabeza en el asiento, con los ojos cerrados. Agotada. Apenas había dormido y necesitaba descansar.

De repente, en su mente apareció la visión de Marcos. Sintió que solo lo necesitaba a él. Refugiarse en su pecho y cerrar los ojos sabiendo que estaba ahí rodeándola con sus fuertes brazos.

Decidida, lo llamó, cuando ya iba a cortar, él atendió el teléfono con voz somnolienta.

—Sofía, perdona. No escuché el teléfono antes.

—Perdón si te he despertado. No debí...

—Sí, sí debiste. ¿Qué sucede? ¿Cómo fue todo con tu marido?

—Me he ido de casa —reveló en un medio susurro.

—Bien. ¿Necesitas algo?

—Te necesito a ti, Marcos —confesó con un nudo en la garganta.

—¿Dónde estás en estos momentos? —se interesó.

—Montada en mi coche. No sé dónde ir. Estoy un poco perdida —confesó agobiada.

—Ven a mi casa —le ofreció sin pensarlo—. Te envié la ubicación. No acepto un no por respuesta —añadió rotundo.

Sofía no pensaba negarse.

—Vale —aceptó de inmediato.

En el rostro de Marcos se dibujó una sonrisa mientras ella arrancó el coche para dirigirse a la

dirección que le había enviado por WhatsApp.

Cuando Sofía llegó a la casa de Marcos, un piso normal y corriente, de unos sesenta metros cuadrados, decorado había veinte años, él la recibió descalzo, con los vaqueros a medio abrochar y una camiseta blanca mal puesta y arrugada. Saltaba a la vista que acababa de colarse todo aquello para recibirla.

Antes de ello había intentado adecentar la casa un poco, lo tenía todo por medio y casi nunca se paraba a limpiar, contaba con poco tiempo en su vida diaria y no pasaba mucho tiempo allí. Cuando tenía demasiado trabajo se quedaba a dormir en el apartamento del club.

—Bienvenida a mi humilde morada. No es gran cosa ni está muy ordenada. Te pido disculpas por ello.

Sofía se lanzó a sus brazos. Solo necesitaba refugiarse en ellos.

Marcos la estrechó fuerte contra su pecho, le besó el cabello y fue con ella hasta el salón.

—Te ves agotada —apreció al levantarle la barbilla y ver las pronunciadas ojeras que tenía.

—Hace dos días que no descanso —murmuró con un leve hilo de voz.

Marcos le depositó un suave beso en los labios y la arrastró junto a él a la habitación. La cama de matrimonio estaba deshecha, era obvio que él dormía ahí.

—¿Te apetece dormir conmigo? —le ofreció sonriente.

—Es el mejor plan que me han propuesto en mucho tiempo. —Le acarició la mejilla con cariño.

—Ya me encargaré yo de mejorar eso —prometió sonriente. Sofía no pudo evitar que se le acelerase el corazón.

Ambos se quedaron en ropa interior y se metieron en la cama. Sofía se acomodó entre los brazos de Marcos y se sintió en la gloria. Deseaba quedarse allí por mucho tiempo.

Tras doce horas de sueño profundo, Sofía al fin abrió los ojos. Intentó hacerlo en tres ocasiones, sentía a Marcos cerca, en la dos últimas la observaba con una sonrisa en los labios, pero ella sentía un peso demasiado grande en los párpados y era incapaz de abrir los ojos.

—Buenas tardes, dormilona —anunció Marcos. Estaba a su lado, recostado en la cama, se apoyaba en el codo mientras la miraba con atención.

Sofía observó que tenía el pelo mojado y olía a limpio. Miró la camiseta gris de pico que se ajustaba a su pecho y clavó la mirada en su musculoso cuello, aquel hombre era perfecto. Con solo mirarlo el deseo se le despertaba. Desde que lo conoció sintió una atracción tan fuerte que ella misma trató de negar, pero ya no lo hacía. Estaba decidida a vivir aquella aventura con aquel hombre que le hacía ver todas las estrellas del universo.

—¿Qué hora es? —preguntó restregándose los ojos mientras se acomodaba y colocaba bien el pelo.

—Las siete de la tarde.

—¿Qué? ¿He dormido doce horas seguidas? —preguntó asombrada. Recordaba haber llegado casi a esa hora el día anterior.

—Sí. No te quise despertar, dormías como un bebé. —Sofía se lo agradeció con una sonrisa mientras lo miraba con un brillo especial en los ojos—. Pero ahora debes levantarte, darte una ducha y comer algo. Estás más delgada.

—Debería pensar dónde quedarme de ahora en adelante. No tengo casa. —Se tapó los ojos y la realidad de su vida volvió para atormentarla.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, vivo solo. La casa no es gran cosa, era de mi madre, pero está a tu disposición.

—Gracias, eres muy amable. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Pero debo

buscar un piso de alquiler. Me fui de mi casa para siempre.

—¿Una amiga, familia...? —sugirió él. Por alguna extraña razón necesitaba conocer mucho más de ella.

—Mi familia no vive aquí y me habría ido a casa de Mónica si no me hubiese traicionado y en estos momentos ya no la considerase mi amiga.

Marcos hizo memoria y la recordó el día que tomaron unas copas en el bar junto con Héctor.

—¿Traicionado? —preguntó interesado.

Sofía se sentó en la cama, cuando fue consciente de que estaba en ropa interior se tapó con el nórdico mientras Marcos le dirigía una sonrisa pícaro en la que le decía que ya era tarde para aquello entre ambos, había visto y disfrutado de mucho más.

—Mónica era socia de tu club y sabía que Tomás iba allí y yo lo ignoraba.

Marcos la miró asombrado.

Ella lo acusó con la mirada.

—No conozco a todos los socios, no sabía que la mitad de tu círculo frecuentaba mi club —comentó con una sonrisa, tratando de darle ánimos.

—No tiene gracia. Ahora mismo mi vida está destrozada. Me voy a divorciar y he perdido a mi mejor amiga.

—¿Yo no ayudo a mejorarla ni un poquito? —Se acercó a ella de forma peligrosa y le besó el cuello.

—Tú haces que me olvide de todo y me sienta viva.

—Ya es algo.

—Gracias, Marcos. Sé que aún no te las he dado por todo lo que has hecho por mí. Soy consciente que pedirte que me dejaras entrar en tu club como socia y prestarte a acompañarme no fue fácil.

—Fue lo más difícil a lo que me he enfrentado en los últimos tiempos —reveló—. Todos aquellos hombres, devorándote con la mirada tu cuerpo semidesnudo —murmuró con pesar. Cerró los ojos y suspiró.

—Deberías estar acostumbrado.

—Sofía, hay algo que deberías tener claro —le dijo serio—. He heredado el club, pero hasta ese día, nunca antes había pisado uno similar. Me gusta el sexo, muchísimo —confesó sin tapujos—, pero cuando una mujer me interesa de verdad, la quiero para mí. Disfrutarla en exclusiva. Me molesta que otros la miren o tengan fantasías con ella. No me gusta compartir —le dejó muy claro.

—Pero has disfrutado de tu club —afirmó segura de ello.

Marcos asintió, no pensaba ocultárselo.

—Es lo que tenía más a mano. Me he llevado siete largos años en prisión.

—No lo entiendo.

—Es muy fácil. Con otras mujeres no me importa. Ellas no significan nada, es solo sexo, diversión y placer. No las conozco. Tú eres diferente. —Le acarició la mejilla y sintió cómo se tensaba.

Sofía se quedó callada, ¿qué le estaba diciendo Marcos? ¿que ella le importaba? Decidió no indagar en el tema. Su vida en aquellos momentos era un caos y no necesitaba añadir nada más. Las cosas estaban bien con Marcos por ahora sin necesidad de profundizar en ningún aspecto.

—Creo que debería marcharme. —Comenzó a levantarse y a vestirse.

—Es tarde, ¿dónde vas a ir a estas horas? Quédate. Date una ducha mientras te preparo algo de comer —le ofreció mientras ella lo miraba parado a su lado, con ambas manos metidas en el

pantalón de chándal azul.

—Está bien —aceptó. Sintió que el estómago le rugía y se moría por refrescarse, necesitaba despejarse por completo—. Tengo las maletas en el coche. Debería bajar a coger algo de ropa.

—Yo lo haré. Dame las llaves y traeré tus cosas mientras te das un baño.

—Gracias. Las llaves están en mi bolso... No sé dónde lo dejé.

—Está en el salón.

—No subas todo lo que hay en el maletero. En la maleta roja está solo lo que necesito.

Marcos asintió, le abrió la puerta del baño y le encendió la luz.

—Ahí tienes toallas limpias. —Le indicó una estantería—. No tardo. —Enredó sus dedos en su cabello desmarañado, lo acarició y se marchó tras darle un suave beso en los labios, apenas se los rozó, pero consiguió dejarla con ganas de mucho más.

Sofía se desnudó y se metió en la ducha. Dejó que el agua corriese por su cuerpo mientras trataba de ordenar todo lo que bullía en su mente. Tenía demasiados frentes abiertos: un divorcio, una amistad rota y un hombre que despertaba en ella sentimientos que desconocía hasta el momento y le asustaban.

Cuando Marcos regresó con la maleta que le indicó Sofía y con la cena que había comprado en el bar de la esquina, se encontró con que ella aún estaba bajo la ducha. Entró en el baño sin llamar y admiró su silueta tras la cortina. En un impulso la abrió con ímpetu y Sofía dio un sonoro grito.

Marcos le colocó una mano en la boca, decidido, se metió bajo la ducha con ella, vestido, solo se molestó en descalzarse, y se apoderó de su boca con ansia. Sofía se fundió contra su ropa mojada y le devolvió el beso con las mismas ganas que él.

—Tenerte cerca me calienta, no me pude resistir —justificó aquella intromisión—. Después de toda una noche a tu lado, rozando tu cuerpo y tu hermosa piel... Siento que voy a explotar —confesó él entre ardientes besos.

Sofía le quitó la camiseta mojada, necesitaba pasear las manos por su cuerpo, tocar su piel. Marcos era tan ancho y tan alto que le hacía sentir muy pequeña a su lado, y cuando le acariciaba los músculos sentía que eran de acero. Aquel hombre irradiaba tal magnetismo que la derretía con su sola presencia, no le hacía falta que la mirase directamente, mucho menos que la tocara. Pero cuando eso sucedía, ella no era dueña de su cuerpo. Este se entregaba por completo a Marcos Luna.

—Yo también te deseo —le reveló entre jadeos, con urgencia. Necesitaba que la hiciese suya, sentirlo como una parte de ella.

Cuando Marcos se quedó completamente desnudo la empujó contra los azulejos del baño y se hundió en ella de una forma exquisita, haciéndola gemir y perder la razón cada vez que entraba y salía con fuerza de ella hasta que ambos estallaron en un devastador orgasmo.

Tras recuperar el aliento, con mimo, Marcos la ayudó a enjabonarse y le lavó el pelo. Sofía se dejó hacer mientras lo admiraba, nunca nadie había hecho algo así con excepción de su madre cuando era pequeña.

Ella le devolvió el gesto. Lavar aquel magnífico cuerpo le pareció un verdadero placer. Marcos la miraba sonriente, se dejaba hacer mientras Sofía recorría algunas partes de su cuerpo cohibida.

—Deberías estar ya acostumbrada —le dijo con una amplia sonrisa, disfrutaba del espectáculo.

—Eres incansable —le susurró mientras las mejillas le ardían al admirar su enorme erección.

—Tenerte cerca lo provoca, suele ser mi estado. Ya deberías saberlo —murmuró contra su oído mientras la abrazaba y le recorría la espalda con sus amplias manos.

Sofía le dirigió una mirada hacia su miembro erguido y se mordió el labio. Ni en sus mejores sueños eróticos, jamás llegó a imaginar a alguien como él.

Paseó las manos por su duro abdomen, en el pecho no tenía ningún tatuaje, algo que agradeció, era demasiado hermoso como para taparlo, bajó hacia su miembro y lo tomó entre sus manos. Marcos cerró los ojos y dejó que aquella espectacular mujer hiciese el resto. Arrodillada ante él, cayéndole el agua sobre el rostro y haciéndole ver las estrellas con su maravillosa boca.

Mientras cenaban, les habían dado las nueve de la noche entre una cosa y otra, Sofía no paró de elogiar el simple pollo en salsa, las jibias fritas y la ensaladilla de gambas que Marcos había comprado.

—Es lo mejor que he probado en mucho tiempo. —Se relamía los dedos, había perdido todo el decoro y se comió las alitas de pollo con las manos.

—Tú sí que eres lo mejor que he probado en mucho tiempo. ¿Sabía que usted crea verdadera adicción, señora abogada? —murmuró Marcos mientras le tomaba la mano y se metía sus dedos en la boca, a modo de limpiarlos.

Sofía sintió una corriente eléctrica por todo su cuerpo y no supo si la produjeron sus palabras o el simple gesto de sentir el calor de su boca en su piel.

—Lo mismo digo, señor Luna. Me declaro adicta a sus besos, a su cuerpo y a hacer el amor con usted. —Le dedicó una sonrisa traviesa—. Yo nunca había sido así, me gusta el sexo, como a la mayoría de los mortales, pero contigo... Tú sabes sacar mi lado más salvaje, a tu lado ardo en llamas como no he sentido nunca antes.

Marcos le dedicó una amplia sonrisa mientras el pecho estaba a punto de estallarle ante aquella revelación.

—Ven, he traído el postre. Espero que te guste.

La tomó de la mano y la llevó hasta el sofá. Él desapareció en la cocina y cuando volvió lo hizo con una tarrina de helado, de vainilla y chocolate.

Cuando Sofía lo vio se le hizo la boca agua, eran sus sabores favoritos. Hacía muchísimo que no comía helado, miró a Marcos agradeciendo de forma infinita aquel postre.

Él metió la cuchara en el tarro, a Sofía le llamó la atención que solo trajese una, sacó un poco y le dio a probarlo. Ella abrió la boca y lo recibió mientras que lo degustaba con los ojos entornados.

—Espero que el postre no te enfríe —murmuró Marcos con una amplia sonrisa, parado delante de ella con el tarro en una mano y la cuchara en la otra. Dispuesto a darle más.

—Todo lo contrario. Te estaré agradecida eternamente por este super detalle.

—Ya veo que se te conquista con la comida, no con flores y corazones —comentó Marcos sonriente.

—Un poco de todo.

—Tomo nota.

Se sentó al lado de ella, volvió a introducir la cuchara en el helado y cuando se lo iba a ofrecer a Sofía cambió de opinión y se lo comió él. Esto provocó una enorme risa en ambos, en la que ella le arrebató el tarro, Marcos le negó la cuchara y terminó comiéndose el helado con los dedos bajo la atenta mirada de él, que la devoraba al mismo tiempo que sentía mil mariposas en el estómago.

Sofía le ofreció un poco de helado en su dedo, ya un poco derretido, y Marcos no dudó en metérselo en la boca y saborearlo mientras despertaba en ella mil sentimientos a la vez.

Entre risas y juegos, terminaron con el tarro entero, tumbados en el sofá, abrazados con la televisión de fondo.

—Gracias por estos momentos. Si no llega a ser por ti estaría sumida en la más desoladora de las tristezas.

—Es un placer —reveló Marcos mientras le acariciaba el abdomen.

—No quiero que mañana sea lunes —lloriqueó Sofía como una niña pequeña—. Deseo quedarme en esta burbuja contigo —manifestó en voz alta casi sin darse cuenta—. No quiero enfrentarme a Mónica mañana, en el bufete ya nada será igual entre nosotras.

—¿Aún no has superado eso? —Marcos se incorporó y la miró bien. Sofía se encogió de hombros—. Por favor, tú mejor que nadie conoces el contrato que se le pone por delante a un socio de El Castillo. Mónica es tu mejor amiga, pero hizo lo que debía.

—¿La estás defendiendo? —Se separó de su lado y lo acusó con la mirada.

—No la defiando, veo la realidad. Ponte en su lugar por un momento. Estoy seguro de que ha

sufrido más que tú durante todo este tiempo desde que lo descubrió.

Sofía se quedó callada. No había valorado esa perspectiva. Permaneció en silencio y recordó todas las veces que Mónica le dijo que su matrimonio con Tomás estaba acabado. En más de una ocasión la animó a dejarlo y divorciarse. De forma implícita, sí se lo dijo, y hasta ese momento, con la ayuda de Marcos, no lo vio con claridad.

—¡Joder! Qué tonta he sido —se lamentó mientras se tapaba los ojos y su extensa y larga melena le caía sobre el rostro.

Marcos fue hasta ella y la abrazó.

—Ya mañana tendrás tiempo de reconciliarte con ella.

Sofía lo miró esperanzada en ello.

—Un problema menos, ahora solo me queda encontrar un sitio para vivir y arreglar mi divorcio.

—Puedes contar conmigo para todo lo que necesites —le ofreció con sinceridad.

—Gracias. —Lo miró a la misma vez que lo admiró y lo besó.

Fue un beso lento y pausado, saboreándolo, al mismo tiempo que le agradecía todo lo que había hecho por ella. De alguna forma, Marcos Luna también le había devuelto la libertad.

El lunes, por la mañana temprano, cuando Sofía llegó al bufete, Mónica la esperaba en su despacho. Ambas amigas hablaron largo y tendido y resolvieron todas sus diferencias. Finalmente se abrazaron y se besaron, más amigas y cómplices que nunca. Para remediar un poco la situación, Mónica se ofreció para llevarle el divorcio con Tomás.

Aquel día Tomás se puso en contacto con su todavía mujer y le manifestó que no pondría objeciones a las condiciones del divorcio. Dividirían los bienes al 50% y dirían a todos que se separaron porque el amor se había acabado, pero pactaron llevarse bien, de forma cordial en público.

Para gran sorpresa de Sofía, Tomás le dijo que abandonaba el domicilio conyugal dejándole la casa a ella. Algo que Sofía aceptó de buen grado, consideraba que era una forma de reparar todo el daño que le había hecho en aquellos años, mintiéndole como lo hizo.

Tras un día infernal, Sofía volvió a casa de Marcos, donde se estaba quedando, a pesar de que Mónica le había ofrecido su casa, hasta que volviese al día siguiente de nuevo a su chalet. Tomás iba a recoger todas sus cosas aquella noche y ella prefería llegar cuando él ya no estuviese, ni nada que le perteneciese.

Cuando Sofía abrió la puerta, con el juego de llaves que Marcos le había entregado, se paró en seco. Miró bien el lugar y luego sonrió.

Marcos la esperaba sentado a la mesa, pero... ¡qué mesa! La había colocado en el centro del salón, con un mantel rojo, velas y una exquisita comida que le llamó la atención en cuanto dio un paso para adentrarse en la casa. Langostas, caviar, ostras y sushi llenaban una mesa de la que se le antojaba todo, incluido su anfitrión que la recibió con una enorme sonrisa, extendiéndole la mano al levantarse para recibirla como se merecía.

—¿Y esto? —preguntó asombrada.

Marcos le depositó un beso en los labios. La había extrañado durante todo el día.

—Te debía una cena así. ¿Recuerdas en nuestra primera charla, cuando me dijiste que me ibas a sacar de la cárcel? —Sofía asintió algo confusa—. Te dije que si lo conseguías te invitaría a la mejor cena de tu vida.

Sofía soltó una carcajada al recordarlo. Nunca olvidaría la actitud chulesca y poco confiable con la que la recibió Marcos en prisión.

—Yo creo que aquel día no te gustó que una abogada llevase tu caso, no confiabas en mí —rememoró colgándose de su cuello mientras lo miraba sonriente.

—Encontré un grave problema en ti —reveló serio.

—¿Cuál? —preguntó con sumo interés.

—Me gustó más la mujer que la abogada —murmuró con una sonrisa pícaro mientras paseaba las manos por su cuerpo. Cada curva de Sofía lo volvía loco. Ya las conocía a la perfección—. Sin embargo, yo creo que a ti te asusté.

—Un poco —reconoció con una carcajada sin apartarse de él.

—¿Qué impresión te di? —se interesó.

Sofía se tomó unos segundos antes de responder, se hizo de rogar.

—La de un niño chulo. Prepotente, creído, altivo, con los brazos tatuados...

—¿No te gustan los tatuajes? —preguntó con interés a la misma vez que le mostraba una enorme sonrisa. De todo lo que le había enumerado era lo único que no podía cambiar o convencerla de lo contrario.

—No especialmente. No soy de las mujeres que ven a un tío tatuado y se les caen las bragas —le explicó con sinceridad.

—¿Y con qué se le caen a usted las bragas, abogada? —La pegó más a su cuerpo y se lo susurró de forma provocadora en el oído.

—Solo con tus tatuajes —confesó mientras le acariciaba la nuca y se acercaba para besarle.

Sofía disfrutó de la cena y de todos los manjares que había en ella hasta reventar. Hacía tiempo que no recordaba comer tanto y disfrutar como una niña mientras lo hacía. Marcos la admiró mientras se metía cada bocado en la boca. Verla comer con aquel apetito le resultó algo muy estimulador.

—Espero que hoy no hayas comprado helado porque estoy llena —comentó Sofía tras finalizar con la tercera copa de vino blanco de la noche.

—No, he comprado bombones y champán. Los tengo en el frigorífico —anunció recostado sobre la espalda de la silla, relajado, admirándola.

—¿Pero tú quieres que engorde? —preguntó sonriente y saciada.

—Yo quiero verte disfrutar siempre. No sabes lo sexi que estás cuando te miro y compruebo que estás completamente saciada y yo soy el responsable de que te sientas así.

—¿Tengo el aspecto de estar completamente saciada? —preguntó con coquetería, inclinándose sobre la mesa de forma sugerente.

—Casi —murmuró sin alterarse aparentemente, pese a su cuerpo ya haber despertado. Observar cómo Sofía se quitaba los botones de la camisa con lentitud y asomaba el canalillo le aceleró el pulso—. Tras el postre que te tengo preparado lo estarás por completo.

Se levantó con paso seguro y ligero y volvió con una botella de champán y una caja de bombones.

—Has olvidado las copas —le hizo ver Sofía.

—Nada de copas. A la cama —ordenó con voz seria—. Te quiero desnuda allí de inmediato. Muero por comerme mi postre. —La devoró con la mirada y en ese momento Sofía sí sintió que se le caían las bragas.

Arrastró la silla, se levantó y lo obedeció en silencio.

Marcos la dejó pasar antes que él a la habitación y observó con ojos hambrientos cómo se desnudaba. Lo hizo de forma sensual, provocándolo y con movimientos estudiados.

Alejado de ella, no quería alterar los planes que tenía para aquella noche, la miró con la respiración alterada y la polla dura.

—Túmbate en la cama, boca arriba —le indicó en tono mandón, sin acercarse.

Sofía le obedeció dedicándole una sonrisa. El vino que había bebido en la cena la tenía achispada.

—Voy a coger frío —se quejó retorciéndose en la cama cuando vio que no se acercaba de inmediato.

—No te quepa la menor duda de que yo te calentaré. —Se acercó, depositó la botella en la mesita de noche junto con los bombones. Se deshizo de la camiseta negra que cubría su torso y le mostró su impresionante cuerpo. Los ojos verdes de Marcos desprendían fuego mientras la devoraba.

Sofía se sentía necesitada, se movía incómoda tratando de que se acercase y calmase su estado.

Tomándose su tiempo, Marcos abrió la botella y la caja de bombones, cogió uno y lo depositó en el vientre de Sofía. Ella lo sintió frío y comprendió porqué lo tenía en el frigorífico. De inmediato, el chocolate comenzó a fundirse en su piel, ella ardía.

Marcos colocó otros dos bombones en sus pechos. La admiró, le resultó exquisita en aquella posición, le dio un trago al champán, pero no se lo tragó, lo vertió de su boca sobre los pechos de

ella, encima de los bombones. Luego repitió la misma acción con el que tenía colocado en su vientre.

—No te muevas —le susurró cuando se inclinó sobre su pecho y se metió en la boca el pezón junto con el bombón, mientras le agarraba las manos a la altura de la cabeza, inmovilizándola—. Deliciosa la combinación —le anunció al levantar la cabeza mientras se relamía los labios.

—¿No me piensas dar a probar el postre? —le rogó Sofía, sonriente y seductora, con las manos atrapadas entre las de Marcos y sin mucho margen de movimiento.

Él se lo pensó por unos segundos. Le sonrió, repitió la acción anterior, pero le llevó hasta su boca un poco de chocolate que ella degustó con pasión.

—Me encanta el chocolate —confesó Sofía en un ronroneo—. Pero de tu boca sabe mejor. Contigo todo es mucho mejor, mi niño tatuado —murmuró atrevida.

Su expresión produjo que Marcos soltase una sonora carcajada.

—Niño tatuado —repitió sonriente mientras le daba otro trago a la botella de champán.

Sofía tenía la vista clavada en los tatuajes de sus brazos y el costado de su cuerpo.

Marcos se acercó hasta ella y la besó al mismo tiempo que el champán se mezcló entre sus lenguas.

Sin dejar de besarla, llevó una mano hasta su vientre y lo acarició restregando el bombón junto con su mano. Luego llevó su boca hacia allí y lo besó con mimo hasta que desapareció todo resto de chocolate mientras Sofía se retorció bajo su boca.

—Marcos... —gimió al borde del abismo.

—Lo sé —afirmó mientras dirigía los dedos hacia su clítoris, al que le dedicó todas las atenciones que merecía y le reclamaba.

Casi le hizo perder la razón cuando explotó en un brutal orgasmo.

Luego, Marcos se deshizo del pantalón vaquero y los calzoncillos bajo los ojos entornados de Sofía, mientras se recuperaba del estado al que la había llevado.

Lo observó empalmado como nunca, se situó entre sus piernas y la penetró de inmediato. Comenzó a bombear con fuerza, con sus manos entrelazadas en las de él, a la altura de la cabeza de Sofía, hasta que ambos estallaron en un devastador orgasmo.

—¿Te sigo pareciendo un niño tatuado? —preguntó abatido sobre ella, sin salir aún de su interior.

—Siempre serás el niño tatuado que me enseñó todo lo que jamás había experimentado antes.

Sofía le acarició la espalda mientras él sonreía satisfecho sobre su cuello.

A la mañana siguiente Marcos insistió en acompañarla a su casa. Quería comprobar que todo estuviese bien por allí y que el marido de Sofía se hubiese marchado para siempre.

Recorrió la casa con ella y comprobó que era una propiedad grande para vivir una mujer sola. Se fijó en la seguridad del chalet y encontró algunas carencias. De inmediato llamó a la empresa de seguridad encargada de El Castillo y a un cerrajero para que reforzasen la casa de la mujer que más le importaba en la vida.

—Marcos, no hace falta —dijo Sofía cuando lo escuchó al teléfono.

—Estaré más tranquilo de esta forma. —Le acarició el rostro y se paseó por el salón de la casa, pensativo. Con ese aire autoritario y desenvuelto que Sofía admiraba en él.

Aquella noche, Marcos tuvo que trabajar hasta tarde en El Castillo y no volvió a ver a Sofía hasta tres días después. Ambos tenían mucho trabajo y unas vidas complicadas.

Andrea ya se había quejado en varias ocasiones de que no recibía la suficiente información de

cómo marchaba el club en manos de su cuñado y que no iba a menudo a ver a sus sobrinos. Marcos se excusó con el hecho de que se estaba adaptando. Había comprado algunos muebles nuevos para su casa, visitaba a su madre con regularidad y pensaba demasiado en Sofía, algo no lo dejaba dormir bien.

Su cuñada lo apremiaba para que se reuniesen para organizar la fiesta de fin de año en el club. Faltaban nueve días y no habían concretado nada sobre la misma. Finalmente, Marcos le pidió que se encargase ella y Andrea y aceptó.

Andrea también le pidió que fuese a casa con Rosalía a pasar la Navidad y el Fin de Año. Estaba convencida de que a su suegra le haría bien ver a sus nietos y de aquella forma se aseguraba de tener a Marcos sentado en su mesa.

Él, por su parte, continuaba distante con Andrea mientras ella soñaba con volver a tenerlo desnudo, dispuesto y a su merced, pero le daba tiempo para que se adaptase a su nueva vida. Comprendía que debía haber sido un completo shock encontrarla casada con su hermano, con dos hijos y en una posición económica muy elevada a la que imaginaba. Pero Andrea tenía algo muy claro: deseaba a Marcos y estaba dispuesta a tenerlo de la forma en la que él deseara. Solo él sabía hacerla sentir mujer como nadie más.

Aquella noche, Sofía invitó a Marcos a cenar. Sentía que le debía una velada agradable en agradecimiento en todo lo que había hecho por ella en las últimas semanas. Pese a no verse en los días anteriores, Marcos siempre estuvo pendiente de ella, le enviaba mensajes y la llamaba para interesarse cómo se encontraba.

—No conocía este lugar. Me gusta —anunció Marcos sentado frente a ella, admirando el restaurante repleto de gente.

—A mí también, se come muy bien y te tratan de maravilla. Son de los padres de Natalia, la conociste aquel día en el bar cuando ibas con Héctor.

Marcos hizo memoria y asintió. Le alegró que Sofía lo llevase a un lugar de confianza, en algún rincón de su mente siempre pensaba que se avergonzaba de que la viesan con él en público.

Cuando estaban con los postres, una tarta de tres chocolates de lujo, Sofía vio a su marido con una mujer. Se marchaban del lugar cogidos del brazo. Tomás siempre correcto y educado, se paró en la mesa cuando la vio y la saludó.

—Hola, Sofía. Qué sorpresa, ¿qué tal estás?

—Bien —dijo sin levantarse de la silla. Mostrándose incómoda ante la situación.

Tomás miró a Marcos en silencio y no le dijo nada.

—Te presento a Andrea —resonó la voz del ex de Sofía—. Andrea, ella es mi exmujer —anunció Tomás. Aquella cena con la dueña del El Castillo fue para ponerla al tanto de lo que pasó con Sofía en el club noche atrás.

—Hola —la saludó Sofía con un simple gesto, no se levantó a darle dos besos.

Andrea solo le asintió al saludo.

Marcos miró a su cuñada y ambos se quedaron en silencio.

—Ella es la dueña de El Castillo —anunció Tomás sonriente a su todavía mujer, mientras tomaba Andrea del brazo con familiaridad.

Sofía miró bien a la mujer y la reconoció como la esposa de Lucas Luna, la recordó de la noche en que llevó a Marcos a su casa y sacaban el cuerpo de su hermano, solo que ahora iba mucho más arreglada y con el rostro cargado de pintura.

—Te presento a Marcos Luna, él es el otro dueño de El Castillo —le respondió Sofía con una

enorme sonrisa. Si le hubiese dado una bofetada en toda la boca a su ex no lo hubiese disfrutado más.

Tomás miró a Marcos serio y distante. No lo había reconocido. Solo lo vio la noche de su presentación en el club y no tenía nada que ver con el aspecto que hoy presentaba allí, con una camisa desabrochada casi hasta el pecho y las mangas de estas remangadas. Tenía toda la pinta de un chulo, no la de un hombre de negocios, serio y profesional, como cuando Andrea lo presentó.

—Cuñada, qué sorpresa —comentó Marcos con ironía mientras se levantaba, dejaba la servilleta sobre la mesa y le daba dos besos con familiaridad.

Luego le extendió la mano a Tomás y este se la tomó de forma reticente. Sofía no se molestó en levantarse de la silla.

—Tú y yo ya hablaremos —le susurró Andrea en el oído cuando lo saludó de una forma demasiado cómplice para el gusto de Sofía, que no le pasó desapercibido.

—Os propondría tomar algo los cuatro juntos, pero será en otra ocasión. Mis hijos me esperan en casa. Quizás nos veamos por el club. Yo no faltó nunca la noche de Fin de Año. Sofía, ¿te veré por allí? —preguntó con una sonrisa forzada, incomodándola.

Ella tragó con dificultad. Miró a Tomás y lo fulminó con la mirada mientras repasaba el perfecto cuerpo de Andrea, una mujer sofisticada con gustos caros, apreció a simple vista, estaba segura de que había tenido algo con ella en el club.

—Buenas noches —les despidió Marcos sin más ceremonia.

Andrea se marchó del brazo de Tomás, con la cabeza alta, como toda una señora, mientras su mente bullía por dentro. No le había gustado ver a Marcos con su abogada. Le bastó solo dos segundos para apreciar que se la comía con la mirada.

—No reconocí a tu cuñada, recuerdo que la vi el día que te llevé a casa de tu hermano y nos encontramos con el terrible suceso —comentó Sofía.

—Andrea cambia mucho cuando se arregla —apreció Marcos mientras se llevaba la copa a sus labios.

Ver a Andrea junto a Tomás le había creado cierta intranquilidad, no por él, sino por Sofía. Estaba seguro de que el juez había acudido a su cuñada, como propietaria del club, para averiguar cómo llegó su esposa hasta allí.

—Es una mujer muy guapa —apreció Sofía. Marcos solo asintió—. ¿Te llevas bien con ella? —preguntó interesada.

—Sí, la conocía desde hacía años. Ella y yo fuimos novios antes de entrar en la cárcel —comentó de forma despreocupada.

—¿Y se casó con tu hermano? —preguntó con interés. Él afirmó con un gesto—. ¿Y tú lo sabías?

—Yo vivía en la cárcel ajeno a todo lo que pasaba en mi mundo. Ni siquiera sabía que mi madre estaba en una residencia y tenía diagnosticado Alzheimer. No sabes lo que supuso encontrarme con todas las sorpresas que me esperaban.

—Supongo que encontrarte a Andrea como tu cuñada fue lo más impactante —murmuró. Por alguna extraña razón necesitaba saber si Marcos tenía algún tipo de interés en la mujer que fue su novia años atrás.

—No, lo más impactante fue descubrir que a pesar de estar con algunas mujeres tras salir de prisión mis ganas y mi cuerpo solo se saciaron a tu lado. Desde que te conocí he soñado a diario contigo, Sofía —le reveló con la mirada clavada en la suya.

Ella fue incapaz de decir nada. No supo cómo tomarse aquella revelación o pensar si formaba

parte de algo más serio por parte de Marcos.

Marcos llevó a Sofía a su casa después de la cena. El trayecto se produjo en silencio. Desde que él le confesó que había estado con más mujeres tras salir de la cárcel, la notó más fría, distante e incómoda.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando paró delante del chalet de ella—. Estás muy callada.

—Andrea dijo algo de una fiesta en el club en Fin de Año. ¿Ella y tú... además de asistir como dueños, participáis en... —No terminó la pregunta. Marcos se quedó callado esperando que dijese lo que pensaba en voz alta—. ¡Ya sabes! —dijo exasperada al ver que no le respondía.

—Te veo un poco altera —apreció sonriente, consiguiéndola enervar aún más. Lo miró cabreada por casi reírse de ella—. ¿Celosa? —preguntó acercándose peligrosamente mientras la miraba con atención.

—Yo... yo mejor me voy. Cada uno puede hacer con su vida lo que desee. Buenas noches.

No dejó que se marchase. La tomó de la mano con fuerza y lo impidió.

—¿Ah sí? —Cerró los ojos y se centró en sus preguntas—. Tengo que ir a esa fiesta, soy uno de los anfitriones. —Sofía tragó con dificultad, trató de irse de nuevo, pero él lo impidió—. Pero eso no quiere decir que luego me quede allí y participe como socio y haga uso de las instalaciones.

—Es un lugar donde no faltan las tentaciones.

—Mi mayor tentación eres tú. —Le acarició el cuello y llegó hasta el escote de su vestido que terminaba en pico, lo llevó un poco más abajo y descubrió el color de su ropa interior—. ¿Qué vas a hacer en Fin de Año? —preguntó interesado.

—¿Me estás invitando a tu club? No me va ese rollo.

—Te estoy invitando a comenzar el año tú y yo. Solos —le propuso con ojos ardientes.

Sofía sintió mucho calor. Cerró los ojos y dejó que él le acariciase los pechos.

—No puedo. Ya tengo los billetes comprados. Voy a ver a mis padres. Viven en Gran Canarias.

Marcos apartó las manos de su cuerpo y la miró como si le hubiesen echado un jarro de agua fría.

—¿En serio?

—Sí. Todos los años me tomo dos semanas de vacaciones y las paso allí con ellos. El resto del año me es muy difícil verlos.

—¿Cuándo te vas? —preguntó contrariado, paseándose las manos por la cabeza. Trataba de ordenar sus ideas.

—Pasado mañana.

—¿No pensabas decírmelo? —preguntó en tono de reproche.

—Eh... sí, supongo —dudó. No tenía muy claro qué clase de relación tenía con Marcos.

—Sofía... —murmuró con un suspiro, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada.

—Marcos, entre tú yo existe una conexión muy fuerte. Sin embargo...

—Sin embargo, qué —le exigió en tono de reproche.

—No somos nada —le dijo exasperada.

—Ah, ¿no? —preguntó asombrado.

—Bueno, nos acostamos y nos llevamos bien. Me gusta estar contigo —admitió.

—Y a mí contigo, demasiado —le reveló mirándola de nuevo—. Me importas Sofía, no eres una diversión ni solo sexo —le dejó claro.

Ella se removi6 inc6moda en el asiento.

—Marcos, yo me acabo de separar y mi vida es un desastre. En estos momentos no puedo pensar en algo m6s.

—No te lo estoy pidiendo. Solo te he expuesto lo que siento.

Hablar de sentimientos la hizo temblar. Ni ella misma sab6a qu6 significaba Marcos de verdad en su vida.

—¿No piensas invitarme a pasar? —le pregunt6 tratando de relajar el ambiente entre ellos.

—No —contest6 seria. 6l chasque6 la lengua, contrariado y serio—. Pensaba proponerte que te quedes a dormir —le revel6 con una sonrisa traviesa.

Marcos encaj6 el cuerpo y se lanz6 hacia su boca.

—No creo que durmamos muchos, pero s6, acepto.

Sof6a le lanz6 una mirada sonriente y feliz, la cual promet6a una noche cargada de lujuria y pasi6n.

Entraron en la casa abrazados, bes6ndose y enredados. Comenzaron a quitarse las ropas con prisas y no pudieron llegar m6s all6 del recibidor.

Sof6a no recordaba haber hecho el amor en tantos rincones de su casa como aquella noche lo hizo con Marcos.

A la ma6ana siguiente, desayunaron juntos entre sonrisas c6mplices y recuerdos de la noche anterior. Apenas hab6an dormido, pero mereci6 la pena.

Cada cual se march6 a su trabajo y quedaron en verse de nuevo a la noche siguiente.

Sof6a estaba en su despacho cuando Lidia le anunci6 que ten6a una visita. Una se6ora, la cual afirmaba que aquel bufete le llevaba su negocio, requer6a verla.

Cuando Sof6a la tuvo delante, la reconoci6 de inmediato. No esperaba a Andrea all6. Se levant6, le dedic6 una sonrisa forzada, la salud6 de forma educada y la invit6 a sentarse.

—¿A qu6 debo tu visita? —pregunt6 Sof6a en tono seco. No le hac6a gracia tener a aquella mujer all6. La med6a con la mirada y se sinti6 en una competici6n.

—Me gusta conocer mejor a la gente que trabaja para m6.

—No te confundas, yo trabajo para Marcos —le rectific6 Sof6a desde su sill6n.

—Es lo mismo, yo soy su socia —rebat6.

—No. 6l manifest6 en el contrato con este bufete que solo tratar6a conmigo en exclusividad, y yo exig6 lo mismo. —Andrea perdi6 de inmediato la actitud relajada y triunfadora que mostraba. Se tens6 y trat6 de dominar la situaci6n como la gran se6ora que siempre aparentaba ser—. ¿No lo sab6as? —Se permiti6 regodearse en ello.

Andrea hab6a llamado aquella ma6ana a Marcos y le exig6 saber qu6 hab6a pasado con el incidente entre Sof6a y Tom6s dentro del club. Tom6s se hab6a puesto en contacto con ella para averiguar c6mo lleg6 su mujer hasta all6. Desconoc6a que la esposa del juez era qui6n sac6 a Marcos de prisi6n y que era la nueva abogada de El Castillo.

Marcos minti6 a su cu6ada dici6ndole que le ofreci6 a Sof6a ser socia del club tras firmar para que fuese la abogada que se encargase de llevar los asuntos del club. Ella acept6 probar y se encontr6 all6 con su marido por casualidad, siguiendo la versi6n que hab6a cuadrado con Sof6a desde un principio por si las cosas se complicaban con Tom6s.

—En realidad he venido a tentarte para que asistas a la fiesta de Fin de A6o en el club —anunci6 con gran habilidad—. Me han comentado que en tu primera incursi6n no disfrutaste demasiado. No he visto tu nombre en la lista de socios asistentes y he venido a hacer de anfitriona —coment6 con coqueter6a y gestos estudiados—. Deber6as asistir, y si est6s un poco

perdida, no te preocupes, entre Marcos y yo... ¿no te gustaría comenzar con nosotros? —le ofreció sin reparo.

Sofía la miró con los ojos muy abiertos. Sin creer lo que realmente le proponía.

—¿Tú? —preguntó asombrada.

Andrea lanzó una carcajada.

—Yo, Marcos... la tentación, la lujuria y el deseo nos puede. Lo tenemos demasiado cerca como para obviarlo.

—Pero, ¿tú y él? —preguntó con la vez medio cortada.

—Por supuesto —afirmó con naturalidad—. No te asustes porque ahora sea mi cuñado —le quitó importancia—. Hemos disfrutado en la intimidad y en el club junto a más personas —le reveló de forma intencionada.

Sofía no quería seguir escuchando más. Se le estaba revolviendo el estómago.

—No podré asistir. Estaré fuera. Mis padres viven lejos de aquí y siempre paso estas fechas con ellos —zanjó el tema. Necesitaba que aquella mujer se marchase de allí. Imaginarla con Marcos le hacía sentir unos celos que la consumían por dentro.

—Una pena, pero te esperamos para la próxima. Si te sientes cortada, llámame. Te ayudaré en tus inicios —le propuso sonriente mientras se levantaba para despedirse.

—No yo... no me va eso. Ya lo he podido comprobar. Me bastó con una sola visita.

—Con hombres como Marcos todo es diferente —la animó—. Os conocéis bien. No me pasó desapercibida vuestras miradas en el restaurante. Estoy segura de que ya habéis follado. —Sofía se puso nerviosa—. ¿No te habrás enamorado de él? —Soltó una risita que molestó a Sofía—. Eso sería un error por parte de cualquier mujer. Marcos ha pasado siete años en prisión y ha estado privado de muchas cosas, tú me entiendes. Ser fiel en una relación sería imposible, y más siendo el dueño de El Castillo —le dejó muy claro.

—Comprendo. Ahora si me disculpas... Tengo mucho trabajo, Andrea —la despidió con educación.

—Un placer conocerte un poco mejor.

La mujer se marchó y Sofía se derrumbó en el sillón, abatida y con unos celos que la consumían por dentro. Una cosa era imaginar a Marcos con otras mujeres sin ponerles rostro y otra muy distinta imaginárselo follando con su cuñada y exnovia.

Aquella noche Sofía canceló la cena que tenía prevista con Marcos, no le apetecía verlo. Se excusó con que tenía mucho trabajo y debía redactar varios escritos para el día siguiente.

Sofía aprovechó para hacer las maletas. En dos días se marchaba a Gran Canaria.

Los padres de Sofía vivían en un lugar tranquilo y maravilloso de la isla, en Arinaga, y a ella le encantaba pasar unos días en familia, caminar por el paseo y hacer ejercicio. El clima de Canarias era maravilloso.

Al día siguiente, Marcos se presentó en casa de Sofía muy temprano, sin avisar. Apenas eran las siete de la mañana cuando tocó a la puerta del chalet. En pijama, sin peinar y descalza bajó a abrir ante la insistencia del timbre.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

—Nada. Te echaba de menos. —La abrazó y la besó con pasión. La cogió en brazos y entró con ella, rodeándole la cintura con las piernas, hasta el salón.

—¿Sabes la hora que es? —preguntó entre ardientes besos, feliz con aquella sorpresa.

—Necesitaba esto —afirmó con urgencia mientras le acariciaba el cuerpo y la besaba.

Introdujo la mano en su sexo y la hizo gemir sobre sus labios—. Dios, es jodidamente bueno. Estás lista para mí.

Sofía notó su miembro abultado sobre su vientre. Se deshicieron de sus ropas con prisas y follaron como locos en el sofá.

Suspendido sobre ella, echó un vistazo a la luz que entraba por las ventanas y vio unas maletas junto a la escalera.

—No te vayas. Quédate conmigo y pasa estos días a mi lado —le propuso aún enterrado en ella. Sofía tuvo ganas de llorar. Lo sintió sincero y entregado—. Di que sí. —La apremió moviéndose de nuevo dentro de ella.

La besó y Sofía se supo perdida. Asintió mientras le rogaba con la mirada que volviera a llevarla a ver todas las estrellas del universo. Se confesaba adicta a Marcos Luna, cuando estaba como en aquellos momentos junto a él haría cualquier cosa que le pidiese. Tenía el don de perder la voluntad en los brazos de aquel hombre.

Cuando Sofía volvió a abrir los ojos todo fueron prisas y salir corriendo. Se había quedado dormida enredada en el cuerpo de Marcos. Tenía un juicio en una hora. Se despidieron sin muchas más explicaciones y quedaron en llamarse.

Sofía almorzó con sus amigas y las puso al tanto del cambio de planes que había decidido hacer en aquellas fiestas navideñas.

Desde que Sofía había descubierto las infidelidades de su marido y el incidente con Mónica, las chicas estaban más unidas que nunca, no pasaba un día en el que no comiesen juntas o tomaran un simple café y se pusiesen al tanto de sus vidas amorosas.

—Voy a pasar las Navidades con Marcos —anunció Sofía sonriente y mordiéndose el labio de forma traviesa—. No me iré con mis padres este año.

Mónica, Natalia y Lidia casi escupieron la comida de la impresión. Estaban al tanto de que Sofía se acostaba con frecuencia con Marcos, pero de ahí a algo más serio... Se quedaron alucinadas.

—Joder, ese tío debe follar como los dioses. Nunca has renunciado a pasar las Navidades con tus padres desde que se marcharon a Gran Canaria —comentó Mónica muy sorprendida.

—¿En qué fase estáis? —se interesó Natalia.

—¿Vais en serio? —preguntó Lidia asombrada—. Pensé que solo lo pasabais bien en el sexo.

—No somos novios ni nos hemos jurado amor eterno, pero existe muy buena química y mucha complicidad.

—Y te estará enseñando lo más grande —lanzó Mónica, sonriente, mientras alzaba su copa de vino—, y así estás, loca por él.

—Yo creo que esto pasa ya de ser solo sexo —aventuró Lidia.

—Yo pienso que Marcos Luna te ha robado el corazón —afirmó Natalia.

—Por favor, chicas. Me estoy divorciando y él es once años menor que yo. No es momento para el amor. Es pasión, lujuria, deseo... Lo pasamos bien, nos llevamos bien. He decidido vivirlo el tiempo que dure, pero soy consciente de que nunca habrá nada serio entre Marcos y yo. Son demasiadas las diferencias que nos separan y nunca saldría bien —afirmó convencida de ello.

—Haces bien, disfruta de ese maromo que te lo mereces después de soportar al soso de tu ex. Seguro que con Marcos te sacas un máster en sexo. El tío tiene pinta de saber hacer lo que no está en los escritos —comentó Mónica, ella siempre tan sincera y directa.

Las chicas estallaron en carcajadas y brindaron.

Aquel mediodía, Marcos fue a almorzar con sus sobrinos a casa de Andrea. Aprovechó y le comunicó que aquellas señaladas fechas no las pasaría con ella y los niños. No le dijo que estaría con Sofía, pero Andrea lo leyó en su mirada.

Desde hacía días notaba a su cuñado diferente y la culpable de aquello era Sofía Ortiz, una abogada a la que aborrecía por despertar el deseo en Marcos, algo que ella no conseguía por más que se esforzaba.

—¿No vas a ir a la fiesta del club de Fin de Año? —preguntó a modo de reproche.

—No es necesario. Ya estarás tú.

—¿Con quién vas a celebrar el recibimiento del nuevo año? Si se puede preguntar —inquirió con tono molesto.

—Con unos amigos —mintió. Sin extenderse en más explicaciones.

—¿Y tu madre? —se interesó Andrea.

—Puedes traerla aquí contigo y los niños, le hará bien.

Andrea lo fulminó con la mirada.

—Creo que eres un mal hijo por no pasar tan señaladas fechas con ella después de años de ausencia. —No se pudo callar el comentario. Estaba que echaba fuego por la boca.

—No me importa lo que pienses. He pasado siete largos años encerrado y solo tengo claro una cosa, disfrutar. No voy a dejar pasar una sola oportunidad por nada ni por nadie. Nunca se sabe qué puede pasar al día siguiente. Visitaré a mi madre y me tendrá cerca en esos días.

Andrea asintió al mismo tiempo que obtenía más información. No estaría muy lejos.

Cuando Marcos se marchó, la mente de su cuñada comenzó a dar vueltas y vueltas. No iba a permitir que aquella abogada lo alejase de ella y de su familia, porque estaba completamente segura de que Marcos estaba encaprichado con ella.

Decidida, accedió al sistema de cámaras de seguridad de El Castillo, buscó el día y la hora en el que se tiró a su cuñado sobre la mesa del despacho y encontró las imágenes. Después de aquello, Marcos había descubierto las cámaras allí y las mandó a desinstalar junto con las del apartamento anexo. No consideraba que fuesen necesarias y, por otro lado, no deseaba sentirse vigilado en ningún aspecto.

Andrea sacó un par de fotografías de la pantalla del ordenador, congeló un par de imágenes y sonrió decidida a enviárselas a Sofía Ortiz.

Dos horas más tarde, Sofía recibió un mensaje de WhatsApp de un número sin registrar en su teléfono con dos fotos adjuntas.

Querida Sofía:

Soy Andrea Castillo.

Si un día deseas unirme a nosotros será todo un placer. Marcos es un hombre libre, deseoso de vivir muchísimas experiencias tras siete largos años en prisión.

Cada vez que puedo me paso por el club y pasamos un buen rato, él es muy especial. Ha conseguido que todas las mujeres de El Castillo hagan cola para disfrutar con él. Yo te propongo adelantar toda esa larga lista.

Espero verte en la fiesta de Fin de Año.

Sofía estaba sola en su despacho cuando recibió aquel mensaje. Lo leyó y fijó la vista en las dos fotografías, eran Marcos y Andrea manteniendo relaciones sexuales.

Ni siquiera se molestó en contestarle a aquella mujer. Estaba muy claro con la intención con la que le envió el texto y las imágenes.

Después de ver aquello, le envió un mensaje a Marcos y se excusó con que había olvidado que tenía una cena de cumpleaños, no deseaba verlo. La imagen de él y Andrea la tenía grabada en la mente y aquella noche no podría tenerlo delante.

Fue entonces cuando tomó conciencia y vio con claridad que entre ella y Marcos no había nada, siempre la tendría junto con otras muchas más, y cuando él se cansase la dejaría sin más porque le sobraba dónde elegir.

Aquella noche Sofía pensó mucho en lo que había sido su vida, lo que era en aquellos instantes y lo que deseaba que fuese en un futuro. Tenía treinta y nueve años, una carrera y soñaba con ser madre. No tenía mucho tiempo para apartarse de aquel camino y distraerse con un hombre que estaba muy lejos de su mundo. Marcos era once años menor que ella, había pasado siete años encerrado y tenía muchas experiencias por vivir.

Sofía fue consciente de que tarde o temprano se cansaría de lo que ambos tenían ahora y no quería salir herida, porque estaba segura que si continuaba al lado de Marcos Luna saldría

lastimada de una forma u otra. Ella no era de tener aventuras y temía traicionarse a sí misma. Su corazón ya le dictaba algo muy diferente a la razón y era una lucha constante que no estaba segura de poder vencer.

A la mañana siguiente, cogió las maletas y el vuelo que no había podido aplazar y puso rumbo a casa de sus padres, donde iba a pasar casi dos semanas. Mientras iba camino del aeropuerto, trataba de convencerse a sí misma de que estaba haciendo lo correcto, pero sentía que dolía demasiado. Alejarse de Marcos Luna era lo más difícil que había hecho en toda su vida.

Cuando aterrizó, Sofía le escribió un mensaje a Marcos.

He cambiado de planes. Mis padres me han convencido de pasar las Navidades con ellos y no me he podido negar. Acabo de aterrizar en Las Palmas. Lo siento, un beso.

Marcos recibió el mensaje y tras leerlo estrelló el teléfono contra el sofá. Por alguna razón presagiaba que Sofía se estaba alejando de él de manera intencionada y aquello era una despedida.

Tardó más de cuatro horas en contestarle, cuando el mal humor le bajó un poco.

Espero que lo pases bien. Nos vemos a tu vuelta.

Fue seco y cortante en el mensaje.

Cuando Sofía lo leyó supo que estaba molesto, pero se dijo que todo era mejor así. Necesitaba alejarse de Marcos en el plano personal. Tenía muy claro que cuando regresase, solo mantendrían una relación laboral. Confiaba en que en esos días sin verse cada uno volviese a la normalidad en sus vidas y aquel deseo y necesidad se calmasen.

Las Navidades pasaron y el comienzo del año resultó frustrante para Marcos con Sofía lejos de él. Contaba los días para volverla a ver. En aquellas dos semanas había descubierto que solo ella calmaba y saciaba su sed. Se había acostado con varias mujeres por pura necesidad, pero el deseo que sentía por Sofía Ortiz no lo aplacaba ninguna.

Durante aquellos días festivo y en familia, Marcos y Sofía apenas tuvieron contacto. No se llamaron y tan solo se felicitaron el año con mensajes típicos de los que ruedan por las redes sociales.

En más de una ocasión ambos habían sentido la necesidad de llamar al otro, escuchar sus voces y saber más del otro, pero el orgullo les pudo. Sofía deseaba alejarlo de su mente y de su vida, y Marcos aún estaba muy molesto con ella por haberlo abandonado.

El diez de enero, un viernes por la tarde, Marcos quedó con su amigo Héctor a tomar unas copas. Con los ajetreos de los trabajos de ambos en las pasadas fechas se habían visto poco y tenían pendiente tomarse algo juntos para celebrar el nuevo año.

Tras dos horas, Mónica apareció en el bar donde estaban Marcos y Héctor. Desde que la pareja coincidió semanas atrás se veían con frecuencia.

Cuando Marcos la vio aparecer se sorprendió, ya que no la esperaba. Héctor no le había dicho nada.

—Hola, Mónica —la saludó Héctor de inmediato—. Gracias por recogerme aquí, preciosa. Vine con Marcos y se nos hizo tarde.

Mónica también ignoraba que encontraría a Héctor con Marcos, solo le dijo en el mensaje que le mandó que estaba tomando algo con un amigo y le envió la dirección donde se encontraba para que lo recogiese. Había quedado para cenar y Héctor no llevaba coche.

—Hola. —Mónica saludó a Héctor muy efusiva, pese a darle un beso en la mejilla. Luego le dirigió una mirada seria a Marcos mientras lo saludó de forma cortante. No podía olvidar que gracias a él tenían la cuenta que más beneficios les iba a dejar aquel año en el bufete.

—Vaya, qué sorpresa. Vosotros dos. —Marcos los miró sonriente.

Héctor tomó a Mónica por la cintura y la aproximó a él.

—Nos estamos conociendo —anunció Héctor con una enorme sonrisa.

—¿Nos vamos? —preguntó Mónica un poco incómoda.

Él asintió y comenzó a coger sus cosas.

—¿Y tu socia, cuándo vuelve? Necesito hablar con ella para unos asuntos. Desde ayer espero que me responda unas llamadas —se quejó Marcos.

En realidad, no la necesitaba para nada, solo era una excusa para volver a ver a Sofía. Llevaba más de quince días sin saber nada de ella y no podía aguantar más tiempo.

—Pues debería haber vuelto hoy, pero ayer tuvo un accidente y tardará unos días en regresar. Está de baja —anunció Mónica.

—¿Un accidente? ¿Qué le ha ocurrido? —preguntó muy preocupado.

—Nada grave en sí. —Lo tranquilizó—. Le gusta mucho salir a correr por el paseo donde viven sus padres, había una baldosa rota, la pisó sin querer, se cayó y se ha roto la muñeca derecha. Estará de baja por un tiempo, lo que ella no pueda hacer lo llevaré yo.

Marcos asintió preocupado por Sofía.

—¿Y dónde viven los padres de Sofía? —preguntó de forma inocente Héctor.

—En Arinaga, un pueblo en Las Palmas. Es muy bonito. Tiene un paseo maravilloso. A Sofía le encanta correr por La Planita, la casa de sus padres está justo ahí con unas vistas maravillosas. Sales de casa y puedes bañarte en el mar. Todo un lujo. Cuando me jubile me voy a vivir allí como hicieron los padres de ella —comentó Mónica emocionada. Estaba enamorada del lugar.

Marcos, pensativo, no dijo nada más.

Mónica y Héctor se marcharon juntos, pero antes de irse su amigo le dio un abrazo y le susurró:

—Tienes toda la información de donde está ella. Esa mujer te importa, no la dejes marchar —le aconsejó Héctor. Le guiñó un ojo con picardía y se marchó.

Sofía contemplaba el mar sentada en un banco del paseo de Arinaga, el cual tenía el nombre del lugar pintado en él con unas bonitas letras en blanco. Había salido a caminar temprano. Miró la escayola que lucía en su mano y lamentó el incidente. El médico le había pronosticado que tenía para un mes, más o menos, de baja médica. Sus padres la convencieron y decidió quedarse hasta que se habituase más a la nueva situación por la que pasaba. Se sentía una inútil, cada cosa que iba a hacer necesitaba la ayuda de sus padres, hasta para vestirse la ayudaba su madre. Menos mal que podía pasear y disfrutar de aquel paraíso. Era diciembre, pero el clima en las Islas Canarias era una pasada. Sentada allí al sol, apenas eran las once de la mañana, y con un simple jersey no demasiado abrigado, se sentía en la gloria. Cerró los ojos, dejó que los rayos de sol penetrasen en su rostro y se permitió poner la mente en blanco. Últimamente no ganaba para sofocos. El último fue enterarse, por un informe médico, que su marido tenía realizada una vasectomía y que esa era la razón por la que no lograba quedarse embarazada. Un error de una médica nueva al adjuntar ambos informes del matrimonio de cuando se hicieron las pruebas para ver qué problema existía para que Sofía no consiguiese ser madre le permitió saber esto de su marido y que ella no tenía problema alguno. Pese a tener treinta y nueve años sus óvulos eran muy fértiles.

Los días que pasó alejada de Marbella, del trabajo, de su ex y de Marcos, Sofía los aprovechó para pensar en qué deseaba que se convirtiese su vida de ahora en adelante. Estaba cansada de la inestabilidad y el engaño.

Tras mucho meditar, llegó a la conclusión de que iba a ser madre por sí misma. No necesitaba a una pareja para ello. Había decidido acudir a un banco de esperma y ser madre antes de que el tiempo se le agotase. Hacía más de un año que soñaba con tener a un hijo y no estaba dispuesta a esperar al hombre adecuado para ello. Consideraba que por sí sola se bastaba. Tenía un buen trabajo, dinero ahorrado y una buena casa. A su hijo no le iba a faltar nada.

Sumida en todos los cambios a los que pensaba someterse en cuando le quitasen aquel yeso y se recuperase por completo, sintió que una sombra inesperada le tapaba el sol del que hasta hacía unos segundos disfrutaba.

Abrió los ojos dispuesta a ver qué pasaba y si no llega a ser porque estaba sentada, se hubiese caído de espaldas.

Marcos Luna estaba frente a ella. Tan atractivo, sexi e imponente como lo recordaba. Lo observó deshacerse de sus gafas de sol negras, metérselas en la chaqueta vaquera y observarla en silencio, serio y calmado.

Con el corazón desbocado, como una adolescente frente a su ídolo, Sofía lo miraba sin saber qué decirle. Parpadeó en varias ocasiones, fuerte, por si él era una visión, pero Marcos continuó ahí.

—¿Por qué no me contestas a las llamadas ni a los mensajes? —preguntó en actitud desafiante, con los brazos cruzados a la altura del pecho mientras esperaba una respuesta.

En los últimos mensajes Marcos le proponía que se viesen para tratar algunos asuntos de trabajo, pero Sofía no le contestó nunca.

—Hola, Marcos. Yo también me alegro de verte. ¿Qué tal estás? —comentó con ironía tras recuperarse de la impresión de verlo frente a ella—. ¿Qué coño haces aquí? —preguntó en tono de reproche.

—Yo he preguntado primero —contestó sin moverse un ápice de donde estaba.

Sofía lo observó y tragó con dificultad. Estaba más guapo que nunca, arrebatador. Admiró su barba recortada y el intenso brillo en sus ojos verdes, que la taladraban sin compasión.

—Estoy de baja. —Levantó la mano y le enseñó la escayola de su muñeca, pero él no se sorprendió de ello—. Lo que necesites, trátalo con Mónica —le espetó de forma seca, casi molesta. Se levantó decidida a marcharse. No estaba para soportar los reproches de nadie.

—Lo que necesito de ti no me lo puede dar ella —murmuró y en un acto rápido la tomó por la cintura con fuerza, la fundió contra su duro cuerpo y se apoderó de aquellos labios carnosos que tanto había echado de menos.

Sofía gimió de placer contra su boca apenas sentirlo. No lo rechazó, no podía. Lo había echado de menos cada segundo desde que se separó de él días atrás. Le devolvió el beso con ganas y profundidad hasta que ambos terminaron jadeantes y con los corazones a punto de salirseles del pecho.

—Te he echado de menos —le reveló Marcos acariciándole la mejilla con mimo. Luego llevó la mano hasta la suya accidentada y la observó con preocupación—. Lo siento, ¿dolió mucho? —preguntó con la mano de ella entre las suyas.

—Un poco. —Se hizo un breve silencio entre ambos, en los que cada uno indagó en las profundidades de los ojos del otro—. ¿Qué haces aquí, Marcos? ¿Cómo me has encontrado?

—Mónica me dijo lo que te ocurrió, que caíste por este paseo de Arinaga mientras hacías ejercicio. Como no me contestabas a las llamadas ni mensajes, decidí venir a pasear a ver si me encontraba contigo. Y tuve suerte —resumió con cierto toque cómico.

Sofía puso los ojos en blanco, no lo creyó del todo, pero le daba igual.

—Pues ya me has visto y has comprobado que la versión de Mónica es cierta, no puedo trabajar. No vayas a pensar que me escondía de ti.

Marcos la admiró sonriente, de mejor humor.

Sofía se le quedó mirando sin entender nada de lo que allí sucedía.

—Voy a quedarme unos días. He venido de vacaciones —anunció para sorpresa de ella, que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Espero que las disfrutes.

—Necesitaré una guía, he pensado que como eres de aquí... Igual no te importa hacerme un tour por la isla —le propuso.

Sofía lo miraba sin creer lo que le decía.

—Yo no soy de aquí. Mi madre nació en este pueblo, estudió en Málaga y se quedó allí tras encontrar al amor de su vida, mi padre. Cuando me casé con Tomás mis padres decidieron comprar la casa de sus sueños y pasar su jubilación en este maravilloso lugar. —Se paró en seco sin saber por qué le estaba dando tanta información. Estaba nerviosa y aquello se le iba de las manos—. Y no. No voy a hacer de guía, búscate a alguien —dijo volviendo al tema del que se había desviado.

—¿Por qué te noto tan... enfadada conmigo? —preguntó intrigado—. Yo debería estar más enfadado que tú. Quedamos en pasar las Navidades juntos y me dejaste tirado —le reprochó.

—Oh, estoy segura de que te lo has pasado muy bien con tu cuñada —le espetó repasándolo de arriba abajo con una mirada de reproche.

Marcos centró su atención en ella y no le pasó desapercibido que aquel comentario quería decir mucho más de lo que había manifestado en voz alta.

—¿Qué ocurre? Habla claro, Sofía —la instó a ello serio y pendiente de su reacción.

—No pasa nada. Tú y yo no somos nada —enfaticó—. No tenemos derecho a reprocharnos nada. Tú te puedes acostar con Andrea y yo con quien quiera. Fin del asunto. —Aquello se le iba

de las manos, había perdido las formas.

Sofía se soltó de su mano y comenzó a caminar.

Marcos la siguió de cerca, la agarró del brazo y la hizo volverse.

—¿Qué has dicho? —preguntó serio.

—No me invento nada —se excusó de inmediato—. Tu propia cuñada me hizo una visita y me animó a que me uniese a vosotros en el club. Para tentarme me enseñó unas fotos en las que aparecéis follando en el despacho del club.

Marcos cerró los ojos, apretó los puños y un leve tic apareció en su mandíbula. Maldijo a Andrea por aquello y de inmediato supo el por qué Sofía se alejó de él sin explicaciones.

—Ella y las demás mujeres no significan nada para mí. Es solo sexo —reveló con calma a la misma vez que bullía por dentro.

—Comprendo. —Asintió Sofía, sintiéndose incluida en el lote—. Por eso me alejé de ti. No me interesa ser una más donde elegir, ni que me compartas.

—¿Quieres exclusividad? —La interceptó, se colocó delante de ella, desafiante, y no la dejó continuar su camino.

—No —contestó con dignidad y la barbilla en alto.

—Pues yo sí la quiero —reveló atrayéndola hacia su cuerpo y besándola como un loco—. Quiero ser el único que te bese, el único que te acaricie y el único que te folle —murmuró muy cerca de su boca. Ella podía sentir su aliento.

—Eso... resulta un poco contradictorio, teniendo en cuenta la vida que llevas... Tú tendrías exclusividad y yo debo soportar tus noches en el club. Creo que eso ya lo viví —manifestó con ironía y lo empujó en el pecho para deshacerse de su cercanía.

—No es así —comentó contrariado.

—Ah, espera que no lo entendí bien. ¿Me estás proponiendo lo mismo que Andrea, que os acompañe en vuestros tríos u orgías o lo que hagáis? —Lo miró con los ojos echando chispas.

—Ya te dije que no me gusta compartir a la mujer que me interesa. Lo demás es un juego en el que solo me divierto.

—¿A qué has venido y qué me estás proponiendo? —preguntó Sofía alterada. Se le había acabado la paciencia.

—Exclusividad por parte de ambos.

—¿Una relación? —preguntó ella asombrada.

—Podemos empezar por ser solo tú y yo, sin nombres ni calificaciones. ¿Qué me dices? —pregunto esperanzado.

—Me lo voy a pensar, ¿puedo? —preguntó altiva.

Marcos le dedicó una sonrisa tan maravillosa que la ablandó por completo. Solo él tenía el don de enfadarla hasta niveles insospechados y luego desear besarlo hasta quedarse sin aliento.

—Me he tomado dos semanas de vacaciones. Estaré por aquí. Creo que merece la pena esperar por una mujer como tú. —Le recorrió el cuerpo con una mirada lujuriosa mientras ella sentía que la desnudaba muy lentamente.

Sofía asintió con el corazón palpitándole a mil por hora. Lo miró bien y lo odió a partes iguales que lo deseó.

Marcos se quedó en silencio, esperando la siguiente reacción por parte de ella.

En un arrebato, Sofía se puso de puntillas, Marcos era mucho más alto, lo tomó por la nuca y lo acercó a sus labios. Le metió la lengua en la boca y le dio el beso más apasionado y cargado de sensualidad que se hubiesen dado antes.

Una atrevida Sofía, le hizo el amor con la boca. Dejándolo duro como una piedra y jadeante.

De repente, escucharon a unos niños gritar y a una pareja que se acercaban a ellos. Sofía se deshizo de sus brazos y se apartó un poco.

De inmediato, Marcos la tomó del brazo y la colocó delante suya, le rozaba el trasero con su evidente erección mientras le susurraba con voz sensual y juguetona:

—No me dejes en evidencia. Cúbreme. Esto lo has provocado tú.

Sofía soltó una risita, se compuso el pelo, saludó a las personas que paseaban y trató de normalizar el ritmo de su respiración.

—¿Has desayunado? —le preguntó a Marcos.

—Te desayunaría entera aquí mismo —le susurró.

—Eso será más tarde. Ahora necesito un café de verdad. —Lo miró de soslayo, le sonrió y tiró de su mano arrastrándolo tras ella.

—¿Eso es una promesa? —preguntó sonriente y juguetón.

—En toda regla, señor Luna.

—Mi hotel está en Maspalomas, es el Lopesan Costa Meloneras.

—Guau, un gran hotel. Muy caro —apreció—. No lo he visitado, pero lo he admirado muchísimo cada vez que he paseado hasta El Faro. Me encanta ese paseo, sus restaurantes, el ambiente...

—La reserva de la habitación es para dos —añadió con una gran sonrisa. Muy seguro de que ella lo acompañaría.

—Comenzaremos por esa zona su tour por la isla, pero debe tener en cuenta que soy una persona accidentada. Igual debemos ir más lento —apreció con fingida coquetería, disfrutando del momento.

—Contigo me gusta lento, rápido y de todas las formas posibles. Me tienes loco, Sofía Ortiz —confesó con una mirada limpia y transparente.

Cuando Marcos terminó con el café que tenía en la mano, sentado en una terraza de un bar, con unas vistas inmejorables al mar en el paseo de Arinaga, miró a Sofía y a las personas que caminaban por aquel lugar. Le pareció todo tan tranquilo y perfecto que deseó que el tiempo se detuviese.

—Esto es maravilloso —murmuró centrando la mirada en ella, a través de sus gafas de sol.

—Sí. Siempre que vuelvo aquí siento que recargo las energías a tope. Salir a pasear, hacer ejercicio, nadar y contemplar estas vistas... Mis padres viven ahí. —Sofía le indicó una casa de dos plantas espectacular.

Marcos la admiró embobado.

—Es preciosa, como tú. —Centró la mirada en Sofía y la tomó de la mano izquierda—. Aun no me has dicho si vendrás conmigo.

—Acepté ser tu guía.

—Sabes que no me refiero a eso. Deseo que pases estos días conmigo, a mi lado, en mi cama —especificó.

—Dos semanas —puntualizó ella.

—Mis vacaciones.

—Tremendas vacaciones. Debe haberte costado una pasta. El hotel donde te alojas es uno de los más caros.

—¿No crees que me lo merezco después de pasar siete largos años en la sombra? —preguntó con los ojos entornados. Sofía asintió incómoda—. Y para tu tranquilidad, me lo puedo permitir. Mi hermano me dejó la mitad del club y un buen dinero que he decidido emplear en este viaje.

—Me parece muy bien. Viajar es maravilloso. Conocer otros lugares te abre la mente.

—Vente conmigo —le rogó acariciándole la mano entre la suya, tentándola.

Sofía lo pensó y asintió. Dos semanas en compañía de Marcos, sin trabajar, en Maspalomas y en ese maravilloso hotel era una tentación demasiado buena como para poderla rechazar.

—Acepto, tendré que pasar por mi casa, recoger algo de ropa y avisar a mis padres de que me marchó unos días. —Marcos asintió feliz, mientras se llevaba su mano a los labios y depositaba un beso en ella en señal de agradecimiento—. Pero antes de irnos, quiero que paseemos por este lugar, enseñarte mi refugio en el mundo. Quiero que te enamores de esto como yo.

—Creo que ya lo estoy —aseguró con la vista clavada en ella, convencido de lo que decía—. Bien, ¿por dónde comenzamos? —Se puso en pie y tiró de ella.

Caminaron de la mano hasta el Zoco Negro, donde se pararon y admiraron el mar y el lugar donde se bañaba la gente cuando hacía buen tiempo, todo estaba muy bien acondicionado, no había arena, era un gran paseo donde rompían las olas y con accesos de escaleras al mar. Llegaron hasta el Risco Verde y al Monumento del Viento, donde se tomaron fotos, se besaron e hicieron arrumacos como dos adolescentes disfrutando de todo aquello que era tan nuevo para ambos.

Volvieron y Sofía insistió en tomar asiento en las plataformas de maderas cercanas al mar. Estas las construyó años atrás el ayuntamiento para que se pudiese disfrutar del mar y el paisaje, ya que no existía arena, todo eran piedras negras, coladas volcánicas del volcán de la montaña de Arinaga que llegaron hasta el mar.

Tumbados sobre la plataforma, Sofía reposaba la cabeza sobre el abdomen de Marcos, él con los brazos colocados bajo la suya, expuestos al sol, se dejaron mimar por el maravilloso tiempo

de diciembre en la isla. Clavaron la vista en el cielo y contaron todos los aviones que pasaban, como niños.

—Qué paz. Esto es único —comentó Marcos—. No conozco el lugar donde tengo el hotel, iba de camino hacia allí, pero decidí recogerte antes —comentó risueño—. ¿Es igual de espectacular?

—Más bullicioso, más turístico, pero te encantará. Los atardeceres y las puestas de sol de Maspalomas son espectaculares.

—Estoy deseando vivirlo todo de tu mano. Algo me dice que he escogido a la mejor guía de toda la isla.

Marcos se incorporó sin apenas esfuerzo y la besó.

Sofía se permitió disfrutar de aquella intimidad entre ambos y no pensar en nada más. Se convenció de que aquellas vacaciones con Marcos serían la despedida a las locuras de su vida. Cuando volviese a Marbella centraría cabeza para siempre.

—¿Quieres venir conmigo a mi casa y te presento a mis padres mientras recojo mis maletas? —le propuso Sofía—. No te asustes, no me parece dejarte aquí solo mientras que me ausento —le aclaró al verlo pensativo ante su propuesta.

—Si no te importa, prefiero quedarme en este lugar.

—Bien.

Sofía se levantó con agilidad y se despidió de él con un breve beso en los labios.

—No tardo.

Cuando llegaron al hotel Sofía descubrió que se alojaban en una de las mejores habitaciones del gran complejo. Marcos venía cansado del madrugón para coger el avión y no tenía ganas de comer, declinaron acudir al buffet del hotel y subieron directo al cuarto asignado.

Antes de cerrar la puerta, Marcos colocó el cartel de *no molestar* en el pomo por fuera. No pensaba salir de aquella habitación en horas.

Sofía sonrió al advertir el gesto, Marcos se dirigió hacia ella con aquella sonrisa seductora que le hacía temblar el corazón.

—No vas a escapar de mí —anunció mientras la tomaba por la cintura con posesión y se apoderaba de ella—. Te he extrañado muchísimo —confesó mientras la besaba—. Me declaro adicto a usted, señora abogada. ¿Qué me ha hecho? —murmuró sobre sus labios—. Me muero por hacerle el amor una y otra vez sin parar.

La promesa de Marcos se volvió una realidad. Hicieron el amor tres veces, en las cuales Sofía descubrió a un nuevo Marcos, mucho más paciente, delicado y exquisito.

—¿Te has comportado así porque soy una lesionada? —preguntó con los ojos entornados, abrazada a su pecho, desnudos en la gran cama.

—He tenido cuidado, no lo voy a negar. Pero lo cierto es que me apetecía amarte lentamente. Eres como un gran manjar, Sofía. Se disfruta más si te como con tranquilidad. ¿No opinas lo mismo?

Cuando Marcos pronunció la palabra *amarte* Sofía se tensó automáticamente, pero luego comprobó que no le dio mayor importancia a sus palabras.

—Completamente de acuerdo. Besar cada milímetro de tu piel tomándome mi tiempo y grabando cada una de tus reacciones en mi memoria ha sido maravilloso —reveló mientras se lo ponía el vello de punta al recordar a Marcos extendido en la cama, en todo su esplendor, dispuesto y entregado a sus besos y caricias—. ¿Sabes algo? —preguntó de forma misteriosa—. Tú, mi niñato tatuado —Le acarició las cejas, sonriente, y le pasó el dedo por el entrecejo

fruncido—, me has enseñado a sentirme una verdadera mujer junto a un hombre. Puedo sentir todo lo que provocho en ti, el poder que tengo en tus reacciones. Eso no me había pasado antes con nadie.

Marcos la miró orgulloso, la besó y le paseó los dedos por sus labios. Sofía los besó y ambos se miraron en silencio.

—Sé que no tengo derecho a preguntar, no contestes si no quieres, pero me gustaría saber si te has acostado con alguien en este tiempo en el que hemos estado distanciados.

Sofía se revolvió entre sus brazos y se sentó en la cama, asombrada ante su pregunta. No la esperaba.

—Supongo que si te contesto yo también tendré derecho a preguntar, con la excepción de que yo no dudo de cuál será tu respuesta.

Marcos se encogió de hombros, en silencio.

Sofía paseó la mirada por la habitación y se le ocurrió algo. Tenía ganas de jugar.

—¿Qué te parece si ambos confesamos a la vez? —le propuso—. Cogemos un papel, lo escribimos y cada uno lee el del otro al mismo tiempo.

Marcos sonrió y asintió. Ella cogió de la mesita de noche una libreta y un bolígrafo y escribió primero, dobló el papel y le extendió la libreta y el boli a Marcos, para que él escribiese su confesión.

Cuando ambos estuvieron listos, intercambiaron los papeles y los abrieron a la misma vez.

Sofía leyó:

Sí. He estado con otras mujeres en estos días. Pero no han significado nada. Con ellas era solo sexo, contigo es mucho más. Eres la única con la que he soñado noche tras noche y nunca consigo sacarte de mi mente.

Marcos leyó:

Sí, he estado con un hombre desde que nos dejamos de ver. En mi mente he reproducido, de forma muy real, cada noche en las que no podía dormir, todas las veces que hemos estado juntos. Pensando en ello, en ti y en las cosas que me hacías me he masturbado y corrido como si estuvieses a mi lado.

Marcos tomó a Sofía por la cintura y la llevó hasta él. Con una enorme sonrisa, orgulloso de la mujer que tenía a su lado, la besó sintiéndola un poco reticente, pero era normal, le acababa de confesar que había estado con otras mujeres. Pero él se iba a encargar de llevarla de nuevo a las nubes y hacer que flotase por mucho tiempo.

—Gracias por tu sinceridad —le dijo entre besos, feliz.

—Yo no agradezco tanto la tuya —se quejó ella de forma irónica—. Pero recuerda que a partir de ahora tenemos exclusividad.

—Nunca me ha gustado tanto esa palabra como contigo.

Se cernió sobre ella, la besó y le acarició el cuerpo desnudo con sus grandes manos.

Al día siguiente pasearon por la playa de Maspalomas, fueron a las dunas desde la orilla del mar y comieron en una terraza al sol con unas vistas increíble. Por la tarde, Marcos alquiló un barco y dieron un paseo privado en él. Era una verdadera pena que el tiempo no acompañase para darse un chapuzón, pero esto no ensombreció poder disfrutar de todo lo que los rodeaba.

Entre continuos besos, caricias y arrumacos, daban la perfecta imagen ante los demás de una pareja completamente enamorada. Causaban verdadera envidia en todos los lugares por donde se paseaban.

Otro día, al atardecer, acudieron a ver la puesta de sol en las dunas de Maspalomas. Un paisaje increíble, que lo fue aún más ya que había un grupo de personas con instrumentos que amenizaban la tarde cantando una canción de Manuel Carrasco.

Abrazados, con la vista clavada en el sol escondiéndose en el horizonte, Sofía se sentía dichosa y feliz. Con los brazos de Marcos alrededor de su cintura, sintiendo su aliento en el oído y su corazón muy cerca, se sintió amada y protegida.

No se habían prodigado palabras de amor ni promesas. Vivían el día a día, sin pararse a pensar cómo afrontarían el futuro.

Una mañana tras un succulento desayuno en la terraza del hotel, repusieron energías después de la noche tan movidita que habían tenido, Marcos retó a Sofía.

—¿Te atreves a meterte en la piscina conmigo? —Ella lo miró como si estuviese loco.

Eran las doce de la mañana, el sol estaba fuerte y había veinticinco grados, pero Sofía necesitaba algunos más para darse un chapuzón.

—Te observaré desde la tumbona. Prefiero coger moreno mientras tú coges frío.

Se encaminaron hacia una zona del hotel, cercana a la enorme piscina desde la que se divisaba todo el paseo, había más lugares para bañarse, era un hotel enorme, pero a Sofía le gustaba tomar el sol todas las mañanas en la zona de tumbonas que tenía arena y simulaba una playa.

—¿Me calentarás si me enfrío? —preguntó Marcos deshaciéndose de la camiseta y las chanclas mientras le daba un beso de despedida.

Sofía no se había quitado el vestido corto que cubría su cuerpo, debajo tenía un bikini, pero necesitaba sentir más calor para ir deshaciéndose de prendas.

—No te quepa la menor duda —contestó con aire sensual mientras le paseaba los dedos por su abdomen de forma provocativa. Admirar los perfectos oblicuos de Marcos ya le provocaba taquicardia.

Marcos se lanzó al agua de cabeza, sin probarla, bajo la atenta mirada de Sofía. Él se dedicó a hacer varios largos en la piscina, en lo que ella se quedó medio dormida.

Cuando despertó, lo tenía muy cerca y desprendía gotas de agua. No cogió la toalla para secarse.

—¿Podrías deshacerte el vestido? —le preguntó con amabilidad. Sofía lo miró bien, tratando de averiguar de qué iba aquel juego—. Por favor —le rogó con paciencia.

Ella se levantó de la tumbona y lo obedeció.

En un movimiento rápido, certero y seguro, Marcos la cogió en brazos y comenzó a caminar con ella mientras protestaba al sentir su cuerpo mojado y frío.

Cuando advirtió que Marcos se encaminaba a la entrada de la piscina, trató de deshacerse de sus brazos, revolviéndose en ellos mientras protestaba.

—Levanta el brazo, no te vayas a mojar esa escayola —le ordenó sonriente.

—No. Marcos, está muy fría. Es diciembre. Yo no me meto en una piscina de agua fría en invierno —protestó cuando empezó a notar el agua en los pies.

—Me apetece estar aquí y disfrutar de esto contigo. Si tienes frío, es mi turno de calentarte.

Cuando llegaron a la altura del pecho de Sofía él la soltó, pero no la dejó alejarse demasiado. Con una mano la agarró con fuerza por su estrecha cintura y la otra la dirigió, con gran habilidad, hacia su sexo. Introdujo los dedos y la hizo gemir sobre sus labios.

—Marcos... —lo reprendió a sabiendas de que había perdido la voluntad sobre sí misma.

—Déjate llevar —le susurró en el oído—. Levanta la mano —le ordenó mientras le besaba el cuello y sus dedos la llevaban a querer desfallecer allí mismo.

—Me las pagarás —murmuró Sofía en un susurro perdida en el orgasmo que le había provocado con facilidad.

La última noche en Maspalomas y en aquel maravilloso hotel Marcos deseó que fuese especial. Invitó a Sofía a cenar a un lujoso restaurante del paseo y le entregó un vestido muy sexi que él mismo se había encargado de comprar aquella mañana cuando salió a correr temprano. Ella se sorprendió de su buen gusto. Era un vestido blanco, corto, de manga larga y con algunos motivos en negro en el cuello y la cintura.

Tras una ducha juntos, antes de vestirse para la cena, Sofía sacó unos zapatos de tacón en negro, se alegró de haber echado unos en aquella escapada, y cogió unas medias color carne, le gustaba usarlas ya que estilizaban más la figura. Colocó todas las prendas sobre la cama, sacó un conjunto de ropa interior marfil, en encaje, que dejaría a Marcos de una pieza y sonrió al ocurrírsele una idea. Le había jurado en la piscina, días antes, que se vengaría de él y había llegado el momento.

—Marcos, creo que voy a necesitar tu ayuda —llamó su atención, sentada en la cama con actitud inocente.

Él salió a su encuentro abrochándose la camisa negra que había escogido para aquella ocasión. Ella posó la mirada en el vaquero roto que lucía y lo admiró. Estaba arrebatador. Aquellas pintas de chico malo la ponían demasiado. Se mordió el labio y le indicó:

—Voy a necesitar ayuda. En todos estos días que hemos estado aquí no me he maquillado y he usado ropa ligera, pero esta noche es especial y necesitare que me ayudes a maquillarme, peinarme y vestirme. ¿Crees que podrías hacerlo? —preguntó con sensualidad al mismo tiempo que cruzaba sus piernas desnudas y dejaba, intencionadamente, que la bata se abriese y él viese que no llevaba nada debajo.

—Creo... creo que podré —respondió con la boca seca, el pulso acelerado y la mirada clavada en su cuerpo mientras trataba, inútilmente, de remangarse los puños de la camisa como venía haciendo.

—Bien. Coge mi neceser del baño, te indicaré cómo debes maquillarme. —Sofía lo ponía a prueba, pero Marcos no se quejó. Hizo lo que le ordenó.

Para gran sorpresa de Sofía, le extendió la base de maquillaje por el rostro, con la brocha como le indicó, con delicadeza, le puso el corrector de ojeras con la yema del dedo, le aplicó unos toques de coloretes como Sofía le explicaba y luego le aplicó sombra en los ojos. No se atrevió a pedirle que le hiciese una raya negra en la parte superior del párpado del ojo, consideró que con un poco de rímel y labial estaría perfecta. Finalmente, como un profesional, Marcos le dio color a sus labios en rojo.

—Ahora enchufa la plancha del pelo, no puedo salir a una cena formal así. —Se llevó la mano al cabello y lo revolvió.

Marcos suspiró mientras intentaba introducir el mechón de pelo que ella le indicaba en la plancha.

—Esto... que te quede muy claro que solo lo hago por ti.

—Gracias.

Sofía se admiró en el espejo y le dio el aprobado. Él le sonrió satisfecho a la misma vez que ella le manifestó:

—No hemos acabado. Ahora tendrás que ayudarme a vestirme. Por completo —especificó cuando vio la cara de Marcos. Se abrió la bata de forma intencionada, la dejó caer al suelo y se expuso desnuda antes él—. Tienes todo lo que necesitas sobre la cama —le indicó con un gesto

—. Espero que recuerdes el orden. Es a la inversa de cuando me lo quitas —anunció risueña y coqueta. Disfrutaba de la situación. Nunca había visto a Marcos mirarla tan descolocado.

Él suspiró y asintió. Decidido, se dirigió hacia el conjunto de ropa interior. Le colocó primero el sujetador y luego el tanga.

—Es más fácil quitarlo —murmuró entre dientes mientras se lo subía por las piernas.

Luego cogió las medias entre sus manos e intentó ponérsela, la rompió en el intento y sonrió satisfecho.

—No te preocupes, una mujer nunca viaja con un solo par de medias.

Contoneándose a conciencia, Sofía sacó otros panti y se los dio.

En esta ocasión, con más paciencia, Marcos consiguió ponérselos.

Finalmente, le colocó el vestido y le subió la cremallera de la espalda con manos temblorosas.

—Sabes muy bien lo que estás haciendo —le dijo situado detrás de ella rozándole la nuca con el aliento—. ¿Quieres matarme? Me has puesto a cien.

La tomó por la cintura y la acercó más a su cuerpo para que comprobase la evidencia.

—No querrás arruinar todo lo que has logrado, ¿verdad? —preguntó Sofía de forma inocente.

—No, por Dios Santo —suspiró Marcos. La tomó de la mano y tiró de ella para salir de aquella habitación cuanto antes.

Mientras esperaban el ascensor, se acercó a ella y le susurró:

—Todo lo que he hecho ahí dentro contigo, ha sido la primera vez en mi vida, conste —le dejó muy claro.

—Me alegra crear primeras veces entre nosotros. Solo espero que no te avergüences —le indicó juguetona.

—Nunca me avergüenzo de nada de lo que hacemos juntos.

Las puertas del ascensor se abrieron y entraron tras saludar a una pareja.

Mientras llegaban a la planta baja, Marcos le preguntó junto al oído:

—¿Alguna vez te han follado en un ascensor? —Sofía lo miró alterada y con el corazón desbocado. Lo había provocado y llevado al límite, y recibiría su respuesta—. Por tu reacción ya veo que no —le susurró—. Me encantará crear otra primera vez entre ambos.

Sofía lo miró y le sonrió. Le gustó saber que él tampoco lo había hecho.

La cena discurrió con cierta incomodidad pese a la exquisita comida que habían pedido. Ambos tenían la mente en otra clase de manjar.

Tras los postres, cuando Sofía creía que volverían al hotel a descargar toda la tensión y las ganas que acumulaban, Marcos se empeñó en pasear hasta El Faro. Hacía una noche cálida y sin apenas frío.

Marcos la abrazó y comenzaron a andar entre caricias y besos.

—Quiero irme a la cama —protestó Sofía como una niña pequeña cuando tiene sueño.

—Es incómodo, ¿verdad? —preguntó Marcos con voz ronca y sensual.

—Es frustrante. Te necesito dentro de mí.

—Todo a su debido tiempo. Tu comenzaste este juego —le advirtió mientras paseaba las manos por su cintura y la subía por el costado, le masajeó el pecho con discreción.

Cuando llegaron al Faro, se hicieron varias fotos por insistencia de Marcos, se besaron y se abrazaron hasta que Sofía le suplicó que se fuesen de allí. Necesitaba intimidad.

—Cuando te miro veo que me pides a gritos que te folle. Tus mejillas sonrosadas, el brillo especial de tus ojos, tus labios hinchados... —paseó los dedos por ellos después de besarla.

—¿Soy la única que lo pide a gritos? —preguntó acercando su vientre a su entrepierna y contoneándose con sensualidad sobre él.

—No. Dejemos los gritos para un poco más tarde. —La tomó de la mano y comenzaron a caminar de vuelta, entre miradas y gestos cómplices.

Cuando llegaron a la recepción de hotel estaba desierta, era casi la una de la madrugada. Marcos llamó al ascensor y en la mirada lujuriosa que le dedicó Sofía lo tuvo todo claro. Había insistido en pedir postre en el restaurante, pese a que ambos apenas lo probaron, y quiso caminar hasta El Faro para hacer tiempo. Necesitaban regresar al hotel en el momento en el que no compartiesen ascensor con otros huéspedes.

Marcos le dedicó una sonrisa de diablo cuando las puertas del elevador se abrieron ante ellos y estaba vacío.

Tiró de la mano de Sofía y entraron antes de que alguien subiese. Apenas las puertas cerrarse del todo, Marcos, situado tras ella, ya le había levantado el vestido por la parte trasera y se disponía a romperle las medias y el tanga. La cogió en brazos, la empotró contra la pared y en cuestión de segundos la empaló.

Sofía estaba tan preparada para recibirlo que Marcos casi estalló apenas sentirse rodeado por su humedad. La penetró con fuertes embestidas y ambos estallaron a la misma vez. Fue rápido e intenso. Lo más intenso que habían vivido hasta el momento.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, Sofía rezó para que no hubiese nadie a la espera para entrar en el ascensor. No se sentía capaz de caminar por sí misma, y menos con tacones.

Marcos la cargó en brazos, ella no se lo impidió, y así llegaron hasta la habitación.

—¿Mejor? —preguntó él al depositarla en la cama. La miraba hambriento desde una posición superior.

—Cuando estemos completamente desnudos y nuestros cuerpos enredados —respondió con una mirada lujuriosa mientras llevaba su mano izquierda hacia su miembro.

Principios de febrero se presentaba complicado. Sofía y Marcos se incorporaron al trabajo y desearon volver a Canarias. Tenían mil cuestiones pendientes y sus horarios no les resultaban muy compatibles. Marcos trabajaba hasta altas horas de la noche, y Sofía se levantaba muy temprano. Tras regresar del idílico viaje en el que se olvidaron del mundo y solo fueron ellos dos, no tuvieron tiempo de verse en una semana.

Sofía intentaba trabajar a la vez que se recuperaba de su mano derecha. Iba más lento en todo lo que hacía, no podía conducir y dependía de Mónica, por lo que algunos días se quedaba a dormir en casa de su amiga.

Una noche Andrea se presentó en el club a exigirle explicaciones a Marcos. Cuando este se marchó de viaje se lo comunicó a través de un mensaje. Le decía que se merecía unas vacaciones, que tras salir de la cárcel solo se había dedicado a trabajar y necesitaba un descanso, pero no le dijo dónde se marchaba ni tuvo noticias suyas hasta que se enteró por la seguridad del club que su cuñado había vuelto.

—Así no se hacen las cosas, Marcos —le reprochó molesta, dando un sonoro golpe en la mesa del despacho de su cuñado—. Me has dejado sola al frente del club durante dos semanas —le reprochó histérica.

—¿Algún problema? —preguntó sentado, con la espalda reposada en el asiento en actitud desafiante.

—No. Todo en orden. —Andrea se sentó enfrente y le preguntó—: ¿Dónde has estado?

—Con la mujer que te encargaste de alejar de mí —le informó serio—. Nunca más vuelva a hacer algo así o no te lo perdonaré. ¿Entendido? Entre tú y yo no hay nada, ni lo habrá. No voy a ocupar el lugar de mi hermano en tu mesa, con tus hijos y en tu cama —le dejó bien claro.

Andrea asintió. No esperaba que le hablase así.

—La última vez tú y yo, aquí en el club... —Se refirió a la fiesta de Fin de Año.

—Eso no se volverá a repetir. Estaba pasado de copas. He decidido ser solo el dueño de este club. De ahora en adelante me desvinculo de presenciar sus fiestas, mucho menos de participar en ellas. Eso te lo dejo a ti.

—¿Estás con esa abogada? —preguntó casi con un grito ahogado. No lo podía creer.

—Lo que haya entre Sofía y yo es cosa nuestra. No te incumbe. No te metas. Te lo advierto por última vez si quieres que nos llevemos bien. De lo contrario me marcharé y buscaré otra cosa a la que dedicarme.

—No seas ingenuo, aquí tienes una pequeña fortuna por sueldo mensual. ¿Dónde ibas a encontrar algo similar con tus antecedentes? —lo enfrentó sin miedo.

—El dinero no lo es todo.

—Pero a ti te hace falta para vivir. Te conozco, deseas recuperar, y con creces, los años que pasaste encerrado y sin dinero volverías a ser un desgraciado.

Marcos no le dijo nada más. La miró serio y dio la conversación por finalizada.

Pasaron varios días y Sofía y Marcos solo se vieron una noche en la que él fue a cenar a su casa y terminó quedándose hasta la mañana siguiente.

Ambos pusieron excusas e intentaron no verse por San Valentín. Ninguno se atrevía a poner nombre a los sentimientos que tenían hacia el otro, mucho menos en voz alta, pero ninguno era un ingenuo y sabían que lo que había nacido entre ellos no era un simple rollo ni unos cuantos revolcones. A los dos les atrapaba el miedo de admitir lo que sentían por el otro de verdad.

Aquella mañana, Sofía estaba de los nervios. Llevaba dos días que no sabía nada de Marcos, le había enviado mensajes y lo había llamado infinidad de veces y no obtuvo respuesta alguna. Realmente estaba preocupada y pensaba con seriedad que le hubiese podido pasar algo grave. Se negaba a llamar a Andrea y preguntarle por él.

Mónica entró en el despacho de Sofía y la vio muy rara.

—¿Qué te ocurre? —preguntó interesada.

—No sé nada de Marcos desde hace dos días y me preocupa.

—Uy, uy tanto control... —Le sonrió, pero Sofía no estaba de humor.

—Es en serio. No es normal. Él me llama más a mí que yo a él, y hace más de cuarenta y ocho horas que está desaparecido del mapa. No ha abierto el WhatsApp.

—Vaya, eso sí es raro. ¿Y si ha perdido el móvil? —aventuró.

—No sé qué pensar. ¿Tú sigues acostándote con el amigo de Marcos? —preguntó llevándose la mano a la cabeza. Estaba un poco desesperada—. ¿Héctor se llamaba?

—Sí. Y sí, nos seguimos acostando —respondió a ambas preguntas.

—¿Podrías averiguar con él si sabe algo de Marcos? —le pidió como un gran favor.

—Sí, lo llamo e intento que Héctor se comuniqué con Marcos. Y así te quedas tranquila. —Se levantó y se encaminó hacia su despacho—. ¿Tú estás segura de que no estás enamorada hasta la médula de Marcos Luna? Porque yo creo que sí.

Sofía la fulminó con la mirada ante este último comentario.

Desde que había regresado de sus vacaciones con Marcos y les contó a sus amigas todo lo que habían vivido juntos, y ellas advirtieron el brillo en los ojos de Sofía, todas coincidían en lo mismo. Se había enamorado de aquel impresionante maromo de veintiocho añitos que follaba como un dios del universo. Pero Sofía se empeñaba en negarlo una y otra vez. Intentaba convencerse a sí misma, a la vez que sus amigas, que lo que había entre ella y Marcos era algo pasajero de lo que disfrutaban sin un compromiso rígido.

Dos horas después, cuando Mónica pudo localizar a Héctor y hablar con él, se presentó de nuevo en el despacho de Sofía.

—La madre de Marcos ha muerto —anunció paseándose frente a su amiga. Nunca se le habían dado bien dar aquel tipo de noticias.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —preguntó levantándose de pronto ante la inesperada noticia.

No conocía personalmente a la madre de Marcos, pero mientras estuvieron en Maspalomas él le habló un poco de ella y de lo feliz que la había hecho pasar aquella Navidad junto a él y sus nietos.

Sofía sabía que Rosalía estaba en una residencia de ancianos debido a que padecía Alzheimer.

—Gripe, neumonía... No sé bien. Héctor tampoco estaba muy informado. La cosa es que la mujer se empezó a sentir mal, el resfriado atacó fuerte a los pulmones y se ha ido en tres días.

—Joder, ¿sabes en qué tanatorio está? Debo ir a acompañar a Marcos en estos terribles

momentos.

—Sofía... verás. —Mónica no sabía cómo decirle aquello—. La madre de Marcos se enterró ayer.

—¿Qué?! —preguntó asombrada, sin creerlo—. No puede ser.

—Héctor estuvo en el entierro.

Sofía se desplomó en el asiento y dos lágrimas brotaron de sus ojos. Se sentía como si le hubiesen pegado una gran bofetada y aún le diese vuelta todo a su alrededor.

—¿Me puedes dejar sola, por favor? —le exigió cuando vio que su amiga se quedaba en silencio mirándola.

Mónica asintió y se marchó. Conocía bien a Sofía, y cuando estaba así era mejor dejarla sola y que se desahogase.

Dos días después, era Sofía la que no le cogía las llamadas a Marcos ni le contestaba a los mensajes que le dejaba.

Decepcionada, harta de llorar y preguntándose, durante horas sin dormir nada, qué significaba en la vida de aquel hombre, se planteó su futuro más inmediato.

Hacía dos días que apenas comía. Tras enterarse de la muerte de la madre de Marcos llegó a su casa, se tiró en el sofá y comenzó a llorar. Allí, hecha un ovillo, entre mantas y cojines llevaba más de cuarenta y ocho horas, preguntándose una y otra vez qué pintaba realmente en la vida de Marcos y qué futuro tenía con él. Por fin se había reconocido a sí misma, tras muchas lágrimas, que estaba perdidamente enamorada de él. Un hombre once años menor que ella, muy diferente y con el que tenía una relación de exclusividad en la cama solamente.

Se dio cuenta de que ella no significaba nada para él, y se planteó si todas las noches que pasaba en el club trabajando, como le decía, no estaba con otras mujeres. Los celos no la dejan en paz y decidió que no podía vivir así. Tenía una edad y era hora de sentar la cabeza, necesitaba tranquilidad y seguridad en su vida, algo que con Marcos nunca obtendría.

Cansado de que Sofía lo ignorase y preocupado a la misma vez, Marcos se presentó en la puerta de su casa dispuesto a derribarla si no le abría. Sabía que estaba allí, había hablado con Mónica y le dijo que hacía varios días que Sofía estaba en casa debido a un resfriado. Pero él sabía que había algo. Sofía se comportaba de una forma muy extraña y necesitaba verla.

Tras mucha insistencia, golpes y voces en la puerta de su casa, Sofía por fin le abrió a Marcos. No deseaba que sus vecinos llamasen a la policía y tuviesen un problema.

—¡Joder! Estás bien. —La abrazó de forma involuntaria en cuanto la tuvo delante—. Me tenías preocupado. ¿Qué te ocurre? —preguntó tomándola por ambos brazos y mirándola bien.

Apreció que tenía mala cara, con la melena enmarañada, con gafas de ver, ojeras pronunciadas, descalza y envuelta en una manta, Marcos sintió que Sofía tenía algo grave.

—No es nada. —Se dio media vuelta y se dirigió al sofá de nuevo. Le costaba estar de pie. Su cuerpo solo deseaba estar tendido. Un cansancio inusual la aislaba.

—¿Cómo que no? ¿Tú te has visto? —vociferó tras ella.

No tomó asiento a su lado. Se quedó de pie y la escrutó con la mirada.

—Será mejor que te marches. No vaya a ser que te pegue algo —le indicó con desgana, sin apenas voz, pero Sofía sabía que no se debía a ningún resfriado, sino a todo lo que había llorado en los últimos días.

—¿Por qué no me has contestado a las llamadas y mensajes? —le exigió de frente, con tono

de reproche.

—Por la misma razón por la que tú tampoco lo hiciste en los días en los que me cansé de hacerlo. Me tenías muy preocupada —reveló mientras se acomodaba mejor en el sofá y se tapaba con la manta hasta la barbilla. Tenía frío.

—Lo mío era diferente. Me pasado por una situación difícil y complicada, inesperada.

Sofía lo miró con atención y le dolió que ni siquiera allí, solos y de frente, fuese incapaz de decirle que había pasado por el duelo de perder a su madre.

—Comprendo. No todos los días se entierra a una madre —le espetó sin tapujos y lo miró desafiante—. ¿No pensabas decírmelo? —le reprochó.

Marcos la miró serio y apretando la mandíbula. No contaba con que ella tuviese aquella información.

—No. Hay situaciones prefiero pasarlas solo. Y esta era una de ellas. No me gusta mostrarme derrumbado ante nadie, y la inesperada muerte de mi madre me dejó así —explicó sin convencer a Sofía.

—Me olvidaba que solo nos debemos exclusividad en la cama. Fuera de ella somos dos completos extraños. Ni siquiera amigos para apoyarte en unos momentos como esos. Pero seguro que Andrea sí estuvo ahí abrazándote y mostrándote su apoyo. —No pudo acallarse el comentario. Hervía por dentro.

—No compares. —La fulminó con la mirada por haberle hecho aquel comentario mal intencionado—. Ella es parte de mi familia.

Sofía soltó una sonora carcajada, forzada, se levantó, tiró la manta al suelo con rabia y lo encaró.

—Me has dejado muy claro qué soy para ti, Marcos Luna. —Casi le escupido estas palabras, entre dientes.

—¿Qué quieres, Sofía? —le preguntó sin entenderla—. Creí que todo entre nosotros estaba muy claro.

—Ahora lo está, al menos para mí —le dijo con el mentón alto, mientras hacía grandes esfuerzos por mantenerle la mirada—. Esto se ha acabado. Lo que sea que tuviésemos entre tú y yo —especificó haciendo un gesto con la mano y alejándose de él.

—¿Cómo? —preguntó descolocado—. ¿Me estás dejando?

—No teníamos nada, solo nos acostábamos cuando nos apetecía. Me lo acabas de dejar muy claro. Ni siquiera éramos amigos. Comprendo que en medio del dolor de la muerte de tu madre no me llamasas, pero tras días de ello te has presentado aquí y no pensabas contármelo —le reprochó dolida—. He tenido mucho tiempo para pensar, y ¿sabes qué? Ya no quiero seguir acostándome contigo. Me he cansado. Necesito algo más y estoy dispuesta a encontrarlo.

Marcos cerró los ojos y tragó con dificultad.

—¿Algo más? ¿Qué quieres, Sofía? —preguntó con pesar.

—Tú no me lo podrías dar —aseguró convencida de ello—. Tenemos intereses diferentes en esta vida.

—Cuéntamelo —le rogó abatido.

—Necesito una relación seria. Un compromiso a largo plazo. Vivir con mi pareja, hacer vida de tal y deseo ser madre. Tengo treinta y nueve años y no lo puedo posponer más. No estoy para perder el tiempo y es lo que hago contigo. Necesito avanzar y es algo que sé que no haré a tu lado.

—Sofía, yo... —titubeó extendiéndole una mano que ella rechazó.

—Lo entiendo. Eres once años menor que yo, once —repitió con énfasis—. Cada día me

pregunto qué clase interés despertaba en ti cuando puedes tener a todas que las quieras, mucho más jóvenes que yo. Tienes veintiocho años, la vida que yo deseo en estos momentos te queda muy grande. Comprendo que tus prioridades sean otras. Por eso rompo para siempre esa exclusividad que teníamos.

Desesperado, fue hasta ella y la tomó por la cintura.

—¿No podemos llegar a un acuerdo? No quiero perderte —le rogó.

—¿Un acuerdo? ¿Qué propones? —preguntó con una sonrisa forzada.

—Una relación, empecemos algo poco a poco.

—No. No nos llevaría a ningún lado. Sé, y estoy segura, que te cansarías de mí y me harías perder el tiempo. Y no me queda mucho, ¿sabes? He decidido que quiero ser madre, pero al mismo tiempo tengo muy claro que tú no eres el padre indicado para mi hijo. No estás preparado —le dejó claro.

—¿Y qué vas a hacer, quedarte embarazada de cualquier tío? —le reprochó enfadado.

—Voy a recurrir a un banco de esperma. Lo tengo decidido desde hace tiempo. Desde que me separé de Tomás.

Marcos la miró asombrado, con los ojos muy abiertos. Sofía iba a un ritmo que él era incapaz de seguirla.

—¿Qué?! —Sacudió la cabeza intentando asimilar todo aquello.

—Lo que has oído. Ya sabes mis planes y no encajas en ellos. Ahora, por favor, márchate —le rogó de espaldas a él, con la vista clavada en el jardín exterior de la casa.

—¿Esto es una despedida? —preguntó retorciéndose las manos. Nunca se había visto en una situación igual. Su corazón le dictaba una cosa y su cabeza otra muy diferente.

—Sí —afirmó Sofía volviéndose despacio hacia él. Sin moverse de donde se encontraba.

—Entonces pongamos un buen broche final —murmuró Marcos decidido.

Fue hasta Sofía, la tomó entre sus brazos y se apoderó de su boca. Había deseado besarla desde que le abrió la puerta y no pensaba marcharse sin volver a probar el sabor de sus dulces labios.

Ella se resistió en un primer momento, pero luego terminó cediendo. Estar entre sus brazos y besarlo era demasiado tentador.

—Marcos... No... —protestó sobre sus labios cuando comenzó a desnudarla con prisa.

—Una despedida —susurró—. Una última vez, no me lo niegues, no te lo niegues —le rogó sin dejar de besarla. Necesitaba sentirla una vez más.

Sofía no fue lo suficientemente fuerte como para parar aquello. Comenzó a arrancarle la ropa mientras se decía que algo así nunca más no volvería a suceder. Era la despedida para siempre, la que grabaría para resto de su vida en sus recuerdos.

Hicieron el amor como locos sobre el sofá, desnudos y con cada beso, cada caricia y cada embestida la sintieron como la última. Ambos lo tenían claro, no era suficiente la complicidad y la buena conexión que tenían en las relaciones sexuales juntos, en el ámbito personal de la vida diaria y futura, cada cual tenía planeado algo muy distinto.

Sin fuerzas, derrotados y con los corazones latiendo a mil por hora, Marcos y Sofía permanecieron en silencio tras culminar en un brutal orgasmo.

Pasados unos minutos, con cierta dificultad, Sofía se levantó de al lado de Marcos, se cubrió el cuerpo con la manta que permanecía tirada en el suelo y le dijo:

—Vete y cierra la puerta cuando te vayas —le ordenó dedicándole una última mirada.

Marcos le extendió la mano y trató de atraparla, pero ella fue más rápida y se marchó. Corrió escaleras arriba y se metió en la ducha. Lloró, muchísimo, mientras se enjabonaba y trataba de borrar los besos y caricias de Marcos que aún le quemaban en la piel.

Una hora después, cuando bajó al salón, con miedo y reticencia, por si él aún continuaba ahí, descubrió que se había marchado.

Encontró una nota encima de la mesa en la que le había escrito:

Has sido la mujer más importante que ha pasado por mi vida, pero nuestros mundos están sincronizados en tiempos diferentes. Tú ya has vivido muchas cosas que a mí me quedan por disfrutar. No puedo acompañarte en tu nuevo camino.

Lo mejor será no vernos más. No puedo tenerte cerca y tratarte como a una amiga. Las ganas de llevarte a mi cama y tenerte desnuda junto a mí no se pasarán nunca.

Siempre tendrás un hueco muy especial en mi corazón, Sofía Ortiz. Deseo que te vaya muy bien en la vida que tienes proyectada.

Marcos Luna.

Tras leer aquella nota, Sofía rompió a llorar. Era el punto y final a todo lo que tenía y había disfrutado junto al hombre que tardaría en dejar de amar.

Al día siguiente, Marcos recibió en un email una documentación del despacho de Sofía, en la que renunciaban a llevar los asuntos legales de El Castillo. Firmó la rescisión del contrato de inmediato y se dijo que era lo mejor, romper todos los lazos con ella cuanto antes. No verla más

era uno de sus propósitos para olvidarla cuanto antes.

Las amigas de Sofía fueron a visitarla aquella noche, Mónica le comunicó que Marcos había firmado la cancelación sin oponerse. Sofía suspiró al mismo tiempo que le dolió haber cortado el último lazo que la unía a él.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Natalia tomando de la mano a Sofía. No tenía muy buen aspecto.

—Cansada, pero ya todo va cogiendo su curso. En unos días estaré legalmente divorciada de Tomás y lo mío con Marcos ha terminado para siempre. Ahora deseo recuperarme y cumplir con mi sueño. Ser madre.

—¿Estás decidida? —preguntó Lidia. Sus amigas estaban al tanto de la decisión que había tomado de convertirse en madre soltera acudiendo a un banco de esperma para inseminarse.

—Más que nunca. Lo deseo con todas mis fuerzas —afirmó Sofía convencida.

Natalia y Lidia, sentadas a su lado, asintieron.

—Te podrías haber quedado preñada de Marcos, no le hubieses dicho nada, te ahorrabas la pasta que cuesta la inseminación y de paso garantizabas de que tu bebé tuviese buenos genes. El tío está como quiere, y ya si el niño heredaba sus ojazos... —Mónica se cayó cuando vio que estaba metiendo la pata. Sofía la miraba seria—. Lo siento —se disculpó levantando ambos brazos mientras se paseaba por la estancia intranquila—. Solo era una idea.

—Yo nunca podría haber hecho eso. Sería como una traición a Marcos.

—¿Y por qué coño no le dijiste que estabas enamorada de él? Igual él también lo está de ti. La forma en la que te mira me dice que está muy coladito por tus huesos y quizás hubieseis podido arreglar vuestra situación. Algo me dice que ambos estáis sufriendo de alguna forma —continuó Mónica.

Sofía no les había dicho abiertamente a sus amigas lo que sentía de verdad por Marcos, pero según ellas saltaba a la vista que ambos estaban enamorados y trataban de negarlo.

—Ya no importa lo que ninguno de los dos sintamos. Me quedó claro que no me quería a su lado ni como una amiga cuando su madre murió. Algo se activó en mi cerebro que me hizo romper con todo lo que me unía a Marcos. Tuve claro que con él nunca iba a pasar de ser solo sexo.

—Confiesa, para ti ¿fue solo sexo? —preguntó Mónica con interés.

Sofía le dirigió una mirada asesina, cuando se ponía en plan abogada te voy a interrogar la odiaba.

—No —contestó al fin, incómoda, revolviéndose en el asiento—. Me enamoré de él —confesó al fin—. No sé en qué momento lo hice, pero pasó —reveló agobiada—. No tenemos nada en común, es once años menor que yo y lleva tatuajes cosa que siempre los he odiado en los tíos. Lo miro y es el típico hombre en el que nunca me hubiese fijado, sin embargo...

—Ya cariño, pero el amor es así. Quién te iba a decir que algún día perderías la cabeza por un expresidiario, menor que tú, con un cuerpo de infarto y unos ojos maravillosos que te ha follado como nunca soñaste que se pudiera —le dijo Mónica, ella siempre tan sincera.

—No quiero hablar más de Marcos. Desde hoy está fuera de mi vida. Es agua pasada. Quiero centrarme en mi trabajo y en quedarme embarazada, son mis prioridades en estos momentos.

Lidia, Natalia y Mónica la abrazaron y la apoyaron.

Sofía estaba deseosa de que llegase la primera semana de marzo, había cogido cita en la clínica y comenzaría el proceso de diagnóstico para quedarse embarazada.

Cada día estaba más ilusionada. Pensar en el bebé y en su faceta de madre hacía que Marcos no apareciese en su mente cada segundo.

La tarde que Sofía debía acudir a las pruebas que se realizaría en la clínica para el proceso de la inseminación artificial de donante, Mónica se ofreció a ir con ella, pero ella le indicó que no hacía falta. Eran unas simples pruebas rutinarias en la que se evaluaba que todo en ella estuviese bien para quedarse embarazada. Prefería que Mónica la acompañase en el momento en el que colocasen en su útero los espermatozoides del donante anónimo.

Sofía se sometió a varios exámenes rutinarios y de inmediato la hicieron pasar a la consulta del médico de nuevo. Era una mujer muy amable llamada Catalina.

—Sofía, tengo algo que comunicarle —le manifestó seria la doctora—. Usted no va a poder ser inseminada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tengo? —preguntó asustada.

—Básicamente su visita a este centro ya no es necesaria. Usted está embarazada —confirmó.

—¿Cómo?! —preguntó asombrada.

—Le hemos realizado una ecografía y hemos visto con claridad el feto. Tiene unas doce semanas de gestación.

—No puede ser —comentó casi ahogándose al pronunciar las palabras.

—Lo es. Enhorabuena. Usted será madre antes de lo deseado.

Sofía sintió que le faltaba el aire. Miedo y felicidad hicieron aparición al mismo tiempo, a partes iguales. Estaba embarazada, algo que ni sospechaba hasta el momento. Ya era un hecho. Se llevó una mano hacia su vientre y dos lágrimas saltaron de sus ojos. No lo podía creer. Un hijo de ella y Marcos crecía en su interior.

Emocionada, se levantó y se despidió de la doctora.

Cuando Sofía salió a la calle, lo primero que hizo fue sentarse en el primer banco que encontró y tratar de ordenar todos sus sentimientos. Por un lado, se sentía inmensamente feliz, iba a ser madre, sin embargo, por otro, un gran agobio se apoderó de ella.

Era consciente de que Marcos no quería hijos ni estaba preparado para ello, sin embargo, sentía que tenía derecho a saber que iba a ser padre. Aquello había ocurrido sin querer, pero se iba a convertir en una realidad.

Se levantó y comenzó a caminar sin rumbo. Por su cabeza pasaron muchas cosas, entre ellas que Marcos la acusase de quedarse embarazada a conciencia, y si le llegaba a reprochar aquello jamás lo soportaría.

Sin rumbo, caminó mientras lágrimas de emoción y tristeza al mismo tiempo resbalaban por sus mejillas.

Cuando Sofía fue consciente de dónde se encontraba, estaba delante del edificio de su amiga Mónica, suspiró y llamó a su casa. Necesitaba compartir aquello que le sucedía con alguien.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mónica en cuanto vio la cara de Sofía. Venía hecha un desastre con todo el maquillaje corrido, sin embargo, le dedicó una sonrisa al llegar.

—Estoy embarazada —anunció sin saber por dónde comenzar a explicarle todo lo que le sucedía.

—¿Ya? ¿Pero hoy no eran las pruebas rutinarias? ¿Todo se ha acelerado o qué? ¿Y ya lo sabes? Joder, que rápido van estos nuevos métodos.

Mónica, nerviosa, no dejaba de hablar. Sofía se había sentado y se retorció las manos.

—Ya estaba embarazada —anunció con voz temblorosa.

—¡¿Qué?! —Mónica se sentó junto a ella, le tomó las manos e hizo que la mirase a los ojos.

—De Marcos —especificó—. Fue... fue accidental. Yo no lo sabía.

—Joder. ¿No os cuidabais?

—Sí... bueno, algunas veces no. —Cerró los ojos y recostó la cabeza sobre el sofá—. La verdad que no me preocupaba. Con la edad pensaba que era más difícil quedarse embarazada, no pensé que sucediese.

—Follabais como conejos, en quince días en Maspalomas juntos no creo que solo os tomaseis de la mano.

Sofía asintió al recordar que en más de una ocasión no tomaron precauciones. Ella no había estado con nadie antes y él le aseguró que había tomado medidas siempre con otras mujeres.

—Ya no hay marcha atrás.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó con miedo Mónica.

—Voy a tener a mi bebé. Estoy embarazada de dos meses y medio. Y es del hombre al que amo, aunque eso suponga una ventaja y un inconveniente al mismo tiempo —reveló.

—Comprendo. ¿Vas a contárselo a Marcos?

—Lo he pensado mucho y no. Él desea libertad y otro tipo de vida, por algo no estamos juntos. Si le digo que va a ser padre lo estaría condicionando a tener una vida junto a un hijo que no ha deseado, y lo que menos quiero es amarrarlo de alguna forma.

—Pero tiene derecho a saberlo. Es el padre.

—Creo que tengo unos meses para pensarlo bien.

Mónica asintió. No tenía porqué decidirlo en aquellos momentos.

—Tienes todo mi apoyo. Lo que necesites, aquí estoy. Y ahora déjame abrazarte y besarte para darte la enhorabuena. Voy a ser tía —anunció a gritos muy contenta.

Se abrazó a Sofía y le mostró todo su cariño y apoyo.

Dos días después, para sorpresa de toda España, el Presidente del Gobierno declaró el Estado de alarma en todo el territorio de la nación como consecuencia de la pandemia sanitaria del Covid-19. Un virus al que en un principio no se le dio demasiada importancia al creerse que se trataba de una simple gripe. En un corto periodo de tiempo, en días, había empezado a cobrarse demasiadas vidas y se propagaba a una velocidad galopante.

Toda la población española debía permanecer confinada en sus casas ya que la declaración del Estado de alarma suponía la pérdida del derecho a la libre circulación de personas. Las fronteras del país se cerraron y una gran tormenta, que nadie esperaba, se cernió sobre todos los españoles:

calles vacías, la actividad económica del país paralizada, grandes colas en los supermercados, hospitales de campaña montados en tiempo récords y hoteles medicalizados... Llegando incluso a la falta de test médicos para la población, sin mascarillas y sin guantes que protegiesen de una situación a la que nadie sabía cómo enfrentar, el pánico y la preocupación asolaba España.

La misma noche de la declaración del Estado de alarma Mónica se presentó en casa de Sofía con dos maletas.

—Esto pinta muy negro, amiga. Tenemos de referencia a China e Italia. No pienso pasar días encerrada en casa sola, así que lo vamos a pasar juntas. He venido a cuidarte. Una mujer embarazada como tú no puede salir a la calle para nada. Debes de permanecer aquí hasta que todo esto acabe. Somos la provincia más afectada de Andalucía —anunció con miedo.

—Seguro que no es para tanto —la tranquilizó Sofía—. Pero me gusta tenerte aquí.

—Subo a la habitación de invitados, ya sé el camino —dijo Mónica como si estuviese en su casa.

Marcos recibió la noticia de que debían cerrar el club y encerrarse en casa mientras se tomaba unas copas con Héctor. Ambos hombres se despidieron y cada cual se marchó a su casa. Marcos, de camino a ella, decidió que pasaría el confinamiento en El Castillo. Era una extensa propiedad y por lo menos podría hacer ejercicio. Paró en un supermercado, llenó el coche de comida y se refugió en el club. Le dijo al portero y la seguridad que se marchasen a casa y él se quedó allí.

Andrea se puso en contacto con él y lo invitó para que se fuese a su casa, pero Marcos no aceptó. Le gustaba disfrutar de sus sobrinos, pero eso implicaba estar cerca de su cuñada y trataba de evitarlo. Desde que se dio cuenta de que entre él y Sofía todo había terminado intentó que tuviesen algo de nuevo, pero Marcos no lo permitió. Había muchas mujeres en el mundo como para tirarse a la madre de sus sobrinos y la viuda de su hermano.

Tras una semana de confinamiento, el panorama nacional era desolador, una gran cantidad de muertes y contagios hicieron que toda España estuviese en sus casas con miedo.

Cuando prorrogaron el Estado de alarma inicial a otros quince días, la cosa se puso realmente seria. La preocupación del país entero era extrema, un virus desconocido había conseguido parar el mundo. No solo era España la que se encontraba en esta situación, aunque sí uno de los países más castigados.

—Llevas unos días que apenas comes —le indicó Mónica a Sofía. Estaban sentadas a la mesa y apenas había probado bocado.

—Es que todo esto me tiene muy inquieta. Es algo que jamás hubiésemos pensado. No sé qué pueda pasar ni cómo nos pueda afectar. Y no me refiero al ámbito laboral.

Sofía y Mónica estaban teletrabajando, en la medida de lo posible, desde casa.

—Pero tienes que cuidar a ese bebé. En estos momentos tienes que estar fuerte por él.

—¿Y si algo va mal? Me da pánico tener que acudir a un hospital.

—No tiene porqué ir mal. Nuestras bisabuelas estuvieron embarazadas en condiciones peores a las que tenemos hoy día, a muchas les tocó vivir la guerra. Así que deja de pensar cosas raras. Hay que ser positivas. Ese bebé va a nacer sano y nos tendrá con la baba caída de lo precioso que será.

Sofía le sonrió al mismo tiempo que le agradeció su presencia allí, los ánimos que le daba todos los días y cómo la cuidaba. Mónica era la encargada de salir siempre que hacía falta comprar algo. No dejaba que su amiga se expusiese lo más mínimo.

—No puedo dejar de acordarme de Marcos todos los días. Me pregunto a cada instante cómo

estará viviendo este confinamiento.

—No sé nada de él. Héctor y yo dejamos de vernos antes de que ocurriese todo esto. No terminamos muy bien.

—¿Y eso? —se interesó Sofía.

—Otro día te lo cuento. No tengo ganas de hablar de ello. Ese tío me gustaba realmente y como todos, resultó un cabrón.

Sofía no preguntó más. Recogieron la mesa y se fueron al salón a escuchar las desoladoras noticias con las que se abría todos los días el telediario de la sobremesa.

Como era habitual, Sofía se quedó dormida a la mitad de este. El embarazo le daba mucho sueño y se pasaba el día en la cama o en el sofá rebujada en una manta y sumida en los recuerdos. No se lo decía a Mónica, pero Marcos siempre estaba en sus pensamientos de alguna forma.

Dos días después Sofía recibió un mensaje de Marcos, interesándose por ella y le comentaba que él estaba bien.

Ella le respondió de forma escueta, pese a que le hubiese encantado entablar una larga conversación y saber mucho más de él en estas circunstancias.

Al día siguiente, Marcos llamó a Sofía. Necesitaba oír su voz. Hacía más de un mes que no la veía ni sabía nada de su vida. En todo ese tiempo la había extrañado y se había preguntado a diario con quién estaría en aquel confinamiento. Pero al mismo tiempo temía la respuesta, si le confirmaba que estaba con otro hombre no sería capaz de soportarlo. Aquellos días, aislado en la soledad le habían servido para meditar y darse cuenta de lo realmente importante en la vida. Él ansiaba salir de la cárcel para vivir la vida. Sin embargo, en este tiempo encerrado, había descubierto que esta no tenía mucho sentido sin lo más esencial en ella: el amor. Desde que dejó de ver a Sofía había estado con otras mujeres, se había dedicado a hacer lo que deseaba para sentirse bien y disfrutar, lo que siempre soñó. Sin embargo, se descubrió que no era feliz. La extrañaba cerca de él y no se sentía completo sin ella a su lado.

Tras varios tonos, con la mano temblorosa y no saber qué hacer, Sofía decidió descolgar y hablar con Marcos. Estaba sola en el salón. Mónica había salido a comprar unas cosas que necesitaban.

—Hola, Sofía, ¿cómo te encuentras? —preguntó Marcos cuando ella cogió la llamada y se quedó en silencio.

—Bien. En casa. Llevando toda esta situación lo mejor posible. ¿Tú qué tal estás? —se interesó.

—Estoy bien, pero me agobia el hecho de volver a estar encerrado. Esto me trae muy malos recuerdos. Es como estar en prisión de nuevo. Nunca pensé que volvería a pasar por algo así de nuevo.

Sofía lo notó nervioso y desesperado.

—Es de locos.

Se hizo un breve silencio en el que ninguno supo qué más decir.

—Te extraño —reveló Marcos con voz ronca. No deseaba que le cortase la comunicación—. Pienso en ti todos los días desde que nos dejamos de ver. Dime que tú también has pensado en mí en este tiempo —le rogó casi desesperado.

Una sensación de vértigo y felicidad, junto con una corriente eléctrica que le atravesó todo el cuerpo, embargaron a Sofía. Cerró los ojos y dominó la voz. Se le había hecho un nudo de

emoción en la garganta.

—Lo he hecho, Marcos. Debo admitir que has sido alguien importante en mi vida y no puedo borrarte de ella de un plumazo. Hemos compartido muchas cosas que permanecerán siempre en mis recuerdos. —Fue completamente sincera. La situación por la que pasaban y el embarazo la tenían muy sensible.

—Durante estas tres semanas de encierro he tenido tiempo de pensar mucho, de conocerme mejor y de comprender lo que realmente deseo —murmuró Marcos, con pesar.

—Lo dices como si con eso no fueses feliz. Desde mi punto de vista creo que es bueno que te descubras a ti mismo. En ocasiones en nuestra vida diaria no tenemos tiempo de parar y analizarnos, ni ver si nuestro día a día es algo mecánico o lo que realmente deseamos.

—¿Cómo estás pasando este confinamiento, estás sola en casa? —se atrevió a preguntar. No dormía por las noches pensando en ello.

Sofía se acarició el vientre con los ojos llorosos y se tomó unos segundos antes de responder.

—No. —Se hizo un silencio y luego decidió aclararle—: Estoy con Mónica. Nos hacemos compañía. Ambas estábamos solas.

—Bien. Eso está bien —murmuró aliviado—. Así no estáis sola ninguna de las dos.

—Y tú, ¿dónde lo estás pasando? ¿Estás solo? —se atrevió a preguntar. Él ya había abierto la veda.

—Estoy en El Castillo —reveló. Sofía se tensó y se quedó en silencio—. El club está cerrado, no hay nadie, pero me vine aquí, es más grande que mi casa y puedo moverme con más libertad, de paso lo cuido y vigilo. Puedo salir al exterior a hacer ejercicio. No me siento tan encerrado como en mi piso de sesenta metros cuadrados.

—Comprendo.

—Sofía... —No sabía cómo decirle aquello—. Tengo todas las intenciones de que las cosas entre tú y yo cambien cuando todo esto llegue a su fin. Me he dado cuenta de que te necesito en mi vida —confesó inquieto. Nunca se había declarado de una manera formal a una mujer. No sabía cómo decirle que se había dado cuenta de que la amaba más que a nada en la vida.

—Yo creo que para nosotros ya es muy tarde.

De repente, le colgó la llamada y suspiró emocionada y con los ojos llenos de lágrimas. Se llevó una mano al pecho, levantó la vista y se encontró con una mirada cargada de reproche por parte de Mónica. La tenía parada frente a ella con las manos en la cintura.

—¿Por qué has hecho eso? —le reprendió Mónica—. Estás enamorada hasta la médula de ese tío y vas a tener un hijo suyo —le enumeró a modo de recordatorio—. ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha llamado él?

Sofía asintió mientras se acomodaba mejor en el sofá, bajo la atenta mirada de Mónica que se sentó a su lado.

—Me ha dicho que me extraña y que tiene intención de que las cosas entre nosotros cambien cuando todo esto termine.

—Joder, ¿y qué más quieres? Dile que tú también lo extrañas, que lo quieres con locura y vais a tener un hijo —resolvió.

—No es tan fácil —murmuró Sofía.

—Explícamelo porque no lo entiendo.

—Me extraña porque está solo. Lleva tres semanas encerrado y sin sexo. Admito que para él he sido más que el resto de mujeres que han pasado por su cama, pero no me voy a lanzar a la piscina y quedarme desnuda porque me confiese que me ha extrañado. ¿Tú te crees que cuando yo le diga a Marcos que estoy embarazada no va a salir corriendo? No está preparado para esa vida. Solo tiene veintiocho años.

—Y dale con la edad. Hay hombres que son padres con menos años. Yo lo veo un tío maduro, responsable y decidido.

—Tampoco quiero que esté a mi lado o acepte al niño porque se sienta responsable. No quiero amarrarlo. Ha sufrido mucho en esta vida y deseo que sea feliz.

—No hay quién te entienda. —Puso los ojos en blanco, alzó las manos y suspiró—. Voy a meter la compra en la nevera.

Desde aquella llamada, Marcos le enviaba un mensaje diario a Sofía preguntándole qué tal estaba. Ella solía responderle de forma escueta y no le daba más tema de conversación porque le dolía sentirlo cerca.

Aquel día Sofía tenía tres llamadas perdidas de Marcos, no le atendió ninguna. Escucharlo la emocionaba al mismo tiempo que la alteraba, y necesitaba tranquilidad.

Cuando volvió a sonar, Sofía y Mónica cenaban en el salón con la televisión de fondo, Mónica fue muy hábil, le cogió el teléfono a su amiga y lo atendió ella.

—Hola, Marcos, ¿qué tal te encuentras? Soy Mónica. Sofía ha tenido hoy el estómago un poco revuelto y por eso no te ha podido responder las llamadas, pero ya está un poco mejor. —Mónica le dedicó una sonrisa fingida a su amiga mientras que esta la fulminaba con la mirada.

—¿Puedes pasarme con ella? —preguntó preocupado.

Mónica le extendió el teléfono a Sofía y se marchó a la cocina para darle más privacidad.

—Hola, Marcos.

—¿Qué te ocurre, estás bien? —se interesó algo alterado. Escuchar que Sofía había estado mal lo atacó.

—Sí. El estómago revuelto, algo normal.

—¿Normal? —preguntó con tono de confusión.

—Eh... sí... —Sofía lamentó su error—. Normal en mi estado —reveló en un susurro.

—No te entiendo —manifestó algo confuso.

—Estoy embarazada. —Tras decirlo en voz alta, cerró los ojos fuertes y esperó su reacción. Marcos tardó unos segundos en reaccionar.

—Te... ¿te inseminaste? —preguntó dudoso.

—Eh... sí —afirmó sin saber bien por qué lo hizo—. Mi sueño era tener un hijo.

—Bueno, no sé qué se dice en estos casos, supongo que debo felicitarte. —Se había quedado helado.

—Gracias.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al notarla un poco extraña.

—Sí, sí. Con los malestares normales que conlleva tener un bebé, por lo general todo bien.

—Me alegro. No te interrumpo más. Te dejo descansar.

Estaba tan descolocado que necesitaba respirar hondo y tomarse unos minutos a solas para digerir la noticia que le acababa de dar. En cierto modo, sentía que había perdido a Sofía.

—Adiós, Marcos.

Tras colgar la comunicación Sofía rompió a llorar. De inmediato se encontró con los brazos de Mónica. La refugió en ellos y le consoló.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó con calma mientras le acariciaba el cabello.

—No lo sé —lamentó entre lágrimas—. Malditas hormonas y este confinamiento que me tienen loca —justificó alterada.

—Debiste haberle dicho la verdad. Con las mentiras no se consigue nada.

—Lo sé... —Se derrumbó en el sofá y comenzó a llorar de nuevo. No se sentía orgullosa de lo que había hecho.

En el fondo sabía que lo hizo para vengarse de Marcos. Para que tomase un poco de su propia medicina, para que supiese que la había perdido y que ella no estaba llorando por los rincones tras dejar lo que tenían, que estaba decidida a tomar las riendas de su vida y no se iba a detener.

Pasó otra semana y Sofía no volvió a tener noticias de Marcos, su ausencia la mataba. Cada día esperaba recibir un mensaje o una llamada suya, pero no se producían.

En el día cuarenta del confinamiento decidió hacer un vídeo. La situación del país no mejoraba y ella tenía cada día más miedo. No sabía con qué clase de sociedad se iba a encontrar su hijo cuando viniese al mundo.

Sofía estaba de cuatro meses de gestación, en breve sabría el sexo de su bebé y la incertidumbre por todo cada vez la tenía más nerviosa. En los últimos días comenzó a pensar que si algo le pasaba a ella en el parto su hijo se vería desamparado. Por ello decidió hacer una grabación donde le revelaba a Marcos que el bebé que esperaba era suyo. Luego le envió una copia a Mónica y la autorizó a enviársela al padre de su hijo en el caso de que a ella le ocurriese algo.

Por su parte, Marcos vivía en una completa agonía desde que supo que Sofía estaba embarazada. Se reprochaba a diario haber dejado marchar de su lado a la mujer que amaba con todas sus fuerzas. Le había costado admitirlo, pero ya había asimilado que estaba enamorado de Sofía. Tenía a aquella mujer metida en su piel y sabía que nunca iba a poder olvidarla.

En aquel tiempo de encierro había tenido mucho tiempo para pensar y también aquella soledad y falta de actividad le había hecho ver lo que realmente era importante y lo que quería. Marcos había descubierto que su vida carecía de sentido sin Sofía en ella. No se divertía ni disfrutaba de nada si ella no estaba a su lado. No solo la extrañaba hasta límites insospechados, la necesitaba como respirar.

Sentía que había perdido a una gran mujer por no valorarla a tiempo y darle prioridad a las satisfacciones que siempre pensó que sería la felicidad de su vida. Descubrió que estar cada noche con una mujer diferente, salir de juerga y tener otros lujos no estaba ligado a una vida feliz.

Verdaderamente feliz se había sentido los días que pasó junto a Sofía en Maspalomas. No necesitaba más, solo a ella. Pero se había dado cuenta de todo aquello muy tarde.

En esos momentos se encontraba enamorado y con el corazón partido por la única mujer a la que había amado, sintiendo que la había dejado escapar como un gran imbécil, por darle prioridades a cosas que solo se las daría un niño tatuado.

Le gustaba cuando Sofía lo llamaba de aquella forma cariñosa. La sonrisa y el tono de su voz cuando se lo decía lo llevaba grabado a fuego en sus recuerdos.

Sintiéndose un completo desgraciado, pasaba los días del confinamiento en España en El Castillo, bebía y fumaba compadeciéndose de sí mismo y lamentando que ella fuese a tener un hijo de otro. Él mismo se encontró con la sorpresa de pensar que le hubiese gustado ser el padre del hijo de Sofía, ser él quién le hubiese proporcionado la alegría de dejarla embarazada. Ahora en su vientre crecía el hijo de un desconocido y era algo que nunca se iba a perdonar.

Sofía no volvió a tener más noticias de Marcos. Él no la llamó más ni se interesó en su estado. Su actitud con ella le decía que había hecho bien en no revelar que era el padre de su hijo. Si se comportaba así con la información que tenía, no se quería ni imaginar cómo lo haría de saber que era su hijo.

Tras dos meses encerrados en casa sin salir, Sofía si lo hizo bajo las medidas de seguridad recomendadas, para ir al médico y ver cómo se encontraba su bebé y si todo iba bien.

El embarazo marchaba a la perfección. Los médicos estaban casi seguros de que se trataba de un niño, pero no se lo confirmaron con seguridad. El bebé se movía demasiado y no captaron una imagen muy precisa.

Sofía no tenía preferencia por el sexo del bebé, pero cuando supo que casi seguro que era un varón se emocionó. Le gustaba tener a un hijo que se pareciese a Marcos en todos los aspectos.

Durante aquel tiempo había tomado una dura decisión que Mónica y sus demás amigas no compartían, por puro egoísmo de que Sofía se alejase de ellas, pero lo entendían.

Tras mucho pensarlo y meditarlo, Sofía decidió marcharse a Arinaga con sus padres de forma definitiva. Necesitaba alejarse de Marcos y no saber nada de él nunca más. Tenía pensado montar un bufete en Las Palmas y trabajar al mismo tiempo que criaba a su hijo. Allí contaba con el apoyo de sus padres, ellos podrían ayudarla con el niño y de paso disfrutar de su nieto.

Sofía ya era una mujer divorciada y había repartido los bienes con Tomás. Solo les quedaba vender el chalet en el que ella vivía en esos momentos y tendría una vida casi resuelta. El tema económico nunca sería un problema para ella. Su marido supo invertir muy bien durante el matrimonio, en acciones y propiedades, y todo ello le había beneficiado en el divorcio. Ella no renunció a nada de lo que le pertenecía por ley, consideraba que era lo que le correspondía tras años de vivir en una gran mentira y Tomás ocultarle que se hizo una vasectomía ya que no deseaba hijos.

A finales de junio, Sofía se marchó a Arinaga con sus padres. Deseaba que ellos disfrutasen de su embarazo y necesitaba tenerlos cerca más que nunca.

Dejó a Mónica encargada de recoger todas sus pertenencias de la casa y de firmar la venta del chalet.

La vida de Sofía cambió como nunca llegó a imaginar. Estaba de baja laboral y así continuaría hasta finales de año, eso le daba tiempo de buscar un sitio adecuado en el que montar su bufete, pero eso por ahora no le preocupaba, ya tendría tiempo. En aquellos difíciles momentos solo le interesaba su bebé, que todo fuese bien y el parto no se complicase.

Septiembre estaba cerca y cada vez le temía más al momento del nacimiento de su hijo.

Por otro lado, se sentía una mujer privilegiada por gozar de la paz y el paisaje que Arinaga le proporcionaba. Todas las mañanas salía a dar largas caminatas por el paseo, sus padres la acompañaban a veces, y lo que más le gustaba era sentarse o tumbarse en las plataformas de madera y contemplar el mar.

No pasaba un solo día en el que no se acordase de Marcos, cada vez que su hijo le daba una patada en el vientre se sentía culpable por ocultarle aquella vida, pero en el fondo sentía que le dejaba la libertad que él deseaba. De haber estado enamorado de ella o quererla en su vida de nuevo ya se hubiese puesto en contacto con ella, pero no era el caso. Desde que le comunicó que estaba embarazada no volvió saber nada de él.

En más de una ocasión estuvo tentada de llamarlo, pero no se atrevió. Esperaba que lo hiciese él, aunque ya había perdido todas las esperanzas.

Julio de 2020.

Sofía, como cada mañana, tras su larga caminata por el paseo de Arinaga, muy temprano, tomaba el sol en una de las plataformas de madera, contemplaba el mar en calma y las aguas transparentes recostada sobre una toalla mientras tenía la mente en blanco. Aquel era su momento del día. No se cansaba de repetir aquella rutina. Consideraba que le daban vida a ella y a su bebé.

Ya sabía con seguridad que iba a tener un niño, aún no tenía muy claro qué nombre ponerle, pero tenía tiempo, todavía le quedaba algo más de dos meses para dar a luz.

De repente, una sombra se cernió sobre ella y pasó muy rápido, tenía los ojos levemente cerrados, pero pudo apreciarlo. Los abrió un poco, sin incorporarse y no vio nada, volvió a cerrarlos y se relajó de nuevo.

De pronto sintió unos labios sobre los suyos, le dio un breve beso y escuchó una voz que jamás olvidaría:

—No digas nada. Déjame unos minutos para disfrutar de este paraíso a tu lado. Te amo con todo mi ser, Sofía Ortiz. No sé qué me hiciste, pero soy tuyo para siempre.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, parpadeó en varias ocasiones seguidas, para comprobar si aquello era un sueño, pero no. Marcos Luna estaba a su lado. La abrazaba a la misma vez que tenía el rostro enterrado a su cuello.

Marcos aspiraba su aroma a la misma vez que sentía cada latido de su respiración. Había soñado tantas veces con estar junto a ella, de esa forma, que necesitaba grabarlo en su mente y sentirlo.

Había pasado por mucho en la vida, pero en aquellos momentos era consciente de que aquel momento junto a Sofía era su verdadera recompensa.

Los últimos meses habían sido muy difíciles, llegó a pensar que no la volvería a ver más y se juró que si lo hacía no le ocultaría sus sentimientos ni un solo segundo más.

Sentía a Sofía temblar. Se incorporó un poco, la miró a los ojos, le sonrió y se atrevió a besarla de una forma más íntima y especial.

Ella le devolvió aquel beso hambriento por parte de ambos mientras varias lágrimas brotaban de sus ojos. En su mente se repetían de forma constante las palabras de Marcos: Te amo con todo mi ser.

—Tu madre me dijo dónde encontrarte —le reveló tras besarla y ambos quedar sentados frente a frente.

—¿Mi madre? —preguntó sorprendida.

—Sí. Fui a tu casa. La vez pasada me indicaste desde el lugar donde tomamos café cual era la casa de tus padres. Ella me indicó tu rutina de cada mañana.

Sofía estaba tan sorprendida de tenerlo allí que no atinaba a decir nada coherente.

—¿Cómo supiste que estaba en Arinaga? —preguntó con miedo.

—Mónica me lo dijo.

—¿Mónica? —preguntó asombrada. Antes de marcharse le hizo jurar que nunca le diría a Marcos dónde encontrarla ni que iba a tener un hijo de él.

—Me costó hacerla confesar, pero finalmente me dijo dónde estabas.

—¿Qué le hiciste? —preguntó de golpe.

Marcos soltó una enorme carcajada.

—Nada, creo que le di pena. Fui sincero con ella, como nunca lo había sido con nadie, me jugaba mucho, tú —le indicó con una caricia en su mejilla—, y confié en mí. Se lo agradeceré el resto de mi vida.

—¿Solo te dijo eso? —preguntó intranquila.

—Sí, y que habías decidido quedarte aquí para siempre.

Sofía se relajó un poco más.

Marcos la miró en silencio con unos ojos tan transparentes que a ella se le aceleró el corazón.

—Te amo, Sofía. He venido a decírtelo en persona. Te preguntaré porqué he tardado tanto tiempo. Existen dos razones, una, que yo mismo me negaba a aceptarlo, aunque creo que te amo desde que te vi por primera vez, desde entonces siempre has estado en mi mente. Y dos, porque no era seguro ir a buscarte antes. He pasado el Covid-19 y he estado a punto de morir —reveló.

—¿Qué?! —Todas las defensas de Sofía se cayeron al suelo, lo miró con el amor más grande reflejado en su rostro y llevó ambas manos a sus mejillas.

—Fue horrible aquella sensación de no poder respirar. Y luego, quedé hecho un trapo, no servía para nada. Caminar por casa me cansaba.

—¿Ya estás bien? —preguntó preocupada por él.

—De no ser así no estaría aquí. Lo último que deseo es ponerte en peligro a ti y a tu hijo.

Cuando Marcos nombró al bebé Sofía se sintió la peor persona del mundo. En un impulso, se abrazó a él llorando.

Marcos la refugió entre sus brazos y suspiró, emocionado. Por fin estaba junto a la mujer que amaba. Había temido no volverla a ver nunca más en aquel tiempo.

—Sofía, he venido decidido a recuperarte —le comunicó de frente—. En dos ocasiones mi mundo se paró, cuando entre en la cárcel y cuando se decretó el Estado de alarma. He jurado que la próxima vez que mi mundo se detenga yo estaré a tu lado. Es todo lo que deseo porque te amo. Eres lo más importante en mi vida y estoy decidido a hacer lo que haga falta para que seas completamente mía y te enamores de mí.

Se acercó lentamente con la mirada clavada en sus labios, como pidiéndole permiso para besarla.

Sofía le sonrió y fue todo lo que necesitó. La besó y ella le correspondió emocionada.

—No hará falta que hagas nada, mi niñato tatuado —Paseó las manos por sus brazos desnudos, llenos de tatuajes—, soy tuya. Te amo —confesó con la voz ronca por la emoción.

Con la alegría más grande que jamás hubiese sentido antes, la abrazó y volvió a besarla, en esta ocasión el que lloraba era él.

—Te amo con locura, señorita abogada —confesó entre besos—. Me acabas de hacer más feliz que el día que me comunicaste que saldría de prisión.

Sofía lo abrazó y se refugió en aquellos brazos que la hacían sentir segura y feliz.

—Te quiero —murmuró con sinceridad.

—Todo este tiempo me ha servido para darme cuenta de muchas cosas y cambiar mi vida —le confesó perdido en su mirada. Se relajó un poco, la tomó entre sus brazos y la sentó delante suya. Sofía apoyó su espalda contra su pecho y lo escuchó—: Le he dejado mi parte del club a Andrea, para mis sobrinos en un futuro, y le he comunicado mi renuncia. He vendido la casa de mi madre y quiero emprender una nueva vida, a tu lado. Dónde y cómo tú quieras —le aclaró decidido.

Sofía tenía sus manos entrelazadas con las de él, permanecía en silencio y sonriente mientras Marcos le contaba todas aquellas novedades.

—Me gustan esos cambios —murmuró sonriente con la mirada perdida en el horizonte,

mientras sentía el cálido aliento de Marcos sobre su cuello—. Tienes todo mi apoyo.

—Ahora soy un hombre sin estudios y en paro, aparte de un niño tatuado. Creo que lo tengo un poco difícil con usted, abogada.

Sofía se revolvió entre sus brazos, se colocó de rodillas frente a él y lo admiró mientras le acariciaba el rostro con orgullo.

—Creo que estos maravillosos ojos verdes, esta cara de niño guapo, este cuerpo maravilloso —Paseó sus manos por las partes que nombraba—, pero, sobre todo, este corazón, me han ganado. Te amo sin límites Marcos Luna. Sin estudios, en paro, tatuado y con todos tus defectos y virtudes.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero.

Se besaron bajo un sol que comenzaba a calentar sus cuerpos tanto como los besos que se daban.

—Hace mucho calor, ¿te apetece un chapuzón? —le propuso Marcos.

Sofía estaba en bañador por la parte de arriba, abajo llevaba unos pantalones cortos. Él tenía unas calzonas y una camiseta.

—Sí, me encantaría. Yo nunca entro sola al mar. Se lo tengo prometido a mi madre, por si resbalo —le comentó. Tenía mucho calor y un baño con Marcos era un lujo en aquellos momentos.

Cuando Sofía hizo referencia a su estado, Marcos miró su vientre y fijó los ojos en él.

—¿Puedo? —preguntó con la mano extendida para tocarle la abultada barriga—. ¿Qué es niño o niña? —preguntó con curiosidad.

—Un niño —reveló Sofía orgullosa.

—Deseaba tener esta conversación contigo luego, con más calma, pero... Sofía... —No sabía cómo empezar—. Necesito que sepas que yo te amo, este niño es parte de ti y desde ya lo quiero por ser tuyo. ¿Me dejarías ser su padre? Prometo amarlo y cuidarlo como si fuese mío.

Sofía sintió que se mareaba ante sus palabras. Se abrazó a él, suspiró y lloró.

—Es tuyo —murmuró cuando la emoción se lo permitió.

—Bien. Gracias —dijo Marcos.

—No me has entendido —le aclaró Sofía deshaciéndose de sus brazos y mirándolo de frente—. Es tuyo de verdad. Eres su padre —confesó entre lágrimas—. Es nuestro hijo, Marcos.

—¿¿Qué? —preguntó blanco, a punto de darle un infarto de la emoción.

—Cuando fui a inseminarme ya estaba embarazada. Yo lo ignoraba. Es tuyo. Desde que estuvimos juntos por primera vez no he vuelto a estar con otro hombre —confesó. Necesitaba que la creyese.

Marcos la atrajo hacia su pecho la abrazó y luego la besó mientras lloraba como un niño. Se separó un poco de ella, llevó su mano hasta su vientre, y ahora, sabiendo que era su hijo de verdad, lo acarició emocionado. Se colocó de rodillas delante de ella, acercó el rostro hacia su vientre y lo besó mientras la abrazaba.

—Es un milagro. Es mío. Nuestro —murmuró emocionado.

—Sí —confirmó Sofía mientras no paraba de llorar.

Marcos se colocó de pie de nuevo, tomó el rostro de la mujer que amaba entre sus manos, la miró con el amor más grande reflejado en sus ojos y la besó.

—Gracias —le dijo Marcos—. Gracias por hacerme el hombre más feliz sobre la tierra.

Sofía lo miró emocionada, lejos de reproches él le agradecía saber que era el padre de su hijo, y lo mejor de todo era ver la felicidad que reflejaba su mirada.

—¿Puedo darme un baño de la mano del padre de mi hijo y del hombre que amo con locura?

—murmuró Sofía sobre sus labios.

—Por supuesto, mi vida. Tus deseos son órdenes para mí. No hay nada en este mundo que no esté dispuesto a darte —le manifestó con orgullo.

Se metieron al mar y se dejaron mecerse al son de este, abrazados y besándose como dos enamorados.

Cuando regresaron a casa Sofía descubrió que Marcos, antes de ir a buscarla, se había presentado ante sus padres como el hombre que la amaba con locura y venía a conquistarla. Nunca lo pensó capaz de aquello. Lo admiró y lo amó aún más por ello.

Los padres de Sofía eran conocedores de quién era el padre de su nieto y por lo que pasaba su hija. Ella no tenía secretos con ellos.

La madre de Sofía, encantada con su yerno, le ofreció que se quedase allí en su casa. Marcos aceptó tras la insistencia de la mujer que amaba. Nada le apetecía más que dormir abrazado a ella y a su hijo.

Para sorpresa de ambos, los padres de Sofía les anunciaron que aquella misma tarde se marchaban a Tenerife de viaje por unos días, por lo que la pareja se quedó sola para disfrutar de una intimidad con la que llevaban meses soñando.

En cuanto los padres de Sofía se marcharon ella hizo algo que deseaba hacer desde hacía tiempo, pero no se había atrevido. Le mostró a Marcos el vídeo que grabó meses atrás donde le confesaba que era el padre de su hijo y le explicó todas las razones por las que no se lo dijo antes. Él no le reprochó nada. Era inmensamente feliz y no deseaba centrarse en el pasado, solo deseaba un futuro al lado de la mujer que amaba y de su hijo.

—Te amo, Sofía Ortiz. Deseo una familia contigo y una vida juntos hasta el final de nuestros días.

—Yo también te amo, mi niñato tatuado —murmuró entre besos.

—Hablando de tatuajes, debo enseñarte el último que me he hecho —anunció sonriente. Sofía lo miró seria. Marcos se bajó el pantalón y le enseñó justo debajo del oblicuo. Era un pequeño corazón y dentro estaba escrito el nombre de Sofía.

Ella le sonrió y llevó su mano hasta él.

—Me gusta. Es discreto y elegante. Igual me hago uno así.

Marcos la atrajo hacia él y la besó.

—Sabía que lo aprobarías. Y ahora tengo que hacerte la pregunta del millón. ¿Puedo hacerte el amor? —preguntó casi con miedo.

Sofía asintió.

—Creí que no me lo propondrías —respondió de forma sugerente. Fundiendo su cuerpo junto al suyo.

—Nunca he hecho el amor con una embarazada —comentó risueño.

—Será todo un placer instruirle, señor Luna. Por fin ha llegado el momento en el que yo lo guíe —comentó feliz y relajada, disfrutando de la situación.

—Ahora mismo soy como un adolescente en su primera vez. Hace cinco meses que no tengo sexo con nadie y me siento un completo inexperto —confesó nervioso.

—Yo te enseño —le susurró Sofía en el oído de forma provocadora. Aquello lo puso a cien.

—Será todo un placer.

Epílogo

Abril de 2021.

Marcos jugaba con su hijo de siete meses bajo la atenta mirada embobada en ellos de Sofía. Los observaba recostada en el marco de la puerta. Padre e hijo jugaban en la cama. Hugo reía a carcajadas con las tonterías que Marcos le hacía.

A Sofía le encantaba verlos así. Su marido era un padre maravilloso. Hacía tres meses que se había casado con él y ser su mujer le llenaba de orgullo.

La sorprendió con una boda en el atardecer de las dunas de Maspalomas. La llevó allí con la excusa de ver el paisaje como un año atrás cuando estuvieron allí juntos por primera vez, y cuando Sofía llegó se encontró con una boda organizada. Sus padres estaban presentes con Hugo en brazos, sus amigas también habían venido desde Marbella y dos amigos de Marcos, Héctor y Nicolás.

Marcos y Sofía habían decidido quedarse a vivir en Arinaga. Consideraban que era un lugar maravilloso para criar a su hijo. Compraron una casa con vistas al paseo y al mar, la cual aprovecharon muy bien. En la planta baja Marcos abrió una panadería que tenía muchísimo éxito. En la cárcel hizo un curso de panadero y pasaba muchas horas en la cocina. Ahora tenía su propio negocio y era feliz en aquella profesión. Solo trabajaba por la mañana y eso le permitía disfrutar de su mujer y de su hijo, ya que Sofía había encontrado un trabajo en una empresa privada, era la abogada de una constructora de un amigo de Héctor, él la recomendó para el puesto y ella accedió. Trabajar en un horario de ocho a tres y no tener que pisar los juzgados a diario además de contar con las tardes libres para dedicarlas a su marido y su hijo era todo un lujo.

La pareja no podía estar más feliz con la vida que habían escogido. Vivían en un lugar tranquilo, seguro, con el mar al lado y con un clima maravilloso. Los padres de Sofía estaban cerca y los ayudaban quedándose con el pequeño siempre que lo necesitaban. Y sus amigos los visitaban con frecuencia. Tenían una casa muy espaciosa donde le daban cabida a casi todos y los que no los enviaban a casa de los padres de Sofía.

En lo que iba de año ya llevaban dos celebraciones, la boda de Marcos y Sofía, que había sido a mediados de enero y aquella tarde se celebraba el bautizo del pequeño Hugo.

Las amigas de Sofía y los amigos de Marcos habían vuelto a viajar a la isla, y de paso que asistían al evento todos se tomarían unos días de descanso y aprovecharían para disfrutar aquel lugar.

La única que se quejaba de tanto acontecimiento continuado era Mónica, su relación con Héctor era como el perro y el gato y de nuevo estaban enfadados, pero los padres del niño confiaban en que volviesen a reconciliarse, ya que los habían designados como los padrinos de Hugo. El problema entre ellos radicaba en que eran demasiado iguales y ninguno daba su brazo a torcer porque el orgullo les podía.

—Mis amores, se acabó el juego. Hay que vestirse —les llamó la atención Sofía a su marido y a su hijo.

—¿Has escuchado a mamá? —Marcos lanzó a Hugo por los aires y Sofía sonrió al mismo tiempo que el bebé. Le encantaba esos juegos con su padre.

Sofía fue hasta la cama con ellos y cogió a su hijo en brazos.

—Mi vida, vamos a ponerte guapo. —Hugo le sonrió y su madre se lo comió a besos.

Era igual que Marcos, con sus mismos ojos verdes y su cara. Hasta en el carácter conquistador y risueño se parecía a su padre. Habían tenido mucha suerte, era un niño bueno, tranquilo, dormía y comía bien y era muy sociable. Marcos estaba deseando tener otro hijo, él mismo se sorprendía en su faceta de padre y marido, nunca llegó a imaginar que en aquella fase de su vida fuese tan feliz.

De repente, Mónica apareció, los interrumpió y cogió a Hugo en sus brazos.

—Me llevo a este muñeco, lo va a cambiar su madrina.

—¿Sabrás hacerlo? —le preguntó Marcos, sonriente.

Mónica le hizo una burla con la lengua y se marchó con bebé.

Sofía se fue a ir con ella, pero su marido, ágil y rápido, tiró de su mano y la arrastró hasta la cama con él.

Sofía protestó porque se les hacía tarde, pero Marcos selló sus labios con los suyos. Si no fuese porque tenían la casa llena de gente le haría el amor en aquellos instantes. Su mujer tenía el don de encenderlo con una solo mirada.

—La amo, señora Luna.

—Y yo, mi niñato tatuado.

Lo besó. Y de repente, el mundo se paró.

Fin

Agradecimientos

Y de repente, el mundo se paró, surge en pleno periodo de confinamiento debido a la pandemia del COVID-19.

La historia de Marcos y Sofía surgió sin pensar, comenzó a darme vueltas en la cabeza y me decidí a plasmarla, pese a no estar en mis planes, pero creo que en esta época por la que pasamos la lectura es un gran entretenimiento, nos evade de lo que sucede fuera y nos transporta a otros mundos. Espero que todos los lectores que se decidan a leerla disfruten de la historia y consigan enamorarse de sus protagonistas. Igual que al plasmarla a mí me ha servido para hacer este confinamiento más llevadero, espero que a los lectores les pase igual.

He de confesar que esta novela tuvo unas lectoras 0 muy especiales e hicieron su trabajo de una forma muy diferente a veces anteriores. Les conté la historia de principio a fin por teléfono antes de plasmarla. Ellas me animaron a escribirla porque les encantó el argumento y la historia de amor entre Sofía y Marcos.

Gracias a mi correctora, que ha hecho un trabajo en tiempo récord, y al mismo tiempo ha sido lectora 0 de esta historia de la cual se ha enamorado y me pide una novela de Mónica y Héctor. Me lo pensaré, no cierro las puertas por ahora a ellos.

Gracias a bbccreative_1, tienes la gran habilidad de meterte en mi cabeza y sacar la portada que imagino con apenas darte unas pautas de la novela. No puedo estar más enamorada de esta cubierta, representa muy bien lo que el lector va a encontrar dentro de la misma, una historia con mucha fuerza y un enorme stop en sus vidas, que cambiarán de forma radical para siempre.

Gracias a mis amigos Estrella Correa, Belén Gómez y Johan Varó, en este periodo de encierro vuestros consejos y charlas han sido fundamentales para que esta novela saliese adelante.

Gracias a mi madre y a mi hermana, mis dos pilares fundamentales en este encierro y en todas las ideas que han surgido en él. Ellas son las primeras en saber todo lo que comienza a rondar por mi mente y cómo les doy forma hasta que queda una novela con la que estoy satisfecha. Nunca escribo ni publico una historia de la que yo misma no esté completamente enamorada.

Y, por supuesto, agradecerles a mis lectores. Gracias por estar ahí y acompañarme en el camino. Espero que *Y de repente, el mundo se paró*, os haya hecho disfrutar al leerla tanto como lo hice yo al escribirla.

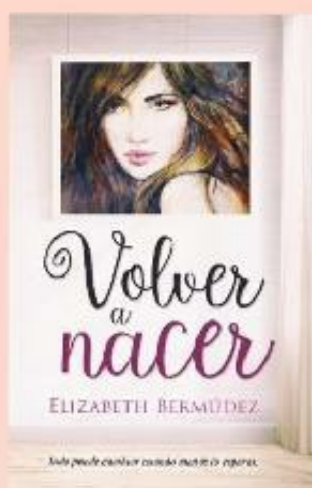
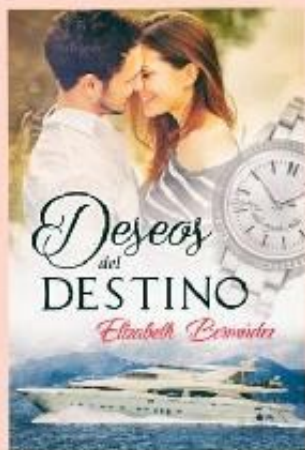
Querido lector, te agradeceré que me dejes la valoración de la novela, puedes hacerlo en la plataforma donde la has adquirido o ponerte en contacto conmigo a través de mis redes sociales. Me encanta conocer las impresiones de mis lectores.

Cuidaos mucho, lamentablemente esto aún no ha pasado del todo.

Nos vemos pronto.

Elizabeth Bermúdez.

Otros títulos de la autora



Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente. Licenciada en Derecho, ejerce su profesión y la compagina con lo que más le gusta; escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Y de repente, el mundo se paró es su séptima novela publicada, anteriormente publicó:

- Deseos del destino.
- Secretos.
- Tus huellas en mi corazón.
- La sombra de su pasado.
- Volver a nacer.
- Volver a creer.

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez
- Twitter: @bethberm